ALMANAQUE



Sud-Americano

PARA EL AÑO

1889

REDACTADO POR

Casimiro Prieto y Valdés

EN COLABORACIÓN DE LAS SEÑORAS

Castell, Castell de Orozco, Freyre de James, Gorriti y Mato de Turner

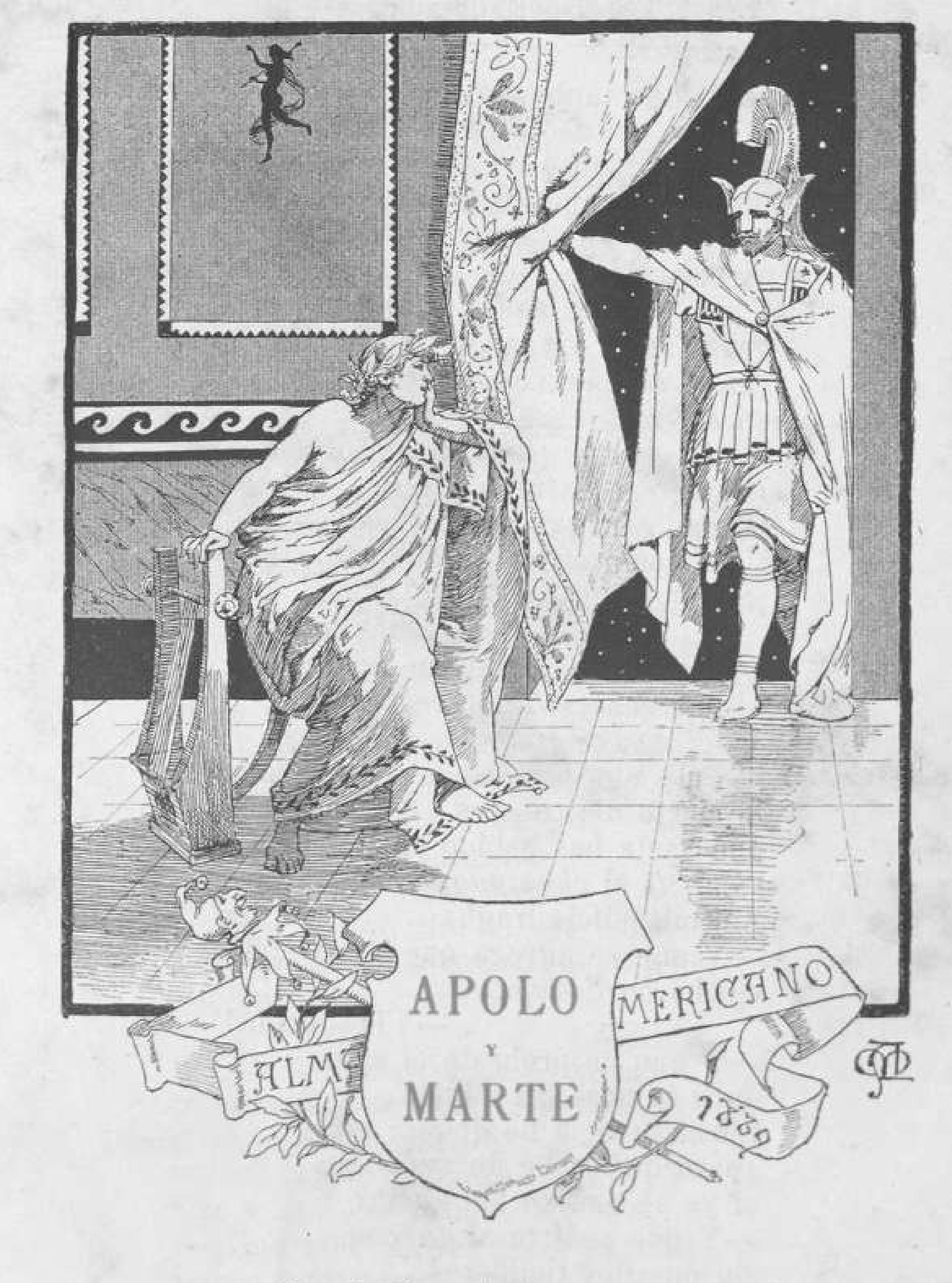
Y DE LOS SEÑORES

Alencar (Baron de), Amézaga, Argerich, Arona, Arreguine, Bares, Barra, Barros Grez, Calzada, Campoamor, Cané, Caro, Castellanos, Coronado, Darío, Díaz, Egozcue, Espronceda, Feliu y Codina, Fernández Bremon, García Velloso, Guido Spano, Gomez Sigura, González Prada, Gras y Elías, Jordán, Kasabal, Lopez Benedito, Llona, Mármol, Martínez, Martínez Villergas, Martinto, Matta, Menchaca, Mendes (Cátulo), Mestres (Apeles), Obligado, Palacio (M. del), Palma, Payró, Pérez Nieva, Peza, Puerma, Rueda, Sánchez, Sañudo Autrán, Soto y Calvo, Vedia, Villafañe, etc., etc.

ILUSTRADO POR LOS SEÑORES

Labarta, Mestres, Pascó, Pellicer, Planas y Ross

BUENOS AIRES
LIBRERÍA DE «EL SIGLO ILUSTRADO»
CERRITO, 170 Y 174, N/N



—¡Por fin llegaste!
—Llegué,
ví... y comí.
—Ya lo sabía.
—¿*Ya*? pues me extraña, á fe mía,
y ¡por Jove! que no sé
quién pudo, Apolo, enterarte...
—¿Te parece extraordinario?

existiendo tanto diario
no debe el caso asombrarte.
—¿Y si comí ó no comí,
puede á alguno interesar?
—Cuando se es tan... popular,
parece, Marte, que sí.
Y que lo eres aquí tú
negar sería excusado...
¡hasta al público se ha dado,
en *boletín*, el *menu!*
—¿El *menu?* ¡no es mala broma!
¿á qué ese extraño interés
en que coma yo en francés,
si no comprendo ese idioma?
¡Si fuese inglés!
—¿Estás loco?
—A mí el inglés no me apura.
—¿Le conoces, por ventura?
—*El de las cuentas*... un poco.
—Pues aun teniéndolo á mengua,
lo cierto del caso es
que hasta has bebido en francés.
—*Vertí* el *champagne* á mi *lengua*.
Así mi delicia fragua...
—Y aun se agrega que has bebido
mucho *bordeaux*...
—¡Traducido!
—Y que no probaste el agua.
—Si le puse faz adusta,
razón tuve, á no dudar:
¿para qué la he de *probar*
si ya sé que no me gusta?
—Y que pediste al *garçon*,
sin pueriles timideces,
¡filets de bœuf, cuatro veces,
y seis, *darmes de saumon!*
—Es cierto, por vida mía;
mas repetir procuraba
por ver si al cabo lograba
entender lo que comía.
—Pues siendo tan *aplicado*...
—Ni aun siéndolo conseguí

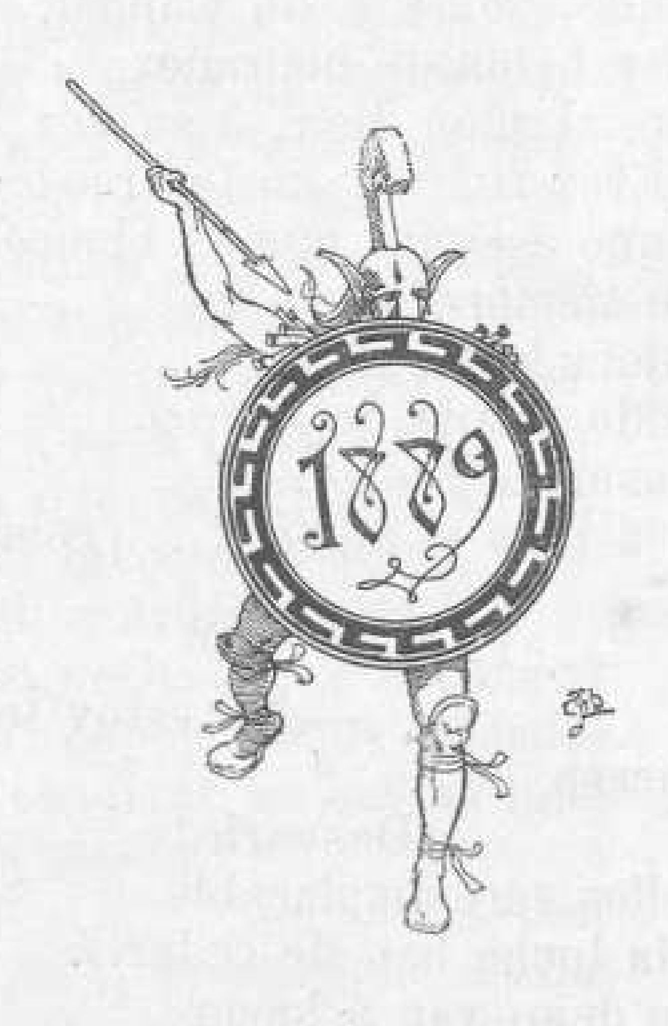
mi objeto... sólo entendí
alguno que otro bocado.
Mas, puesto que es de rigor,
y transijo, como ves,
desde hoy comeré en francés
con *cuchillo y traductor*.
—¿Por qué de quicio te saca
la hermosa lengua francesa?
—No es verdad; pero en la mesa
me gusta más la de vaca.
Dime, ¿á quién no causa fiebre
ver en la lista *gateaux*,
que es, según entiendo yo,
querer dar *gato* por liebre?
¿Ni qué dios abre las fauces,
aunque sienta hambre importuna,
é incauto se desayuna
nada menos que con *sauces*?
¡Si hasta he temblado yo mismo,
que en valor eclipsé á Jerjes,
al ver en la lista *asperges!*
¡me temía un exorcismo!
¿Conque esto dicen de mí?
—Y no es ¡oh Marte! esto sólo.
—¿Aun hay más? prosigue, Apolo.
—¡Que traes la guerra!
—¿Sí?
—Que toda esperanza es vana,
pues nada á tu afán resiste,
y que por eso viniste
anticipándote á Diana.
Tus miras son ya notorias.
—¿Que vine antes? no es extraño;
¡como fué bisiesto el año!...
—Creen que eso... son historias.
Y aun lo afirma con fe ciega
un *reporter*, á quien tú
concediste una *interview*.
—Una inter... ¿qué?
—Y hasta agrega
que, dispuesto á poner fin
á una paz que no te agrada,

rencorosa tu mirada
vaga desde el *Sena* al *Rhin*.
—Ni la paz que á otros apena
me causa el menor enfado,
ni mis ojos he fijado
más que en el *rhin* de la *cena*.
—Pues me extraña.
—No te asombre;
ya no lidio, así me emplumen.
—¿De la guerra en vano el numen
dejarás que invoque el hombre?
¿No eres de la guerra el dios?
—Sí, pero dios retirado;
de tanto guerrear cansado,
voy de grata calma en pos.
A hacer nuevos sacrificios
ni me allano ni acomodo;
¡tú no sabes de qué modo
pagó el hombre mis servicios!
Ningún pueblo me respeta
y aun oí más de un denuesto...
¡por Plutón! ¡si hasta me han puesto
en música de opereta!
—De verdes lauros y gloria
lanzarse anhelan en pos.
—Pues que busquen otro dios
que les guíe á la victoria.
—¿Y á qué viniste á la tierra,
donde te invocan doquier,
si el bélico ardor de ayer
ya en tu pecho no se encierra?
—¡Bah! depón necios cuidados.
—¿De esquivar no buscas modo
tu cruel misión?
—No del todo;
¡pues qué! ¿no existen casados?
Cuando en ellos la ira estalla,
¿no se tiran con fiereza
los platos á la cabeza?
¡si se da cada batalla!...
Hay quien, temiendo un chubasco,
y por si llega á arreciar,

jamás se sienta á almorzar
sin coraza, escudo y casco.
Cediendo en mi ansia febril,
ya al manejo no me aplico
de la espada, y me dedico
ahora á *numen civil.*
—Mas... es preciso que dés
tu programa aquí en la tierra;
¿cuál es, en suma?
—*¡La guerra!*
pero la guerra... ¡al *inglés!*
Y al tonto finchado y hueco
que viste á la última moda,
y si el sastre le incomoda
con la cuenta, se hace el *sueco.*
Y al esposo libertino
que de su casa se olvida
y deja á cualquier... perdida
que le engañe como un *chino.*
Y al que, pobre y sin empleo,
brilla y habla de honradez,
aunque alguien diga, á su vez:
—«¡Eres *turco* y no te creo!»
Y al que asegura que es blanco
lo que siempre negro fué
y explota la buena fe
haciendo alarde de *franco.*
Y al usurero *judío*...
—¡Y á todo el mundo!... ¡comprendo!
pero...
—¿Qué?
—Me estoy temiendo
un fracaso.
—¡Desvarío!
Con ellos seré implacable
y en la lucha han de ceder...
¡si les dejo, van á hacer
este globo inhabitable!
—Tus intentos no son malos,
mas temo, si los propalas...
—¿Qué?
—Que encuentres otra Palas...

—¿Otra Palas?
—¡Ú otros palos!
—Cuando á mi mente se aferra
una idea, soy tenaz;
¿quieres que les deje en paz?
—¡No!... que les dejes en guerra.
Pero adiós; salí del paso
y yo aquí de más estoy.
—¿Me dejas ya?
—Sí, me voy
con la música al Parnaso.
¿Mis consejos no rehusas?
pues es inútil que insista;
¡au revoir!
—Hasta la vista;
ponme á los pies de las Musas.

Casimiro Prieto.



AÑO DE 1889.—Épocas memorables

De la creación del mundo. . .	7089	De la Corrección Gregoriana. .	307
Del Diluvio Universal	4846	De la erección de Nuestra Santa Iglesia Catedral.	264
El presente año es el de la Encarnación de Ntro. Sr. Jesucristo.	1889	De la toma de esta ciudad por los ingleses y su reconquista..	82
Del descubrimiento del Río de la Plata, por Solís.	393	De su gloriosa defensa y restauración de Montevideo.. . . .	82
De la primera fundación de Buenos-Aires, por D. Pedro de Mendoza..	350	De nuestra regeneración política	79
De la segunda, por D. Juan Garay	309	De nuestra independencia.. . .	74
		Del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre León XIII. . . .	12

Cómputos eclesiásticos

Aureo número..	9	Ciclo solar.	14
Epacta..	XVIII	Letra Dominical..	F
Indicción Romana.	2	Id. del Martirologio. . .	M

Témporas

Marzo.	13, 15 y 16	Setiembre..	18, 20 y 21
Junio.	12, 14 y 15	Diciembre..	18, 20 y 21

Fiestas movibles

Septuagésima.	17 Febrero.	Pentecostés.	9 Junio.
Ceniza.	6 Marzo.	Corpus.	20 id.
Pascua.	21 Abril.	Adviento.	1 Diciembre.
Ascensión..	30 Mayo.		

Santos Patronos de los pueblos del Plata

Buenos-Aires.. . .	San Martín.	11 de Noviembre.
Entre-Ríos.. . . .	San Miguel Arcángel.	29 de Setiembre.
Santa-Fe.	San Jerónimo.	30 de Setiembre.
Jujuy.	N. S. J. C. en su Transfiguración.	6 de Agosto.
San Juan.	San Juan Bautista.	24 de Junio.
Salta.	San Felipe.	1.º de Mayo.
Tucumán.	San Miguel Arcángel.	29 de Setiembre.
Córdoba..	San Jerónimo..	30 de Setiembre.
Corrientes. . . .	San Juan Bautista.	24 de Junio.
Catamarca.. . . .	Id.	Id.
Rioja..	La fiesta de Todos los Santos.. .	1.º de Noviembre.
Santiago..	Santiago..	1.º de Mayo.
Mendoza..	Nuestra Señora de las Mercedes.	24 de Setiembre.
San Luis..	San Luis.	25 de Agosto.

Advertencias á los fieles

El ayuno es obligatorio entre nosotros: en la Santa Cuaresma, vigilias de la Natividad de Ntro. Sr. Jesucristo, la de Pentecostés ó Espíritu Santo, la de San Juan Bautista, la de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, la de la Asunción de María Santísima, la de Todos los Santos y las Cuatro Témporas del año: y también está determinada la obligación de ayunar en todos los Viernes y Sábados de las cuatro semanas de Adviento, para los que no observan el ayuno de las vigilias reformadas.

La abstinencia de carnes sólo obliga: en los Miércoles de Ceniza, en los Viernes de Cuaresma, Miércoles, Jueves, Viernes, Sábado Santo, en la vigilia de Pentecostés, la de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, la del Tránsito de Nuestra Señora y la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

NOTAS.—Los días de Fiesta de ambos preceptos llevan este signo ✠.—El del Patriarca San José, único de oir misa y trabajar, este otro †.—El 25 de Mayo y 9 de Julio son fiestas cívicas.

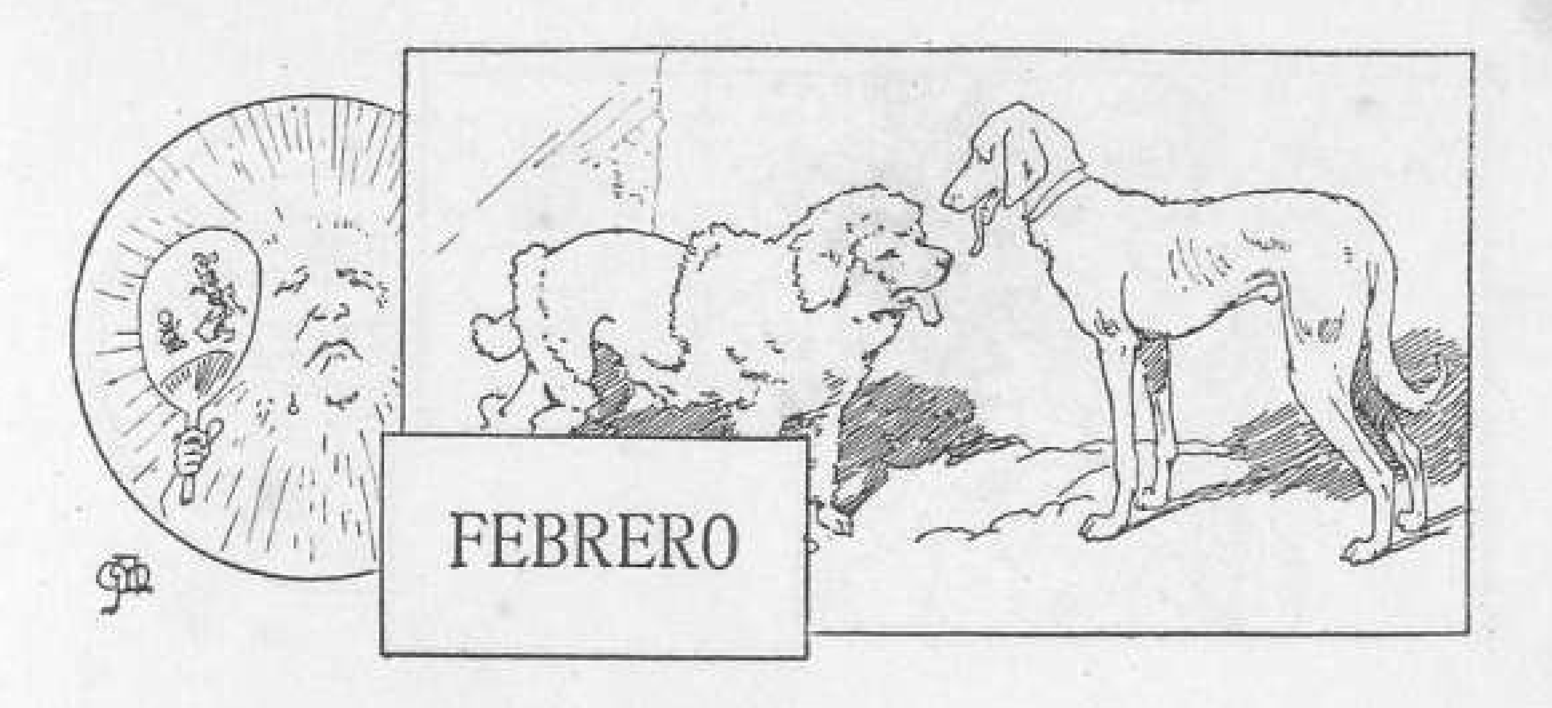


31 días.—**Sol en Acuario**

—¿Qué me traes?... ¡de seguro mi aguinaldo!—¡Justamente!

—¿A qué ofrecerme *un presente?* ¡lo que quiero es *un futuro!*

			SOL sale.	SOL pone.
1	Mar.	LA CIRCUNCISIÓN DE NTRO. SR. JESUCRISTO.	4 52	7 8
		luna nueva á las 5 y 53 m. de la tarde.		
2	Miér.	S. Isidoro, obispo y mártir.	4 52	7 8
3	Juev.	S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.	4 52	7 8
4	Vier.	Stos. Gregorio y Tito, obispos.	4 53	7 7
5	Sáb.	Stos. Telesforo, papa y mártir, y Eduardo, rey.	4 53	7 7
6	Dom.	LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.	4 54	7 6
7	Lun.	S. Julián, mártir.—ABRENSE LAS VELACIONES.	4 54	7 6
8	Mar.	Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mártires.	4 54	7 6
		cuarto creciente á las 8 y 46 m. de la noche.		
9	Miér.	S. Fortunato, mártir y sta. Basilisa, mártir.	4 55	7 5
10	Juev.	Stos. Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.	4 55	7 5
11	Vier.	Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.	4 56	7 4
12	Sáb.	S. Benedicto, obispo.	4 56	7 4
13	Dom.	EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—Stos. Gumersindo, presbitero y Leoncio, obispo.	4 57	7 3
14	Lun.	S. Hilario, obispo.	4 58	7 2
15	Mar.	Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.	4 58	7 2
16	Miér.	Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, obispo.	4 59	7 1
17	Juev.	Stos. Antonio Abad y Sulpicio.	5 00	7 00
		luna llena á la 1 y 41 m. de la mañana.		
18	Vier.	La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, virgen.	5 00	7 00
19	Sáb.	S. Canuto y sta. Marta, mrs.	5 1	6 59
20	Dom.	Ntra. Sra. de Betlehém.—Stos. Sebastián y Fabián, márs.	5 2	6 58
21	Lun.	Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.	5 2	6 58
22	Mar.	Stos. Vicente y Anastasio, mrs.	5 3	6 57
23	Miér.	Stos. Ildefonso, arzobispo y Raimundo de Peñafort.	5 4	6 56
24	Juev.	Nuestra Señora de la Paz y s. Timoteo, obispo.	5 5	6 55
		cuarto menguante á las 12 y 29 m. del día.		
25	Vier.	La Conversión de san Pablo apóstol y s. Máximo	5 5	6 55
26	Sáb.	S. Policarpo, obispo y mártir y sta. Paula, virgen.	5 6	6 54
27	Dom.	S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.	5 7	6 53
28	Lun.	S. Julián, obispo y confesor.	5 8	6 52
29	Mar.	Dedicación de esta Santa Catedral.—Stos Valerio y Francisco de Sales.	5 9	6 51
30	Miér.	S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.	5 10	6 50
31	Juev.	S. Pedro Nolasco.	5 10	6 50
		luna nueva á las 5 y 33 m. de la mañana.		



28 días.—**Sol en Piscis**

—¡Qué calor! Yo sudo el quilo
y de emigrar tengo ganas...
¡si en vez de *perro de lanas*
fuese, al menos, *perro de hilo!*

			SOL	
			sale.	pone.
1	Vier.	Stos. Cecilio é Ignacio, ob. mr.	5 11	6 49
2	Sáb.	✠ LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.—Santos Firmo y Cándido.	5 12	6 48
3	Dom.	Stos. Blas, obispo y Laurentino, mártires.	5 13	6 47
4	Lun.	Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato, mr.	5 14	6 46
5	Mar.	S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.	5 15	6 45
6	Miér.	Stos. Teófilo y Saturnino, mártires y santa Dorotea, virgen y martir.	5 16	6 44
7	Juev.	Stos. Romualdo, abad y Ricardo, rey.	5 17	6 43
		cuarto creciente á las 4 y 57 m. de la tarde.		
8	Vier.	Stos. Juan de Mata, confesor, Lucio y Ciriaco, mártires.	5 18	6 42
9	Sáb.	S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.	5 19	6 41
10	Dom.	Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.	5 20	6 40
11	Lun.	Stos. Félix, mr. y Saturnino, papa.	5 21	6 39
12	Mar.	Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.	5 22	6 38
13	Miér.	S. Benigno, mr. y sta. Catalina, virgen.	5 23	6 37
14	Juev.	Stos. Valentín, pb. y Zenón, mrs.	5 24	6 36
15	Vier.	S. Faustino y sta. Jovita, mártires.	5 25	6 35
		luna llena á las 6 y 25 m. de la tarde.		
16	Sáb.	Stos. Gregorio, papa y Elías, profeta.	5 26	6 34
17	Dom.	*De Septuagésima.* — Stos. Rómulo, mártir y Julián.	5 27	6 33
18	Lun.	Stos Simeón, obispo y Claudio, mártires.	5 28	6 32
19	Mar.	*La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.*— Stos. Gavino y Marcelo, mártires.	5 29	6 31
20	Miér.	Stos. Eleuterio, obispo y Nemesio, mrs.	5 30	6 30
21	Juev.	Stos. Félix, obispo y Fortunato, mártir.	5 31	6 29
22	Vier.	La cátedra de san Pedro en Antioquía y santa Margarita.	5 32	6 28
		cuarto menguante á las 9 y 2 m. de la noche.		
23	Sáb.	Stos. Pedro Damián, obispo y Policarpo, mártir.	5 33	6 27
24	Dom.	*De Sexagésima.*—Stos. Matías, apóstol, y Modesto.	5 34	6 26
25	Lun.	S. Sebastián.	5 35	6 25
26	Mar.	*La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* — Ntra. Sra. de Guadalupe.—S. Alejandro.	5 36	6 24
27	Miér.	S. Baldomero, confesor.	5 37	6 23
28	Juev.	Stos. Justo y Rufino mártires.	5 38	6 22



31 días.—**Sol en Aries**

—¡Suéltame, por Dios, Fructuoso!
—¿No eres tú mi dulce bien?
¡quiero un beso!—¡Si nos ven
creerán... que no eres mi esposo!

			SOL sale.	SOL pone.
1	Vier.	S. Rudesindo, obispo.	5 39	6 21
		● *luna nueva á las 6 y 11 m. del tarde.*		
2	Sáb.	Stos. Heraclio, mr. y Florencio.	5 41	6 19
3	Dom.	*De Quincuagésima.—Indulg. de 40 h. en las Catalinas.*— CARNAVAL. Stos. Hemeterio y Celedonio, mártires.	5 42	6 18
4	Lun.	S. Casimiro, confesor.	5 43	6 17
5	Mar.	Stos. Adrián y Eusebio, mrs.— CIÉRRANSE LAS VELACIONES.	5 44	6 16
6	Miér.	CENIZA.—*Abstinencia y ayuno.*—Stos. Olegario, obispo y Victoriano, mártir.—*Principia el ayuno cuaresmal.*	5 45	6 15
7	Juev.	Sto. Tomás de Aquino.	5 46	6 14
8	Vier.	*Abstinencia.*—S. Juan de Dios.— La fiesta de la Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.	5 47	6 13
9	Sáb.	Sta. Francisca Romana, viuda.	5 48	6 12
		☽ *cuarto creciente á las 2 y 2 m. de la tarde.*		
10	Dom.	1.º *de cuaresma.*— S. Melitón y los 40 mártires.	5 49	6 11
11	Lun.	San Zacarías, padre de san Juan Bautista.	5 50	6 10
12	Mar.	S. Gregorio.	5 51	6 9
13	Miér.	*Témporas.*—Stos. Leandro, obispo y Macedonio.	5 52	6 8
14	Juev.	Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.	5 53	6 7
15	Vier.	*Témporas.*— *Abstinencia.*— S. Raimundo, abad.— La fiesta de la Lanza y Clavos de N. S. J. C.	5 54	6 6
16	Sáb.	*Témporas.*—Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.	5 56	6 4
17	Dom.	2.º *de cuaresma.*— S. Patricio y sta. Gertrudis.	5 57	6 3
		☺ *luna llena á las 8 y 17 m. de la mañana.*		
18	Lun.	Stos. Gabriel arcángel y Alejandro, ob.	5 58	6 2
19	Mar.	† El Patriarca S. José.	5 59	6 1
20	Miér.	S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.	6 00	6 00
21	Juev.	S. Benito abad. OTOÑO.	6 1	5 59
22	Vier.	*Abstinencia.*—La fiesta de la santa Sábana de N. S. J. C.— Stos. Deogracias, obispo y Octaviano.	6 2	5 58
23	Sáb.	S. Victoriano y sta. Teodosia, mártir.	6 3	5 57
24	Dom.	3.º *de cuaresma.*— Stos. Agapito, obispo y Dionisio.	6 4	5 56
		☾ *cuarto menguante á la 4 y 20 m. de la mañana.*		
25	Lun.	LA ENCARNACION DE N. S. J. C. — S. Ireneo.	6 5	5 55
26	Mar.	Stos. Manuel y Braulio, obispo.	6 6	5 54
27	Miér.	S. Ruperto, obispo y confesor.	6 7	5 53
28	Juev.	Stos. Sixto, papa y Doroteo, mártir.	6 8	5 52
29	Vier.	*Abstinencia.*—La fiesta de las Cinco Llagas de N. S. J. C.— Stos. Cirilo y Pastor.	6 9	5 51
30	Sáb.	S. Juan Climaco.	6 10	5 50
31	Dom.	4.º *de cuaresma.*—S. Benjamín y santa Balbina.	6 12	5 48
		● *luna nueva á las 7 y 57 m. de la mañana.*		



31 días.—**Sol en Virgo**

—¡Infiel! ¿*por otro* me olvidas?
—¡Me ofreció el *paraguas!*... —¿Sí?
¡lo que te hace falta á ti
es más bien *para-caidas!*

			SOL	
			sale.	pone.
1	Juev.	Stos. Pedro Advíncula, Domiciano y Rufo, mártires.	6 52	5 8
2	Vier.	Ntra. Sra. de los Angeles, stos. Esteban, Pedro de O. y Alfonso María de Ligorio.—*Jubileo de Porciúncula.*	6 51	5 9
3	Sáb.	La Invención de s. Esteban, proto-mártir, y s. Eufronio.	6 50	5 10
4	Dom.	S. Domingo de Guzmán, fr.—*Indulg. de 40 h. en su iglesia.*	6 49	5 11
		cuarto creciente á las 10 y 26 m. de la mañana.		
5	Lun.	Ntra. Sra. de las Nieves.—S. Osvaldo, rey.	6 48	5 12
6	Mar.	La Transfiguración de N. S. J. C., s. Sixto, papa y mr.	6 47	5 13
7	Miér.	Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, mártires.	6 46	5 14
8	Juev.	Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mártires.	6 45	5 15
9	Vier.	Stos. Justo y Pastor, hermanos mártires.	6 44	5 16
10	Sáb.	S. Lorenzo, mr. y sta Paula, virgen y mr.	6 44	5 16
11	Dom.	Stos. Rufino, obispo, y Tiburcio, y sta. Susana, mártires.	6 43	5 17
		luna llena á la 1 y 33 m. de la mañana.		
12	Lun.	Sta. Clara, virgen y fundadora.—*Patrona menor de esta ciudad en acción de gracias por su reconquista. Ind. de 40 h. en S. Juan.*	6 42	5 18
13	Mar.	Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena, mártires.	6 41	5 19
14	Miér.	*Vigilia, ayuno y abstinencia.*—S. Eusebio, mr.	6 40	5 20
15	Juev.	✠ LA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA.	6 40	5 20
16	Vier.	Stos Roque, Jacinto.—*Indulgencia de 40 h. en S. Francisco.*	6 39	5 21
17	Sáb.	Stos. Anastasio y Bonifacio.	6 38	5 22
18	Dom.	*El h. San Joaquín.*—Stos. Floro y Agapito.	6 37	5 23
		cuarto menguante á las 7 y 15 m. de la mañana.		
19	Lun.	S. Joaquín, padre de Ntra. Sra., stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mártires.	6 36	5 25
20	Mar.	S. Bernardo abad y el sto. profeta Samuel.	6 35	5 25
21	Miér.	Sta. Anastasia.	6 34	5 26
22	Juev.	Stos. Hipólito y Marcial, mártires.	6 33	5 27
23	Vier.	Stos. Felipe Benicio y Restituto.	6 32	5 28
24	Sab.	Stos. Bartolomé, apóstol y Romano, obispo.	6 31	5 29
25	Dom.	Stos. Julián y Ginés, ms., y Luis, rey de Francia.	6 30	5 30
26	Lun.	Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mártires.	6 29	5 31
		luna nueva á las 10 y 19 m. de la mañana.		
27	Mar.	S. José de Calasanz.—El Dardo de sta. Teresa, virgen.	6 28	5 32
28	Miér.	Stos. Agustín, obispo y doctor y Bibiano, obispo.	6 27	5 33
29	Juev.	La degollación de s. Juan Bautista, sta. Cándida, virgen.	6 26	5 34
30	Vier.	✠ SANTA ROSA DE LIMA, virgen, patrona principal de esta América Meridional.—*Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*	6 25	5 35
31	Sáb.	S. Ramón Nonato.—*Indulgencia de 40 h. en la iglesia de la Merced,* y s. Robustiano, mr.	6 24	5 36



30 días.—**Sol en Libra**

—¡Prima, estoy hecho una brasa!
—¡Déjame en paz, calavera!

—¡Qué calor! —¿En primavera?
—¡Es que el Almanaque... *atrasa!*

			SOL sale.	SOL pone.
1	Dom.	Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.	6 23	5 37
2	Lun.	Stos. Antonino, mártir, Esteban, rey y sta. Máxima, mr.	6 22	5 38
		☽ *cuarto creciente á las 4 y 50 m. de la tarde.*		
3	Mar.	S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, mártires.	6 21	5 39
4	Miér.	Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, virgen y s. Silvano, mr.	6 20	5 40
5	Juev.	Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, obispos.	6 19	5 41
6	Vier.	Stos. Fausto y Eugenio, mártir.	6 17	5 43
7	Sáb.	S. Juan, mártir y sta. Regina, virgen y mártir.	6 16	5 44
8	Dom.	✠ LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.—*Indulgencia de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y en Montserrat por la fiesta de su titular.*	6 15	5 45
9	Lun.	S. Jerónimo, mártir y santa María de la Cabeza.	6 14	5 46
		○ *luna llena á la 10 y 37 m. de la mañana.*		
10	Mar.	Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispo.	6 13	5 47
11	Miér.	S. Emiliano, obispo y mártir.	6 12	5 48
12	Juev.	Stos. Serapio y Leoncio, mrs.	6 11	5 49
13	Vier.	Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.	6 10	5 50
14	Sáb.	La Exaltación de la Santísima Cruz.—*Ind. de 40 h. en el Socorro.*	6 9	5 51
15	Dom.	El Dulce Nombre de María.—La Conmemoración de los Dolores de María Santísima.—La Aparición de sto. Domingo de Guzmán en Soria.—Santa Melitona.	6 8	5 52
16	Lun.	Stos. Cornelio y Cipriano, mártires.	6 7	5 53
17	Mar.	S. Pedro de Arbués y la Impresión de las llagas de s. Francisco de Asís.	6 6	5 54
		☾ *cuarto menguante á las 12 y 55 m. de la noche.*		
18	Miér.	*Tém. y ay.*—Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofía, mártir.	6 5	5 55
19	Juev.	S. Genaro y compañeros mártires.	6 4	5 56
20	Vier.	*Témporas y ayuno.*—S. Eustaquio.	6 3	5 57
21	Sáb.	*Témporas y ayuno.*—S. Mateo, apóst. y evang. PRIMAVERA.	6 2	5 58
22	Dom.	S Mauricio y compañeros mártires.	6 1	5 59
23	Lun.	Stos. Lino, papa y mr. y Constancio, ob.	6 00	6 00
24	Mar.	Ntra. Sra. de las Mercedes.—*Indulg. de 40 h. en su iglesia.*—S. Gerardo, obispo y mártir.	5 59	6 1
		● *luna nueva á la 11 y 25 m. de la noche.*		
25	Miér.	Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).—*Indulgencia de 40 h. en la Merced cuando se celebra su fiesta.*	5 58	6 2
26	Juev.	S. Cipriano y sta. Justina, mártires.	5 57	6 3
27	Vier.	Stos. Cosme y Damián, hermanos mártires.	5 56	6 4
28	Sáb.	S. Wenceslao, mártir y el beato Simón de Rojas.	5 54	6 6
29	Dom.	Dedicación de s. Miguel Arcángel.—*Ind. de 40 h. en su iglesia.*	5 53	6 7
30	Lun.	Stos. Jerónimo, doctor, Honorio y sta. Sofía, viuda.	5 52	6 8



31 días.—**Sol en Escorpión**

—¿Te dispones á partir?
¿dónde vas? — ¡Dónde ha de ser!
¡al campo con mi mujer!...
—¡Demonio! ¿os vais á batir?

			SOL sale.	SOL pone.
1	Mar.	S. Remigio, obispo.	5 51	6 9
		cuarto creciente á las 10 y 58 m. de la noche.		
2	Miér.	Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio, mártir.	5 50	6 10
3	Juev.	Stos. Maximiano y Cándido, mártires.	5 49	6 11
4	Vier.	S. Francisco de Asis, fundador.—*Indulg. 40 h. en su iglesia.*—S. Marciano.	5 48	6 12
5	Sáb.	S. Froilán, obispo.	5 47	6 13
6	Dom.	*Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.* —S. Bruno, fundador.	5 45	6 15
7	Lun.	S. Marcos, papa y sta. Justina, vr. y mr.	5 44	6 16
8	Mar.	S. Demetrio, mártir y sta. Brígida, viuda.	5 43	6 17
		luna llena á las 10 y 10 m. de la noche.		
9	Miér.	S. Dionisio, obispo y mr. y el sto. Patriarca Abrahán.	5 42	6 18
10	Juev.	Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán y Paulino.	5 41	6 19
11	Vier.	Stos. Nicasio, obispo, y Fermín. —*Indulg. de 40 h. en Santo Domingo del Smo. Rosario.*	5 40	6 21
12	Sáb.	Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y s. Alfredo.—*Indulg. de 40 h. en la Recoleta.*	5 39	6 22
13	Dom.	*La Maternidad de María Santísima.*—S. Eduardo, rey.	5 38	6 22
14	Lun.	Stos. Calixto, p. y mr., Evaristo, y sta. Fortunata, herms.	5 37	6 23
15	Mar.	Sta. Teresa de Jesús, virgen y stos. Bruno y Fortunato, mrs.	5 36	6 24
16	Miér.	Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mártires.	5 35	6 25
		cuarto menguante á las 8 y 26 m. de la noche.		
17	Juev.	S. Florentino, obispo y mr. y sta. Eduvigis, viuda.	5 34	6 26
18	Vier.	Stos. Lucas, evangelista y Justo, mártir.	5 33	6 27
19	Sáb.	Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mártir.	5 32	6 28
20	Dom.	*La Pureza de María Santísima.*—Stos. Feliciano, ob. y mr., Juan Cancio y stas. Irene y Saula.	5 31	6 29
21	Lun.	S. Hilarión, ob., sta. Ursula y compañeras, vgs. y mrs.	5 30	6 30
22	Mar.	Stos. Felipe, obispo, Severo y sta. María Salomé.	5 29	6 31
23	Miér.	Stos. Pedro Pascual, obispo y mártir, y Donato, obispo.	5 28	6 32
24	Juev.	S. Rafael Arcángel.	5 27	6 33
		luna nueva á las 11 y 35 m. de la mañana.		
25	Vier.	Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daría, mártires.	5 26	6 34
26	Sáb.	Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, hermanos mrs.	5 25	6 35
27	Dom.	S. Fruto y sta. Sabina, mártir.	5 24	6 36
28	Lún.	Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol y sta. Cirila, vgr. y mr.	5 23	6 37
29	Mar.	Stos. Narciso, obispo, Cenobio y sta. Eusebia, mártires.	5 22	6 38
30	Miér.	Stos. Marcelo y Claudio, mártires.	5 21	6 39
31	Juev.	*Ayuno.*—S. Nemesio y su hija sta. Lucila, mártires.	5 20	6 40
		cuarto creciente á las 5 y 58 de la mañana.		



30 días.—**Sol en Sagitario**

—¡Aquí reposa mi amante!
—¿De qué murió el desdichado?
—¡De amor!—¿De amor?—Complicado
con cólera fulminante.

			SOL sale.	SOL pone.
1	Vier.	✠ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—S. Cesáreo, mr.	5 19	6 41
2	Sáb.	La Conmemoración de los fieles difuntos.—S. Ciriaco, mr.	5 18	6 42
3	Dom.	Los innumerables Mártires de Zaragoza, sta. Eustoquia.	5 17	6 43
4	Lun.	Stos. Carlos Borromeo, arzobispo y Nicandro, obispo y mr.	5 16	6 44
5	Mar.	Stos. Félix y Eusebio, mrs., y el beato Martín de Porres.	5 15	6 45
6	Miér.	Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, confesor.	5 14	6 46
7	Juev.	Stos. Florencio, obispo y Amaranto, mr.	5 13	6 47
		luna llena á las 12 y 41 m. del día.		
8	Vier.	Stos. Severo y Victorino, mártires.	5 12	6 48
9	Sáb.	Stos. Teodoro y Alejandro, mártires.	5 11	6 49
10	Dom.	El Patrocinio de María Santísima.—*Indulg. de 40 h. en Balvanera.*—Stos. Andrés Avelino, Trifón y sta. Ninfa, mrs.	5 10	6 50
11	Lun.	S. MARTIN, obispo. Patrón principal de esta Diócesis.—*Indulgencia de 40 h. en la Catedral.*—Stos. Victoriano y Valentino.	5 9	6 51
12	Mar.	Stos. Martín, papa y mr., Rufo, obispo y Diego de Alcalá.	5 8	6 52
13	Miér.	Stos. Antonino, Germán, mártires y Estanislao de Koska.	5 7	6 53
14	Juev.	Stos. Clementino y Serapio, mártires.	5 6	6 54
15	Vier.	Stos. Eugenio, obispo y mr., Leopoldo y sta. Gertrudis, vrg.	5 6	6 54
		cuarto menguante á las 4 y 26 m. de la tarde.		
16	Sáb.	Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mártires.	5 5	6 55
17	Dom.	Stos. Gregorio Taumaturgo y Víctor.	5 5	6 55
18	Lun.	La Dedicación de la Basílica de los stos. Apóstoles s. Pedro y s. Pablo y s. Máximo, obispo.	5 4	6 56
19	Mar.	S. Ponciano, papa y mártir y sta. Isabel, reina.	5 3	6 57
20	Miér.	Stos. Félix de Valois y Octavio, mr.	5 2	6 58
21	Juev.	La Presentación de Ntra. Sra.—Santos Alberto y Honorio, mártires.—*Indulgencia de 40 h. en S. Miguel.*	5 1	6 59
22	Vier.	Sta. Cecilia, virgen y mártir.	5 1	6 59
		luna nueva á las 10 y 59 m. de la noche.		
23	Sáb.	S. Clemente, papa y mr., y santa Lucrecia, virgen y mr.	5 00	7 00
24	Dom.	Ntra. Sra. de la Piedad.—*Indulgencia de 40 h. en su iglesia.*—S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen.	5 00	7 00
25	Lun.	Sta. Catalina, virgen y mr.	4 59	7 1
26	Mar.	Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.	4 59	7 1
27	Miér.	Stos. Facundo y Primitivo.	4 58	7 2
28	Juev.	Stos. Gregorio III, papa y Mansueto.	4 57	7 3
		Stos. Saturnino y Filomeno.	4 56	7 4
29	Vier.	*cuarto creciente á las 2 y 52 m. de la tarde.*		
30	Sáb.	S. Andrés, apóst., y sta. Justina, virgen y mr.	4 56	7 4



DICIEMBRE

31 días.—**Sol en Capricornio**

—¿Qué hace aquí en este aposento
tu hija con su primo?—¡Nada!
¡que la chica está empeñada
en que ha de haber *Nacimiento!*

			SOL sale.	SOL pone.
1	Dom.	*I de Adviento.*—S. Eloy, sta. Cándida, mártires y sta. Natalia. —Ciérranse las velaciones.	4 56	7 4
2	Lun.	S. Silvano, ob. y mr. y sta. Bibiana, vr. y mr.	4 55	7 5
3	Mar.	Stos. Francisco Javier, Crispin y Claudio, mrs.	4 55	7 5
4	Miér.	S. Pedro Crisólogo, ob., y sta. Bárbara, vr.	4 55	7 5
5	Juev.	S. Sabas, abad y sta. Crispina, mr.	4 54	7 6
6	Vier.	*Ayuno.*—S. Nicolás de Bari.—*En todos los Viernes y Sábados de Adviento, el ayuno es obligatorio para las personas que no guardan las vigilias reformadas.*	4 54	7 6
7	Sáb.	*Ayuno.*—Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.	4 54	7 6
		luna llena á las 6 y 7 m. de la mañana.		
8	Dom.	*II de Adviento.*—✠ LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARIA SANTISIMA.—*Indulgen. de 40 h. en su iglesia y en S. Francisco.*—S. Sifronio.	4 53	7 7
9	Lun.	Stas. Leocadia y Valeria, vírgenes y mrs.	4 53	7 7
10	Mar.	Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.	4 53	7 7
11	Miér.	Stos. Dámaso, papa y Daniel Estilita.	4 52	7 8
12	Juev.	S. Donato y sta. Emerenciana, virgen.	4 52	7 8
13	Vier.	*Ayuno.*—Sta. Lucía, virgen y mr.	4 52	7 8
14	Sáb.	*Ayuno.*—Stos. Nicasio, obispo y Arsenio, mártir.	4 52	7 8
15	Dom.	*III de Adviento.*—Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, mrs.	4 51	7 9
		cuarto menguante á las 10 y 55 m. de la mañana.		
16	Lun.	Stos. Eusebio, obispo y Valentín, mrs.	4 51	7 9
17	Mar.	Stos. Lázaro, obispo y Floriano, mr.	4 51	7 9
18	Miér.	*Témp. y ayuno.*—La Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.	4 51	7 9
19	Juev.	Stos. Nemesio y Ciriaco, mártires.	4 50	7 10
20	Vier.	*Témporas y ayuno.*—Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.	4 50	7 10
21	Sáb.	*Témporas y ayuno.*—Sto. Tomás, apóstol. VERANO.	4 50	7 10
22	Dom.	*IV de Adviento.*—Stos. Demetrio y Floro, mártires.	4 50	7 10
		luna nueva á las 9 y 51 m. de la mañana.		
23	Lun.	El beato Nicolás Factor, sta. Victoria, vr. mr.	4 50	7 10
24	Mar.	*Vigilia con ay. y abstinencia.*—Stos. Gregorio y Luciano, mrs.	4 51	7 9
25	Miér.	✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y sta. Anastasia, vr. mr.	4 51	7 9
26	Juev.	S. Esteban, proto-mártir.	4 51	7 9
27	Vier.	S. Juan, apóstol y evangelista.	4 51	7 9
28	Sáb.	Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor, mártires.	4 52	7 8
29	Dom.	Stos. Tomás Cantuariense, ob. y mr. y el sto. rey prof. David.	4 52	7 8
		cuarto creciente á las 2 y 28 m. de la mañana.		
30	Lun.	Stos. Severo, Honorio y Donato, mártires.	4 52	7 8
31	Mar.	S. Silvestre, papa, sta. Paulina y sta. Hilaria, mártires.	4 52	7 8


BOLI ION DE
ESCLAVITUD
13 MAYO
1888
S.A.I.
ISABEL-CRISTINA-LEOPOLDINA
REGENTE DEL BRASIL

LA ÚLTIMA CADENA

Las naciones conservan y toleran á veces, por una larga serie de años, sistemas odiosos, condenados por la civilización y la justicia, y combatidos también por sus hombres más sanos é ilustrados. Hay un momento marcado para la extinción de esas instituciones abominables, en la evolución de las sociedades. Es aquel en que un acontecimiento extraordinario, como una revolución política, sirve de poderoso auxiliar á los reformadores, que logran fácilmente entonces inclinar en ese sentido la corriente de las ideas y de las aspiraciones públicas; ó aquel en que la conciencia nacional, suficientemente formada, se halla dispuesta para recibir, sin conmoción alguna, la nueva situación, celebrando ó acatando el hecho como el cumplimiento de una ley de la naturaleza y de la historia.

Cuando redactaba la famosa declaración de la independencia de las antiguas colonias inglesas, quiso Jefferson comprender entre sus motivos el de haber fomentado la corona el desarrollo de la esclavitud en su seno, contrariando las medidas que algunos quisieron adoptar para impedir el comercio de esclavos. La especificación de ese agravio fué suprimida, con menoscabo de la humanidad. Perdióse ese momento histórico, y la nación, emancipada, libre y fuerte, conservó todavía, por más de tres cuartos de siglo, aquella mancha que debía lavarse con torrentes de sangre. Sólo á ese precio, después de una guerra colosal, aseguraron los Estados Unidos la abolición de la esclavitud.

Las Repúblicas Sud-americanas le precedieron en ese camino, porque hicieron servir el espíritu revolucionario para el noble fin de extinguir la esclavitud.—Las leyes sobre abolición del comercio de esclavos y sobre la libertad de vientres, fueron las primeras fórmulas de una aspiración que no se detuvo ya sino ante el hecho de la absoluta y definitiva redención del esclavo.

El Brasil, que no tuvo que participar de nuestras agitaciones revolucionarias y que aseguró su emancipación sin

luchas sangrientas, viviendo siempre en paz, no contó á su favor ni aquel precioso y malogrado momento de la revolución norte-americana, ni los días heroicos de la emancipación sud-americana, que arrastraron en su impetuosa corriente las cadenas de la esclavitud.

Por eso el Brasil acaba de celebrar recientemente ese grande acto de civilización, de humanidad y de justicia, aboliendo la esclavitud. La institución inicua, adherida á su organismo con todo el poder de las costumbres, de los intereses y de las preocupaciones sociales, ha desaparecido de su seno, sin conmoción y sin estrépito. Se ha cumplido una gran ley de la naturaleza y de la historia. La razón pública, suficientemente formada, ha visto derrumbarse la vieja institución como se desprende del árbol una fruta madura. El momento había llegado. Ha caído la última cadena. ¡Honor al Brasil! ¡Honor á la humanidad!

AGUSTÍN DE VEDIA.

ÇAKOUNTALA

(DRAMA INDIO DE KALIDASA)

Suave idilio de amor, ¡cuánta frescura
hay en tu poesía! Las celestes
flores de oculto valle, la ternura
de los nidos agrestes
en que el ave sus cánticos murmura;
todo en tí habla de amor, idilio suave,
árbol y nido, valle, flores, ave!

La nube del crepúsculo que dora
con sus matices vívidos y gayos
el esplendor naciente de la aurora;
los tenues, blancos rayos,
que son como las lágrimas que llora
melancólica luna, Çakountala,
nada á tu tierno amor, nada se iguala.

En tus amantes éxtasis suspira
el alma de la India voluptuosa
que perfumada atmósfera respira.
Su imagen vaporosa,
como en su propio espejo, en tí se mira;
y ella, al sagrado loto se parece,
frágil cuna de un Dios que el Ganges mece!

GUILLERMO MATTA.

LA BIGAMIA



—¿Se ha visto mayor infamia
ni más extraña porfía?
¡pues no se empeña Mejía
en defender la bigamia!
¿Y usted también, don Clemente,
la defiende?
—¿Yo? no tal;
¡la condeno!
—Menos mal.
—Pero... por insuficiente.

EPIGRAMA

—Le digo á usted, señor cura,
que no creo en el infierno.
—Bien se conoce, hijo mío,
que sigues aún soltero.

HISTORIA ANTIGUA

Á MI QUERIDO Y BUEN AMIGO, DON RAMÓN ESPASA



I

DON GIL

Marido como don Gil,
tan bueno, que raya en bobo,
no se encuentra en este globo
ni buscado con candil.
Dos años pasados van
justamente, desde el día
que dió su mano á Sofía
¡y aún la quiere con afán!
Por eso sufre en un potro
siempre que el temor le acosa
de que le olvide su esposa
por un motivo... *ó por otro.*
Para él, pues sabe querer,
los Mandamientos son dos:
el primero, amar á Dios,
y el segundo, á su mujer.

Por ella arrostra abnegado
la labor más fiera y ruda,
y tanto trabaja *y suda...*
que nunca está constipado.
Aun ve la niña agraciada
en la que es su amada esposa,
y eso que, ya más que airosa,
se suele mostrar... airada.
Por su adorada Sofía
perdió de tal modo el juicio,
que iría hasta al sacrificio...
como fué á la vicaría.
Sin dolor en su alma y sin hiel
y presa de ansia amorosa,
se desvive por su esposa...
¡y su esposa le es infiel!



II

DON CLAUDIO

Es don Claudio de Quirós,
si la fama no exagera,
un hombre tan calavera
como sin duda no hay dos.
Su hogar, que era un cielo ayer,
ya no ofrece á su alma encanto,

y deja que en triste llanto
se anegue en él su mujer.
Tras nuevas dichas soñadas,
busca con mirada ansiosa
frescos capullos de rosa,
no rosas ya deshojadas.
Y de impuras ansias lleno,
nacer siente en sí el traidor
cada día un nuevo amor,
cual flor que se abre en el cieno.
Aunque á sus pies, desolada
é invocando un amor santo,
se arroje su esposa, en llanto
la blanca faz inundada,
En vano piedad implora
la infeliz, con triste anhelo,
¡que no siempre en este suelo
vence la mujer que llora!
Olvidado de sí mismo
y al torpe vicio entregado,
¡que, del cielo despeñado,
se rueda sólo al abismo!
Lánzase el infiel, sin calma,
tras de engañoso placer;
y su mujer... ¡su mujer
le adora con toda el alma!

CASIMIRO PRIETO.

LA NOCHE

SONETO

Pálido y triste desfallece el día,
muere el rey de la luz en occidente
y dobla altivo la abrumada frente
con pompa augusta y majestad sombría.

El crepúsculo sigue á su agonía...
todo en la media luz gime doliente;
la penumbra en el cielo y en la mente,
y duda, vaguedad, melancolía..

Abren las flores al misterio el broche,
gime y solloza el aura en el ramaje,
alza un rumor la selva tembladora,

y avanza en carro de ébano la noche,
abrillantando el fúnebre ropaje
con lágrimas de luz que amante llora!

MOISÉS NUMA CASTELLANO.

Buenos Aires.



EL PAÑUELO DE MANILA

La cuestión que está sobre el tapete es la del pañuelo de Manila, símbolo de las juergas, seguidillas, soleares y demás

repertorio clásico que caracteriza á nuestro pueblo, todo lo cual cae bajo la jurisdicción casi universal de la guitarra.

Sin meterme á decir quién deja la razón ni quién la lleva, pero inclinándome más del lado de Fernanflor, que hace una delicadísima defensa de la guitarra, que del autor del *Idilio,* señor Núñez de Arce, el cual casi pide se queme con ella todo lo que lleve dejo á bordones, voy á discurrir un poco sobre las flores del pañuelo de Manila, y á ondear en el aire sus flecos, como aquel que hace valer su opinión colocando en alto la bandera.

La sola aparición de ese trozo de jardín andaluz bordado en sedas de colores, es un triunfo completo para su defensa. Derramado sobre un cuerpo femenino, nos mostrará una mujer de flores; amarrado con nudos y lazos á una bailadora, nos deslumbrará con la combinación artística de sus pliegues.

Abrir un pañuelo de Manila delante de nosotros, es lo mismo que desdoblar de repente una primavera; la viva apoteosis de color seducirá nuestros ojos y nos hará temblar de placer.

Puede tener la toca de la monja todo el misterio y toda la poesía mística imaginables y simbolizar la callada vida del claustro con sus rezos como susurros de brisas, sus fiestas de coro y sus labores de paciencia; puede la blanca mariposa que lleva parada en la cabeza la hermana de la caridad, como águila en el casco guerrero, representar la piedad cristiana que vela á la cabecera del lecho de los enfermos, la fe que cae como rocío en los corazones, y la humildad, y la resignación, y el deber; puede la mantilla sevillana hacernos soñar con los limoneros llenos de flores, con los balcones como acuarelas, cubiertos por una cortina de claveles, con las calles torcidas y el hablar roto y pintoresco como desmenuzado salto de agua; puede el pañuelo que cobijaba la cabeza de la antigua raza española personificar la virtud y la hidalguía, la mujer dedicada al hogar y á la religión, y el pensamiento siempre velando por el honor; pueden en la sucesión de modas de los tiempos haber desfilado todos los adornos por la bella cabeza y el gracioso cuerpo de nuestras mujeres, pero ningún atavío es tan artístico y brillante como la cabeza cubierta de flores, prendidas al desgaire, los rizos cayendo en desorden sobre la frente, libres de todo cáliz de manga los brazos, y el pañuelo de Manila cayendo como aluvión de flores sobre los hombros y enseñando la larga

y complicada ola de flecos que se mecen y ondulan como el festón de espumas en las playas.

En la procesión *de los pañuelos de Manila*, el manto de la diosa callejera pasea el tránsito y se impone á todo cuerpo de mujer como el paño de mar á la roca. El barrio parece la abigarrada paleta de un artista. Mantones azules; blancos con ramos y puntos de oro; encendidos como flor de granado y fleco negro, que se arrastra en mil ondulaciones; verdes con relieves de rosa y pájaros de desplegado plumaje; de color de naranja manchado de blancas estrellas como encendido crepúsculo con luceros; blancos simplemente; negros con líneas de fuego, de todos los colores y de todos los matices, se ven desfilar en original sucesión ante las ventanas, las cuales sostienen por medio de cables flotantes lámparas de papeles de colores, que habrán de encenderse en el momento de pasar, entre vivas fervientes del pueblo, la procesión.

La carreta de la fiesta del rocío se cubre también con pañuelos de Manila como el gabinete de elegantes colgaduras. Los bueyes, cubierta la cabeza bajo un crespón de borlas y de sedas, tiran de las ruedas de plata, como los monstruos del carro fingido de los dioses. Las varas del tardo vehículo, son de metal precioso; el eje es un cilindro áureo; la portada es un arco de flores, bajo el cual se descubren mujeres ricamente vestidas con el adorno español de flores en el pelo. En el centro, la guitarra preludia al son de los crótalos y al rumor de las panderetas moriscas. Es la fiesta de la gracia, que pasa en originalísimo cuadro nunca imaginado.

En las *juergas* ardientes, la mujer canta con apasionados dejos moriscos su copla, y tercia al hombro la punta del pañuelo, como diestro manejador de capa, y deja á la vista la incitadora redondez del seno entre el marco de flores y bordados. La mesa que se eleva ante ella, enseña el cúmulo de cañas y botellas donde luce sus visos de oro pálido el rico *champagne* español, el vino del placer y la risa, la manzanilla.

Cuando mayor es el bullicio y el bailador va á subir á ejecutar su extraña danza sobre la mesa, ella arráncase el deslumbrante pañuelo de los hombros, lo tiende en el tablero lleno de cristales, y pasándolo á lo largo, arrolla y tira el opulento colmo cristalino y mancha la riqueza de sedas de colores.

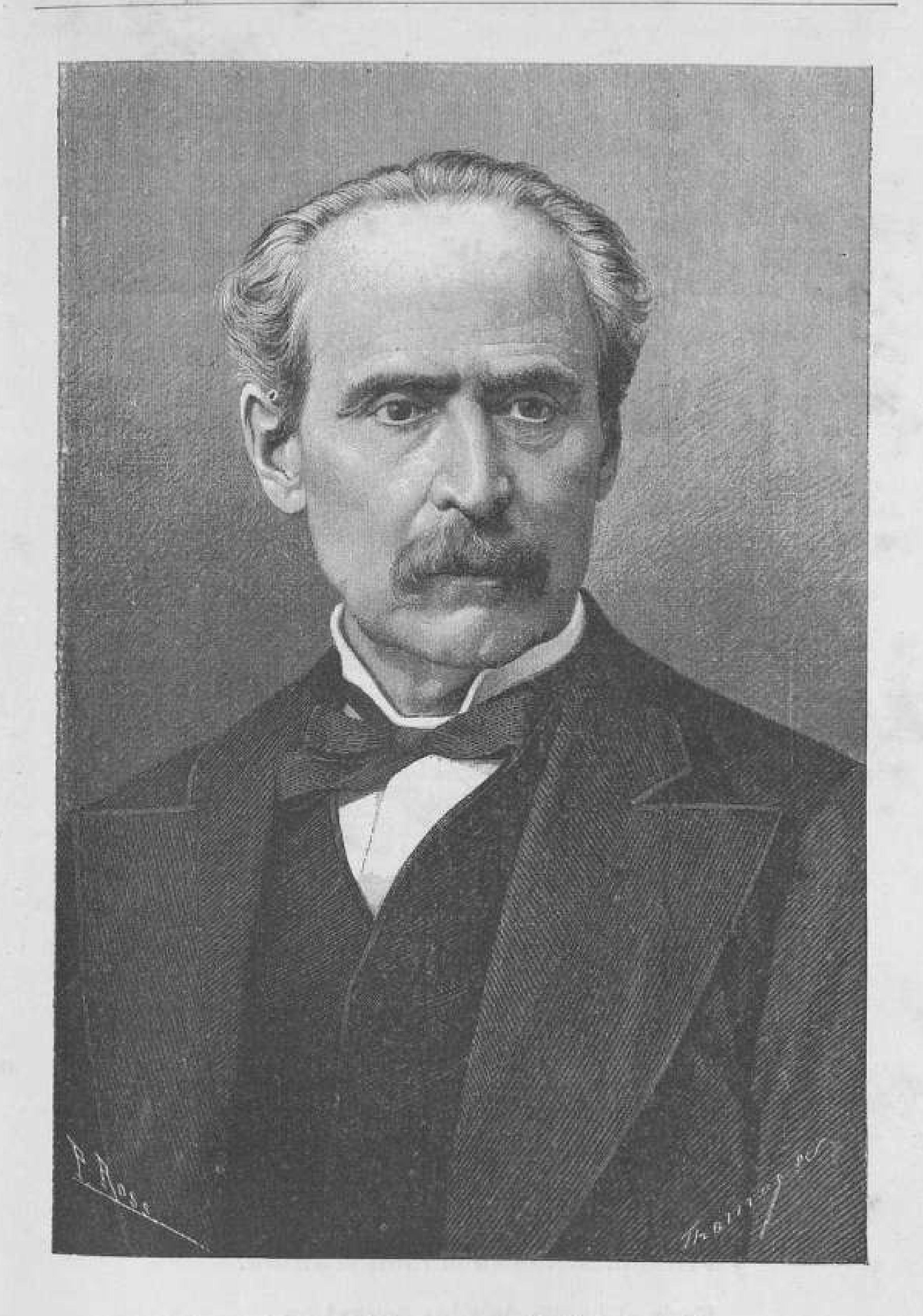
Pero donde mejor ostenta su esplendor el mantón de Manila es en el cuerpo ondulante de la bailadora. Arrollado en artísticos pliegues sobre la nuca, que la deja á descubierto con los leves y sueltos rizos de pelo; cruzado sobre el busto oprimido y saliente, de donde arranca la garganta como columna de marfil; traídas atrás las puntas que se enlazan en la cintura y caen en manojos de hebras sobre la falda; ocultando las redondas caderas bajo dos soberanas bandas de flecos que oscilan y retiemblan á cada movimiento de la bailadora; manchado por todas partes de ramos vistosos, pájaros brillantes, adornos y bordados, enséñase de uno y otro lado, según que la mujer gira sobre sus pies al son de las guitarras ó se retira ó adelanta ondeando los brazos como banderas.

Con el aguacero de flecos cayendo por todos los lados de su cuerpo, corre, salta, puntea, se precipita de repente en medio de un menudo trenzado de pies entre las demás figuras, que, también envueltas en mantones, como estatuas de piedra en el ropaje, la acompañan y hacen coro con tempestad de vivas y palmadas.

La bailadora, como si nada fuese con ella, yergue sobre el soberbio busto la cabeza á modo de quien siente bajo sí rodar las miserias humanas, y ora hace estremecer de una airosa cabezada los claveles hincados en su pelo, ora deja asomar los pies en dulce movimiento bajo la falda como dos mariposas que se persiguen, tan pronto cuelga la cabeza de un lado y mira al soslayo á medida que el cuerpo la va dejando atrás en su vuelta, y ya pára, ya corre, ya va en casi imperceptible rotación que hace estremecer todo el tren de flecos y bordados.

Cuando haya desaparecido de la garganta española la fórmula de la malagueña, y nuestros cantares háyanse extinguido del pueblo andaluz, y los romances en que se dió forma plástica á nuestras costumbres dejen de ser aprendidos de memoria por el pueblo que recita los versos de Zorrilla, entonces desaparecerá lo único característico y nacional que tenemos, la guitarra, las coplas llenas de sentimiento, y las *juergas* vistosas, tan llenas de vida y valientes de color como las orgías antiguas, y más apreciables en la bella figura de la bailadora, ante la cual no hay creación de artista posible, ni pincel que se atreva á vencerla en curvas gentiles, trazos arrogantes y aposturas de diosa.

Madrid. S. Rueda.



Dr. D. Vicente Fidel López

REPUTADO HISTORIADOR ARGENTINO

LAS CUATRO EDADES

AL POETA J. J. GARCÍA VELLOSO



I

EDAD DE PIEDRA

El hombre antiguo, rey de la espesura;
con las formas de un hércules salvaje
sintió de las miserias el ultraje,
del dolor y del hambre la tortura.

Vence al león en su caverna oscura,
su piel le sirve de imponente traje,
del mar escucha el férvido oleaje
y á Dios presiente en la infinita altura.

Forja el hacha de sílex brilladora,
y del sol á los rayos centellea
en su carcaj la flecha silbadora.

Cruza el torrente, el ámbito sondea,
y en su espíritu audaz, dominadora
la viva luz de la razón clarea.



II

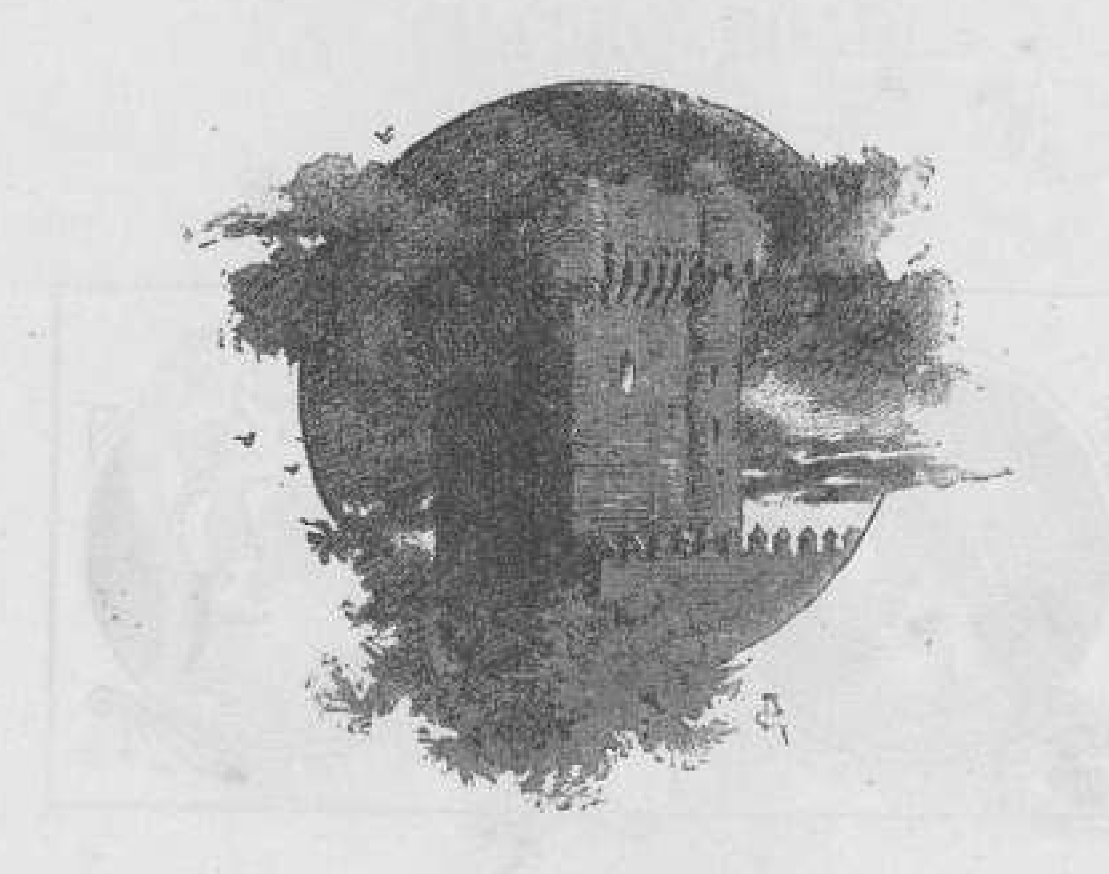
EDAD DE BRONCE

Es la edad de la Iliada y la Odisea.
En su lira de bronce Homero canta,
Fídias el regio Partenón levanta,
y la estrofa de Esquilo centellea.

Brilla la inspiración; el Arte crea,
y Roma, que en el triunfo se agiganta,
el orbe antiguo encadenó á su planta
y se embriagó con sangre en la pelea.

Cruza los mares fúnebre alarido
que llenando de horror al navegante,
de ola en ola se aleja repetido.

Y del ocaso al resplandor incierto,
la voz del Paganismo agonizante,
dice al mundo que Júpiter ha muerto.



III

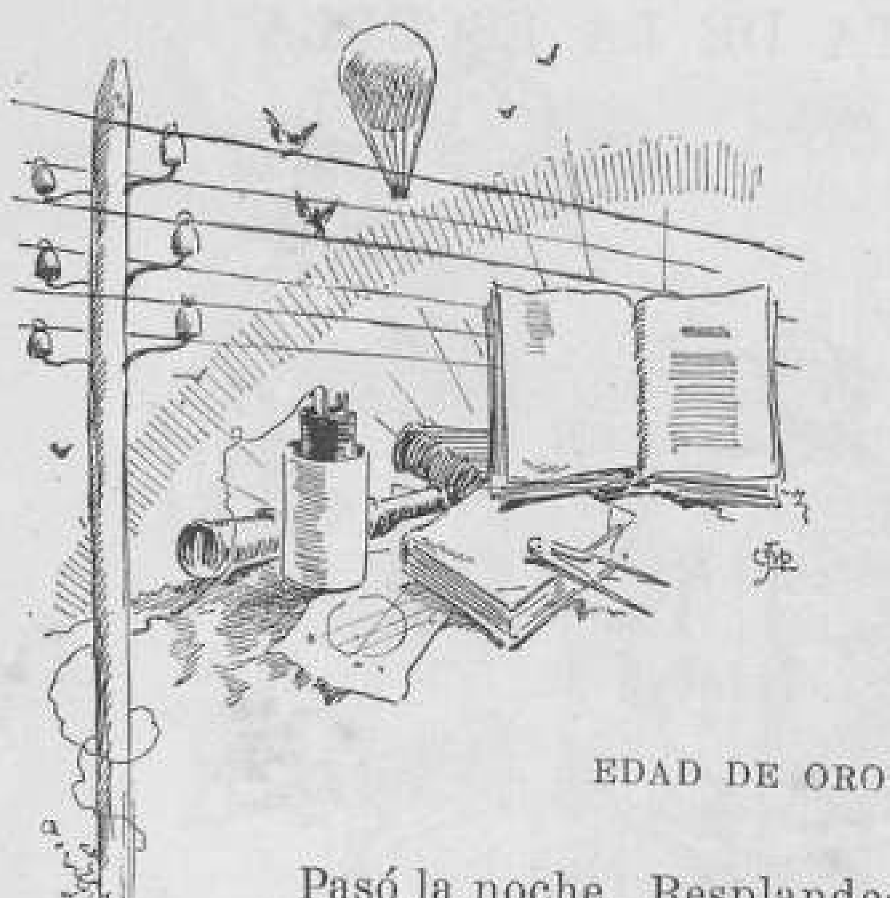
EDAD DE HIERRO

La noche mediaval. Hondo lamento
anuncia el fin del mundo esclavizado,
y en el heroico pecho del cruzado
vibra del fanatismo el rudo acento.

Enmudece el altivo pensamiento,
y símbolo vetusto del pasado,
de trepadoras hiedras coronado
frente al muro feudal se alza el convento.

La negra sombra de la duda avanza,
ruge la Libertad en lontananza
y es la Ciencia crepúsculo indeciso.

Agonizan los dogmas seculares,
y en el alma del hombre los pesares
anublan la visión del Paraíso.



EDAD DE ORO

Pasó la noche. Resplandece el día;
audaz surcando el piélago profundo
Colón sorprende el despertar de un mundo
que en misteriosa oscuridad dormía.

Keplero indaga en la extensión vacía
la ignota ley del astro vagabundo,
y Guttenberg, innovador fecundo,
abre á la Ciencia esplendorosa vía.

Brilla en la frente del linaje humano
con resplandores de inmortal diadema
la luz del pensamiento soberano.

Lutero agita la Razón por lema,
y el fanatismo se retuerce en vano
ante el fulgor de la verdad suprema.

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1888.

DE VUELTA DE LA ESCUELA



—¿De dónde diablos sale tu hija Lola,
que anda la desdichada
medio desnuda, y rota, y enlodada?
—De la *escuela*...
—¿De cuál? ¿de la de Zola?

CELOS

Si persigo tu paso
desde que el sol colora el horizonte
hasta que ya en su ocaso
hace la sombra descender del monte
y aun intranquilo estoy cuando la aurora
despierta al día y la neblina dora;
no me culpes, mi amor, que si enojarte
puedo por la desgracia de mi suerte
y en mi mal y por él enojos darte,
perdóname y advierte
que mi afán, mi temor y mis desvelos
son hijos de mi amor; porque son celos.

Mariano Vallejo.



LOS IMPORTUNOS

Entre las más terribles epidemias sociales que nos infestan, figura en primera línea el amigo importuno, ese hombre-morbo contra el cual nada puede el cordón sanitario del aislamiento, ni el lazareto de la antesala, aunque se le obligue á hacer cuarentena en ella tres ó cuatro horas, pues transcurrido el plazo nos ataca siempre con la virulencia que le caracteriza, inoculándonos el germen del fastidio.

Esos microbios adultos tienen el raro don de la inoportunidad: siempre llegan á tiempo para desbaratar nuestros proyectos, y muchos del género erótico se echan á perder á causa de los tales caballeros asiáticos, sobre todo cuando la falta de confianza, en complicidad con las conveniencias sociales, nos entrega inermes á su acción devastadora.

Hay importunos fulminantes: esos son los que atacan de súbito á su víctima en la calle, cuando vuela quizá en alas del deseo, tras de alguna casada que quiere guardar el incógnito, privando así á él y á ella de las dulcísimas expansiones de un amor de contrabando, con que se pretende defraudar al fisco conyugal, ó bien tras de alguna doncella no tan inexpugnable que no permita intentar, con grandes probabilidades de éxito, un asalto en toda regla.

—¡Alto ahí! dice el amigo calamidad pública, echando los brazos como un lazo, al cuello del otro; ¿tiene usted mucha prisa?

—Hombre, sí, contesta el interrogado, con expresión de vivísima contrariedad, al ver desvanecerse como un sueño, tras de una esquina, la graciosa silueta de su amada; tendrá usted que dispensarme; pero... me espera un asunto urgentísimo; conque... ¡expresiones á la familia!

—Lo siento, caballero; pero no le suelto á usted. ¡Palabra de honor! estamos á dos pasos de mi casa y quiero que

me dé usted su autorizada opinión sobre una obra que he compuesto y que tendrá sin duda gran resonancia.

—¿De qué se trata? pregunta el amigo *caso,* sudando copiosamente.

—Pues nada, de la *Historia Universal* de Cantú, puesta en endecasílabos de varios metros...

—¿De longitud?



—¡Oh! es una traducción que me ha dado muchísimo trabajo.

—¡Ya lo creo! empezaría usted en el período de la lactancia, murmura la víctima, buscando con la vista algún polizonte.

—¡Pero, hombre! ¿qué tiene usted? ¡vaya una palidez! ¿se siente usted mal?

—Malísimamente.

—¿Qué siente usted?

—¡Calambres!

—¡Bah! eso no es nada; vámonos á casa, y con unas

friegas de endecasílabos, digo, con una lectura de mis versos, se le quita la indisposición. Disponga usted de mi cama.

—¿De su cama? ¡lo que yo necesito es una camilla! Créame usted, caballero, estoy muy delicado de salud y los médicos me han prohibido terminantemente las Historias Universales.

—¿Conque quiere usted dejar la lectura para otro día?



—Sí, señor; la dejaremos para cualquier década de éstas.

—Bueno, le leeré mis versos cuando recobre la salud.

—Es lo mejor; la lectura, y sobre todo la de versos, no me sienta bien hace tiempo; los consonantes me dan vahidos y los asonantes ictericia; conque ¡nada! en cuanto los médicos me den de alta, cuente usted conmigo.

—¡Qué es eso! ¿quiere usted soltar mi brazo? ¡no lo permito, caballero! la amistad impone deberes ineludibles y yo no falto á ellos por nada de este mundo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que un caballero con calambres no puede

ir solo por la calle y que es usted prisionero de mi cariño.

—Pero...

—¡Nada! ¡nada! no le suelto hasta su casa... de lo contrario, tendrá usted que oir mis endecasílabos.

—¡No, por Dios! ya no resisto... vámonos á casa.

Y el infeliz echa á andar maquinalmente, renegando de su suerte y de los amigos-miasmas y llorando quizá perdida la esperanza de encontrar otra ocasión tan propicia para alcanzar el objeto de sus dulces afanes.

Ninguna consideración social contiene á los importunos,



ni hay quien les haga comprender que incomodan como las moscas; las indirectas que á manera de agudas flechas suelen dispararles algunos labios, lejos de dar en el blanco, se pierden en el vacío; el importuno no entiende de alusiones ni de apólogos.

Hay caballero sin segunda intención que va á matar el tiempo en casa de los recién casados, con la misma oportunidad con que van los perros á misa. ¡Y qué conversación la suya! la novia bosteza, y el novio, impaciente, consulta á cada instante el reloj.

—Por mí no se apuren ustedes, exclama el importuno; todavía es temprano... no son más que las once y media y

yo me recojo muy tarde; es una costumbre ya vieja en mí; recuerdo que el día que me casé me acosté á las cinco de la mañana...

—¿Estarían ustedes de jolgorio, eh? dice el novio, por decir algo.

—Hombre, no; no hubo fiesta de ninguna clase; á mí siempre me ha parecido impropio eso de festejar una boda con un *lunch* bailable; el asunto es demasiado serio para tomarlo á broma; una boda puesta en música, es para mí lo mismo que un entierro arreglado para castañuelas.

—Entonces, ¿qué motivo tuvo usted para acostarse tan tarde el día que se casó?

—Uno muy grave.

—¿Muy grave?

—¡Gravísimo! Figúrese usted que yo tenía un amigo, pariente en línea curva del socio de un cuñado de un caballero que sufría de hipo, desgracia que me afligía en extremo; pero por fortuna supe aquel mismo día que un célebre médico había descubierto un remedio eficacísimo contra dicha dolencia, y soltando el brazo de mi mujer, me fuí en busca del ilustre sabio; justamente éste acababa de contraer... la misma enfermedad que yo; es decir, matrimonio, y no sin mucho trabajo y gran dosis de paciencia, conseguí arrancarle de los brazos de su esposa; primero se negó á recibirme; le hice decir que un médico se debe, antes que á su mujer, á la humanidad con hipo, y sólo á fuerza de argumentos de este calibre pude vencer su resistencia.

—¿Y qué le recetó?

—Me dijo que aplicase al paciente media docena de *ingleses*, y fué santo remedio, pues se pegó tal susto, que desapareció el hipo... y el enfermo.

—¡Hombre!

—Probablemente no le quedaría ni una gota de sangre en las venas... ¡verdad que eran *ingleses* de Hamburgo!

—¡Pero, hija! exclama el marido, dirigiéndose á su mujer y tratando, indirectamente, de poner término á la visita; ¡qué manera de bostezar!

—Eso es hambre, dice el importuno, á quien no se le ocurre ni la más remota idea de que su presencia pueda causar fastidio á nadie; yo también padezco de lo mismo.

—¿De hambre?

—No, señor; de la enfermedad de los bostezos; general-

mente me ataca cuando estoy con mi mujer; por fortuna, la ciencia no descansa y está en vísperas de resolver un gran problema que dejará á todo el mundo con la boca abierta... ó mejor dicho, cerrada.

—¿Y qué problema es ese?

—Se trata de la inoculación de los bostezos.

—¿De los bostezos?

—Como usted lo oye. ¡Vaya! ¿acaso hay nada más contagioso? parece que la vacuna mejor es la que se extrae de los casados de fecha atrasada.

Después de una hora de charla el importuno desaparece



por fin, y los novios, *convalecientes* aún, se dirigen al templo del amor, en medio de salvas de besos y grandes repiques, á cantar el *Te Deum* en acción de gracias al Todopoderoso, por haberles librado de tan enojoso huésped.

El importuno se presenta siempre que puede malograr los propósitos ó contrariar los planes de sus relaciones sociales; por ejemplo, cuando se disponen á comer, *acto* importante, cuya sinfonía, instrumentada para platos, copas y cubiertos, suena ya estrepitosamente en el comedor, sin que sirva de discreto aviso al importuno, que lejos de tomar la puerta, se queda como si tal cosa; ó cuando se visten para asistir á alguna diversión pública ó privada.

El importuno acostumbra caer también en las casas cuando el barómetro conyugal indica *tiempo revuelto,* y se

empeña en dar conversación á familias de perros y gatos, que rabian por enseñarse los dientes y clavarse las uñas.

—¡Qué dichosos son ustedes! dice el importuno, que, como no ve más allá de sus narices, no nota el culebreo de los relámpagos en los ojos, ni observa las señales de próxima tormenta.

—¡Mucho! ¡mucho! dice el marido, midiendo á grandes pasos la habitación y arañando con las miradas á su mujer.

—Doy á ustedes mi enhorabuena.

—No hay de qué.



—Y muy particularmente á usted, caballero.

—¿A mí?

—¡Vaya! ¡como que se ha desposado con la felicidad!

—Dice usted bien, por eso la felicidad me trata... como mujer propia.

—¡Bah! todos los casados se quejan de vicio.

—Es que sólo ellos saben dónde les aprieta... la mujer.

—Así como las mujeres sabrán dónde les aprieta... el zapato.

—Puede ser.

—Hay matrimonio cuyo hogar es un cielo sin nubes.

—Y hogares donde no se ve el sol la mayor parte del

año; cielos plomizos como el de Londres, bajo los cuales, para que sea completa la ilusión, sólo hormiguean *ingleses.*

—De todo hay en la viña del Señor.

—Es verdad... sobre todo *ingleses.* ¡Como que todo el mundo se dedica á su cultivo!

—Veo que está usted de buen humor, y esto prueba precisamente que es feliz, cosa que, á decir verdad, no me extraña, teniendo una mujer dócil, y amable, y dulce.

—¡Mucho!

La esposa, que ha permanecido sumida en desdeñoso silencio durante este diálogo, se levanta furiosa de su silla y se sienta al piano, cuyas cuerdas, heridas rudamente por los martillos, prorrumpen en alaridos é imprecaciones de un género musical que sólo cultivan los nervios sobreexcitados.

—¿Qué es eso que toca? pregunta *sotto voce* el importuno al marido.

—¿Eso? preludio de tempestad...

—¿No le parece á usted de un efecto desgarrador?

—¡Sangriento!

—¿De qué autor es? ¿de Wagner?

—¡Del rey Herodes!

—¡Qué ejecución!

—¡No! la *ejecución* vendrá después.

—¡Demonio! ¡las doce!... me marcho... Volveré pronto.

—Ya sabe usted que puede volver el siglo que guste.

Y el importuno se aleja por fin con rumbo á su casa, donde le dejaremos agradablemente entretenido en aburrir al primer vecino que halla levantado aún, pues esforzado é infatigable, sólo se deja caer rendido en la cama, cuando ya no encuentra á quién combatir con las armas del fastidio.

Casimiro Prieto.

EPIGRAMA

¡Igualdad! oigo gritar
al jorobado Torroba,
y se me ocurre pensar:
¿quiere verse sin joroba
ó nos quiere jorobar?

Manuel del Palacio.

LA VENGANZA DE UN POETA

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



Érase un Poeta que salió, en busca de inspiración, á dar un paseito por los alrededores de Atenas.



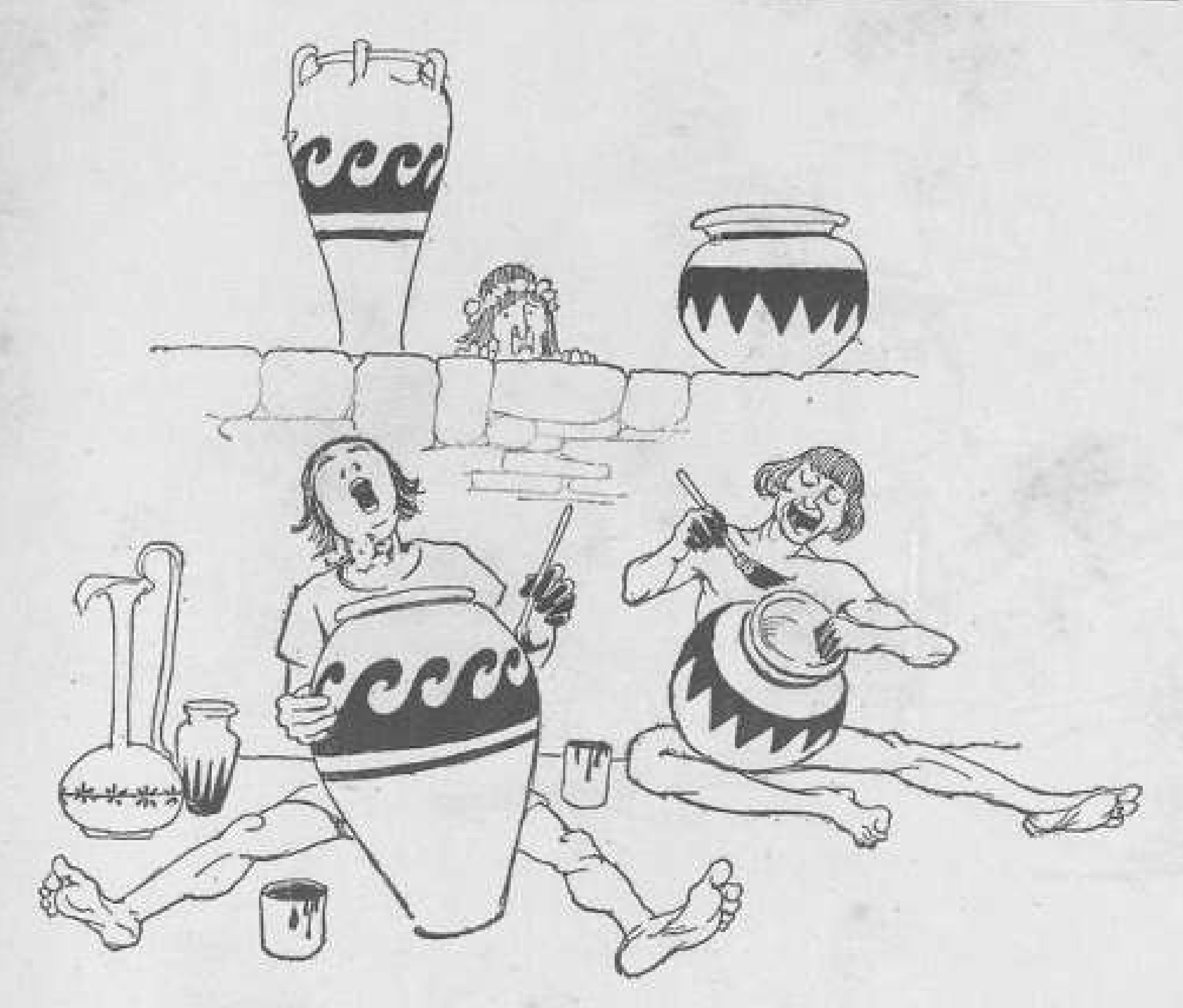
«—¡Por todos los dioses del Olimpo! ¿Qué voces son estas que me taladran el cerebro?»



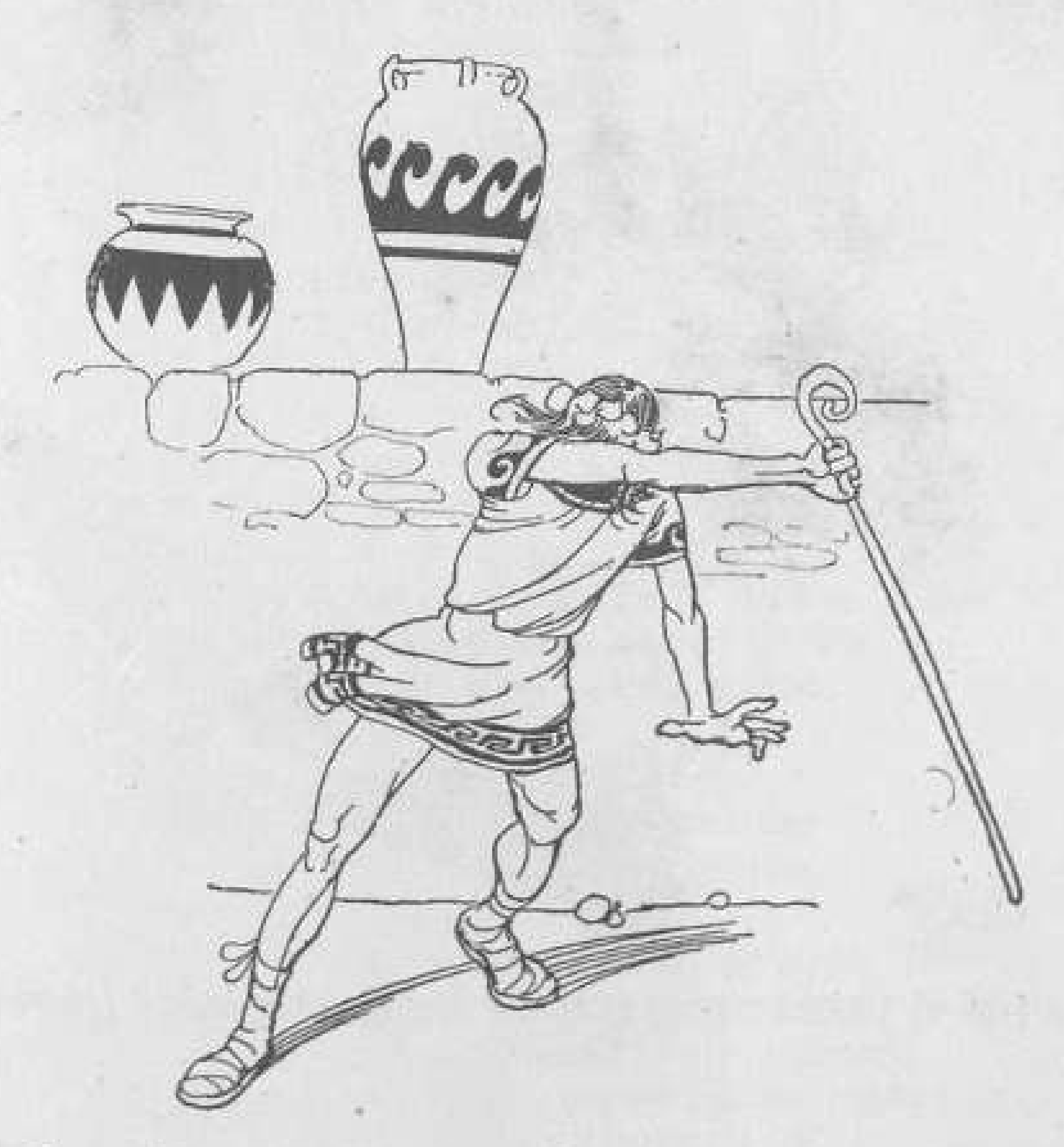
«Pero ¿no son mis propios versos las víctimas inocentes de tamaño desuello?»



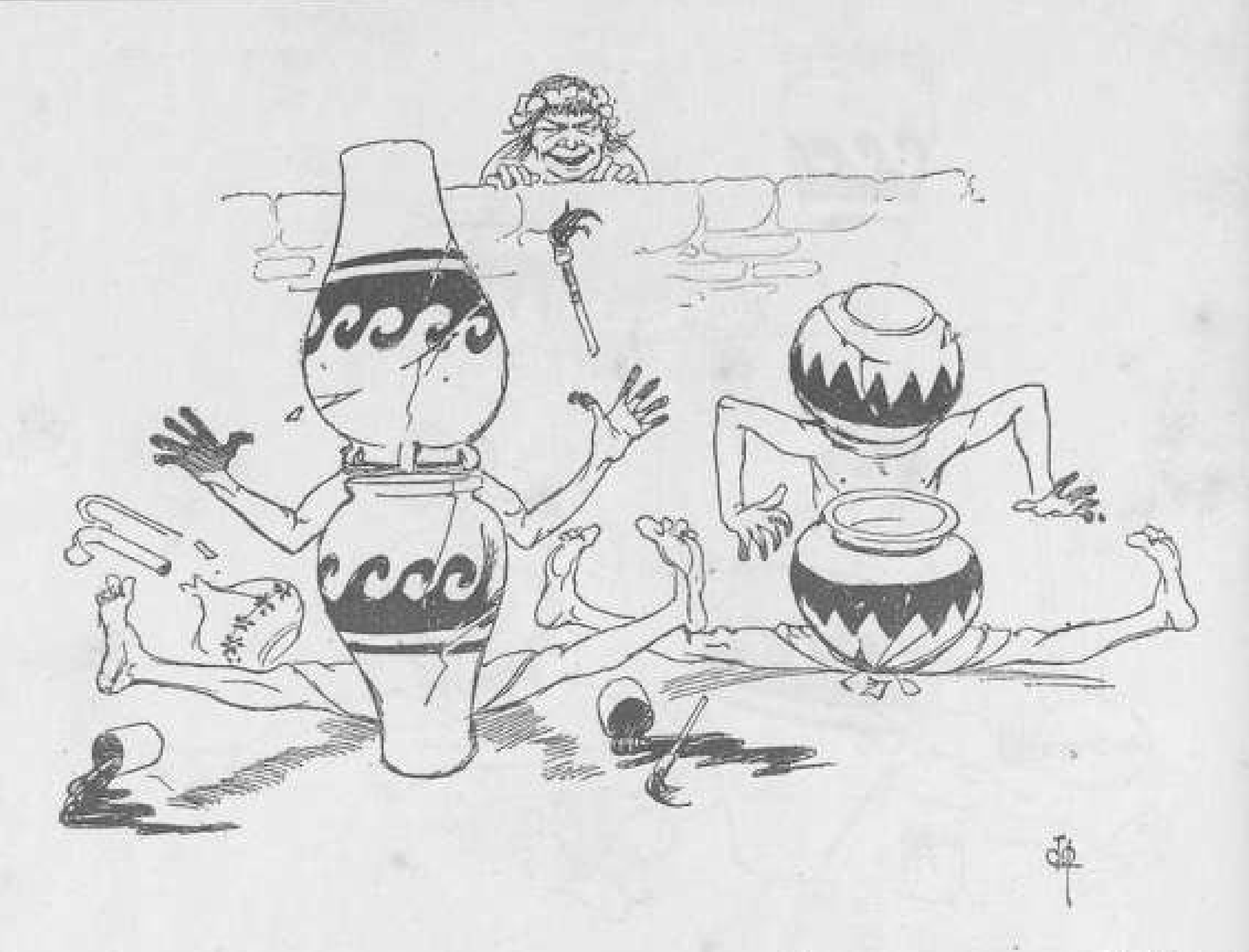
Y asomando las narices á un cercado de donde parecían salir las destempladas voces...



Vió unos desalmados alfareros que estaban trabajando á los desacordes de un himno de nuestro Poeta.



El cual se dijo: — «Pues tan despiadadamente atropelláis mis obras, en las vuestras voy á tomar el desquite.»



Desquite que puso en obra en menos tiempo que necesitó para concebirla.



Y este fué el primer proyecto de *ley de propiedad literaria.*

ROSA

(CAPÍTULO INÉDITO)

Tú, de todos los dones,
de la virtud ingenua el más amado,
trabajo bienhechor, dulce alimento
que das á los viriles corazones
impulso nuevo y vigoroso aliento:
¡oh, cuánto eres preciado
allí donde del hombre la existencia,
por su cauce marcado,
al término fatal corre dichosa
en paz é independencia,
como los ríos de mi patria hermosa!

No bien la aurora envía
su arrebolada luz del horizonte,
Luciano con sus rudos compañeros,
que él llama «mis isleros,»
la senda sigue que conduce al monte.

Con la bombacha nacional vestidos,
que á sus talles sujeta
ancha faja de grana
debajo de la suelta camiseta;
con sombreros de palma entretejidos,
el recio pie desnudo
y el hacha al hombro, de reflejos llena,
van todos á emprender apercibidos
la rústica faena.
Del arroyo en las húmedas orillas,
las bandas de totoras
derríbanse sonoras
al filo de sus rápidas cuchillas;
y luego en grandes haces agrupadas,
del cauce en el repecho,
quedan puestas al sol, para que un día
al gaucho sirvan de modesto techo,
y á su inocente prole, de alegría.

El hacha aquél levanta:
con rudos golpes vigoroso hiere
del alto sauce la robusta planta,
y el eco, repetido,
por largo tiempo resonando muere.
Da el árbol, inclinándose, un chasquido;
de nuevo el hacha brilladora zumba,
y aquel gigante que otros siglos vieron,
agitando los brazos se derrumba
sobre los hijos que á sus pies crecieron.

Allí, los leñadores
destrozan los galanos espinillos
que ornó setiembre de doradas flores;
más allá, una humareda
que sube al cielo en blandas espirales,
ó contrastada por el viento, rueda
cual desgarrados tules
por entre los sauzales,
tomando en su verdor visos azules
y tintes de alhucema,
indica el sitio de la selva donde
en vastas piras el carbón se quema.

Abaten otros por allá las frutas
que en los ribazos del arroyo, opimos
ofrecen los flexibles durazneros
en apiñados lúcidos racimos;
y los cestos colmados
del dorado manjar, en la canoa
de airoso corte, si de bandas breve,
derraman presurosos, esparciendo
así que los duraznos van cayendo,
un dulce aroma que á gustarlos mueve.

Y cuando ya no alcanza
á soportar más peso, de la orilla
huyendo con su carga la barquilla,
al Paraná magnífico se avanza;
y puesta á un largo la latina vela,
rayando el agua con la suelta escota,
como blanca gaviota
á la opulenta Buenos Aires vuela.

RAFAEL OBLIGADO.

EN LA PRIMERA PÁGINA DEL ÁLBUM

DE MI HIJA

De lágrimas y flores
alfombra Dios la vida;
de entrambas abundante
cosecha recogí:
el cáliz de las lágrimas
yo guardo, hija querida;
¡que eternamente sean
las flores para tí!

MANUEL DEL PALACIO.

NUESTROS COLABORADORES



Adela Castell

POETISA URUGUAYA

ADELA CASTELL

Adela Castell no es una entidad literaria, ni sus composiciones poéticas, vaciadas en el molde purísimo del sentimiento, han volado á los cuatro vientos de la popularidad.

Pero es, en cambio, una mujer joven, interesante, y con un caudal de conocimientos relativamente notable, dada la deficiencia de la instrucción científica en el bello sexo.

Los que la conocen íntimamente, aquellos que han leído como en un libro, hojeando día por día, en el seno de la amistad más pura, las páginas azules de su alma noble, valoran el tesoro de santas afecciones que la embellecen.

Entregada al magisterio de mucho tiempo á esta parte, se ha dado cuenta de su misión regeneradora. Más que una institutriz, es una sacerdotisa de la educación popular, en cuyos altares oficía con fe cristiana, levantando su espíritu á las cumbres donde no llegan las vanidades terrenas.

Actualmente dirige en Montevideo la *Escuela de Aplicación*, importante establecimiento donde se inician en los misterios del profesorado gran número de señoritas. Ha sido elevada por sus propios méritos al puesto honroso donde otras llegan por el favoritismo oficial.

Estas líneas no son, en manera alguna, un pasaporte visado por el entusiasmo, que se utiliza á veces como reclamo. Adela Castell no lo necesita. Son apenas cuatro pálidos rasgos de un compatriota ausente y desapasionado, que tal vez puedan servir de esquicio á su fisonomía moral, cuando alguien pretenda adivinarla, contemplando el retrato que engalana este Almanaque.

Ricardo Sánchez.

Buenos Aires, 1888.

EPIGRAMA

Luís, político de peso,
clamaba ayer de esta suerte:
—«Siempre perseguí el progreso;»
y no mintió Luis en eso,
pero le persigue... ¡á muerte!

SUEÑO

Me miró con mirada indefinible
y me dijo después:—«¡Ya no te quiero!»
y aunque no lo creí, sentí del polo
la ráfaga de hielo,
y con la voz doliente como un lloro,
—«¿Por qué?» le pregunté.—«¡Porque te adoro!»

ADELA CASTELL.

Montevideo, 1888.

MODESTIA



—¡Preciosas ligas!
—Al verlas,
me acordé de tí.
—¿Y me obligas,
siendo pobre, á que use ligas
con hebillas de oro y perlas?
¡Es mucho lujo, Gaspar!
—¡Tuyas son, de todos modos!
—Todos tus amigos, todos,
te lo van á criticar.

EPIGRAMA

—Pero... ¿dónde está papá?
—Aún no ha vuelto del Rosario.
—¿Pues no se fué hace dos días?
¡Vaya un *rosario* más largo!

DE TEJAS ARRIBA

Yo tengo algo de la misantropía del Solitario de los Trópicos: las personas y las cosas de aquí no me preocupan mayormente. Pero en lo más puro de mis abstracciones y lo más conmovedor de mis éxtasis suelo recordar que la incomunicación absoluta es como la determinación práctica y científica del sistema celular, é inmediatamente, á guisa de protesta activa de mi inculpabilidad, ardo en deseos de echar á vuelo la lengua. ¡Disparate!... porque como estoy siempre solo, nadie puede oirme. Entonces me monto á la grupa de mi fantasía, rompo la atmósfera, subo hasta el éter, que diría cualquier tribuno cursi, y no ya sólo hablo, conferencio, con tal cual estrella que se ha corrido de uno á otro lado del firmamento, ó con cualquier espíritu errante que cambia de planeta, como cambia uno de vecindad. Muchas veces he hablado con el alma de Garibay, y por cierto que he creído ver refundidas en ella las de muchos grandes hombres que, juzgándose dotados de extraordinarias facultades de observación y posesionados del sentido, de la tendencia y del alto secreto del destino histórico de su época, apenas si han conseguido franquear los horizontes de Babia... Ultimamente he conferenciado con las brisas.

Sobre que todo cuanto existe tiene el don de la palabra, no hay para qué discutir. Hablan los átomos, las flores, las hojas, ¡Señor, hasta las hojas de un arbusto anónimo, sin filiación conocida en ninguna variedad botánica! ¡Quién ignora, acaso, de cómo una miserable hierbecilla se quejó de su suerte á Pitágoras, según testimonio de Voltaire? De los animales... no hay nada que decir de los animales. Que hablan también es cosa sabida, probada y confirmada en todo tiempo, desde Esopo hasta muchos oradores parlamentarios muy aplaudidos, cuyos nombres no cito por no ofender su modestia. Quedamos, pues, en que cuanto existe habla.

Esto sentado, les referiré á ustedes mi conferencia con las brisas, pero en capítulo aparte.

*
* *

Me dijeron:

LA BRISA DE LAS MONTAÑAS

—Yo me juzgo feliz porque hago obras muy buenas: ensancho los pulmones de quien me respira, soplo la hoguera del aprisco, rizo el agua del arroyo, huelo á tomillo é interrumpo agradablemente el silencio de estas soledades haciendo sonar una miserable flauta de caña y agitando el ramaje de los pinos. Paso por las grutas y me refresco; por los madroñales y me embriago; por el espliego y me perfumo. Corro y no me sienten; miro y no me ven. He conocido á todos los personajes de la leyenda pastoril y contribuído á crear muchos idilios. Oí á la pastora Marcela quejarse de la desventura de Crisóstomo; sentí á Amarilis llorar por Filetas y moví las alas de la tórtola de Francisco de la Torre, cuyo aleteo despertó acaso la inspiración del más ininteligible de nuestros poetas, haciéndole exclamar con la elegancia y dulzura de Góngora:

De la florida falda
que hoy de perlas bordó la alba luciente,
tejidos en guirnalda,
traslado estos jazmines á tu frente,
que piden, con ser flores,
blanco á tu seno y á tu boca olores.

En fin, creedme; soy la más rica, la más pura, la más voluptuosa de todas las brisas.

LA BRISA DEL MAR

—Los marineros sólo tienen miramientos con el huracán, que es de quien puede venirles el daño, y gente dura, acostumbrada á los rigores de los más diversos climas, no sienten emoción ninguna al contacto de mis besos. Sirvo, en suma, para que cuatro rebuscadores de consonantes y cuatro diputados que padecen de incontinencia de palabra, como de cualquier otra incontinencia física, se den ínfulas, tomándome en lenguas, de poetas y oradores... Soy muy buscada, exacto; pero me buscan los escrofulosos, y obligada estoy por esto á saber cosas muy tristes; miles de jovenzuelos

vienen á respirarme, y se van, creyéndose curados, para morir el día antes de los desposorios...

LA BRISA DE LA ALDEA

—No soy tan pura como la de las montañas, ni tan buscada como la del mar, pero soy la más alegre. Me enrosco á las cuerdas de la guitarra haciéndola vibrar á falta de tañedores, y me acurruco algunas veces entre los pliegues del corpiño rojo de las zagalas, mezclando á mis rumores cadenciosos en música tiernísima la palpitación creciente de sus corazones amorosos y sencillos. Muchas veces también, cuando el pobre prior de la apartada iglesia, cansado de rezar, ni siquiera para mover las manos tiene ya aliento, yo le ayudo inadvertidamente volviendo con premura generosa las hojas de su breviario. Sereno la frente del cazador fatigado; oreo el nido de las golondrinas que retornan á estos lugares apacibles atraídas por el amor cristiano de sus moradores, y regalo con el perfume sorbido en el cáliz de la flor silvestre á las chiquillas, regocijadas por las adivinaciones de una pubertad temprana...

LA BRISA DE LAS CIUDADES

—Estoy condenada á saber impúdicos secretos y á recoger el eco de míseras murmuraciones. Labios refresco que quisiera ver quemados, y gasas agito en los salones que quisiera ver rotas. Me abraso en el pecho de gentiles damas, y muevo abanicos donde hay historias de que deberían entender los tribunales. Paso por los alcázares y me hielo de espanto; por los cafés y me aturdo; por las alcobas y me abochorno. Huelo á cosmético, á heno, á vinagrillo de tocador y á mil otros menjurjes...

En este momento atravesaron el espacio un águila, un ruiseñor y un grajo. Los detuve, los interrogué y me dijeron lo que ustedes leerán en otro capítulo.

*
* *

EL ÁGUILA

—Me río mucho de vosotros al oiros llamar reyes de la creación... El hombre, rey... ¡qué desatino!... En todo caso,

para dar con una testa coronada, es preciso atravesar por millares de vasallos. Y luego, no es lo mismo reinar en los pueblos que en los aires, ni asistir á las tragedias de la tierra de tejas abajo, que desde el *parterre* de una colina ó desde el balconcillo de un altonazo... ¡Pobrecillos! Todos vuestros afanes y vuestros estudios, tanto engullir filosofía y tanto batallar en los parlamentos, en los talleres, en las calles, tiene por alto y único objeto el buscarles ocupación á los dientes. Os tiráis á la honra y á la cabeza con calumnias, con sátiras, con piedras y con balas por un pedazo de pan, y yo sin erudición, sin trabajo y sin riesgo, estoy harta á todas horas de carne de gallina... Os surtís de agua y de luz en los derrames, yo la bebo en sus orígenes; es decir, poso mis ojos en el mismo sol, y meto mi pico en la nieve virgen de las cimas.

EL RUISEÑOR

—Entre nosotros abundan las categorías. Los hay benévolos que se dejan coger de la mano de una niña caprichosa para asegurar espléndido plato de *rosita;* los hay burgueses, especie de tenores de verano que cantan al aire libre y se llaman pomposamente señores del bosque, y los hay que constituyen el divino coro, á cuya raza pertenezco yo. Nosotros vengamos al pobre niño muerto de la algarabía con que le despide el cura en el cementerio, anunciando á voz llena su llegada á la gloria; despertamos la aurora con la sublime diana, y cada una de nuestras gargantas forma un pequeño tubo del inmenso órgano de los cielos. Lo que vosotras llamáis ángeles y querubines, no son tales querubines, ni ángeles, sino ruiseñores...

El animalito huyó en seguida, pero como si hubiese dejado olvidada alguna cosa, tornó á mí y me dijo con mucha gravedad:—Expresiones á Gayarre.

EL GRAJO

—Vosotros, aun los más felices y los más grandes, exclamáis á la continua:—«Esta vida es una miseria y hay que pasarla á tragos...»—El trago es de vino... De suerte que vuestra felicidad, vuestro paraíso, está entre Pinto y Valdemoro... Pues ese es precisamente mi coto redondo...

¡Desdichados! ¿No lo veis? Vosotros preparáis la tierra, arrojáis el sarmiento, formáis la vid, en una palabra, cultiváis la viña y yo la vendimio... Estoy, además, fuera de la tiranía de la ley del aforo... Por otra parte, ¡cuántos grandes señores no se afanan por parecerse á mí! No obstante, dirán que soy un pajarraco feo; lo soy ciertamente, pero aun así, el grajo vale mucho más que el hombre, porque al fin vuela, come, bebe y no paga contribución.

* *
*

No quise oir más y volví á la tierra; el señor grajo tenía razón. Acaso la condición humana es inferior á la de las últimas escalas zoológicas. Si nos ha tocado mayor suma de discernimiento en el reparto, no puede compensarse esta ventaja teórica con el peso excesivo de nuestra responsabilidad. Y, francamente, mírese como se mire el asunto, es lo cierto que entre esos miles de braceros que cultivan las viñas sin probar una uva, y esa multitud de pedantes que se afanan sin éxito por romper el círculo de su esfera, dar relieve á su figura y remontar el vuelo, se levantarán continuamente voces incesantes, gritando:—¡Dios mío, quién fuera grajo!

EDUARDO GÓMEZ SIGURA.

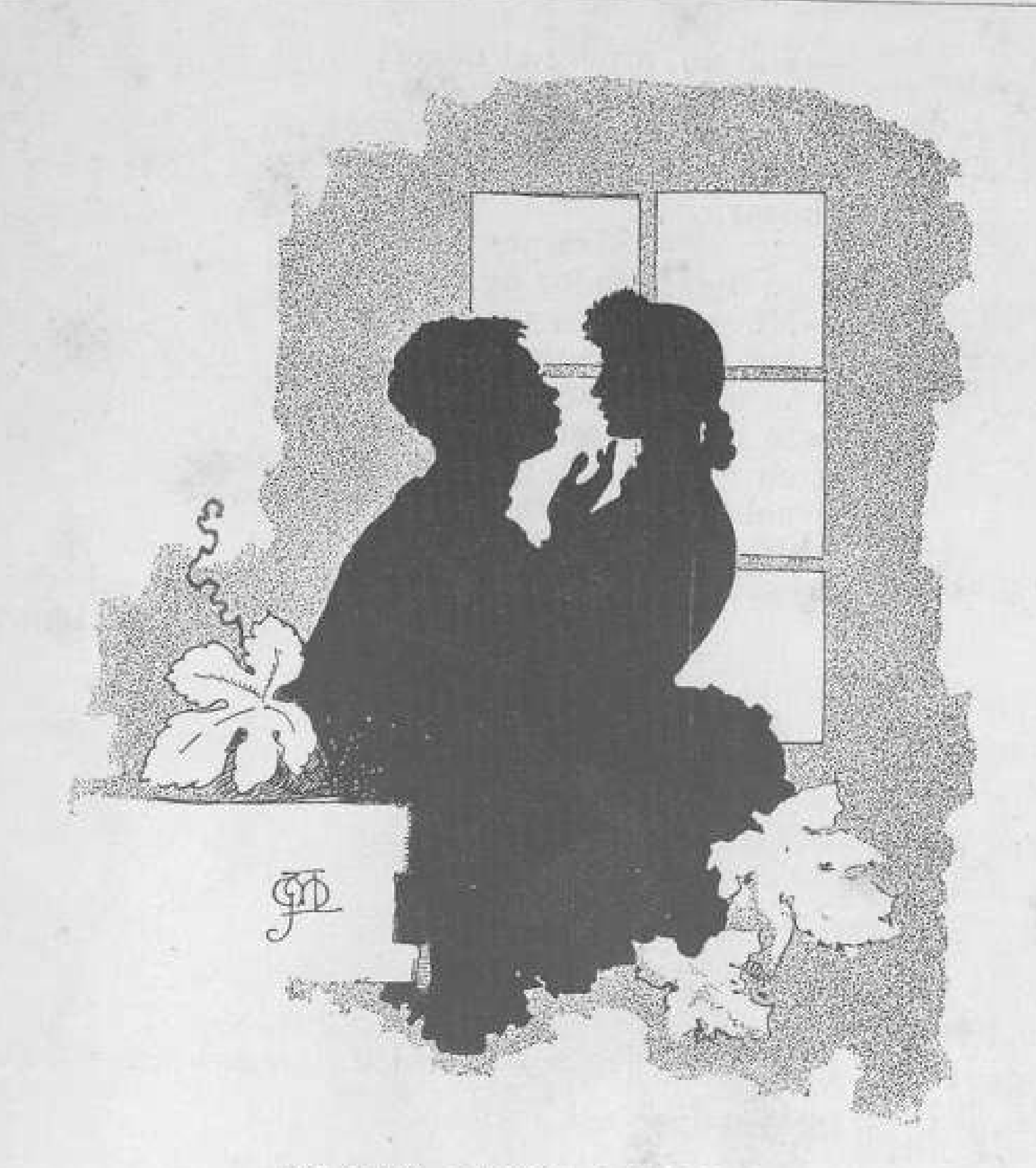
EN GÉNOVA

Como gaviotas blancas
en mar de inquietas olas,
vuelan mis pensamientos,
y van, vuelven y tornan.

Bandadas que se apiñan
por mi cerebro rondan:
y cantan como cantan
alciones y gaviotas!

Detén tus pensamientos
y el largo vuelo acorta,
que hay rayos en las nubes
y abismos en las olas.

GUILLERMO MATTA.



BESOS EXPLOSIVOS

—¡Por Dios, hijos!... tened seso.
—Pues si el cuadro no le alegra,
¡cierre usted los ojos, suegra!
—¿Acabó por fin el beso?
¿Queréis al diablo tentar,
sin ver mis ansias y agobios,
ó es el beso de los novios
el beso de no acabar?
—¡Puede ser! expresión grata
de dulcísima afección,
al calor de la pasión
en los labios se dilata.
Por eso cuando el hastío
va trocando el fuego en nieve,
el beso es rápido y breve,
pues *se encoge* con el frío.
—¿Conque tanto un beso dura,
cuando le engendra el placer?

—Y si no, muere al nacer;
¡cuestión... *de temperatura!*
—Comprendo sus embelesos;
mas no se debe, en rigor,
abusar...
—Siempre fué Amor
gran derrochador de besos.
—Mi esposo, sin ser esquivo,
buscó el momento oportuno,
y no me dió más que uno;
pero fué un beso... ¡explosivo!
Y en verdad que no me pesa
prueba de amor tan vehemente,
y eso que, del accidente
no salí del todo... ilesa.

CASIMIRO PRIETO.



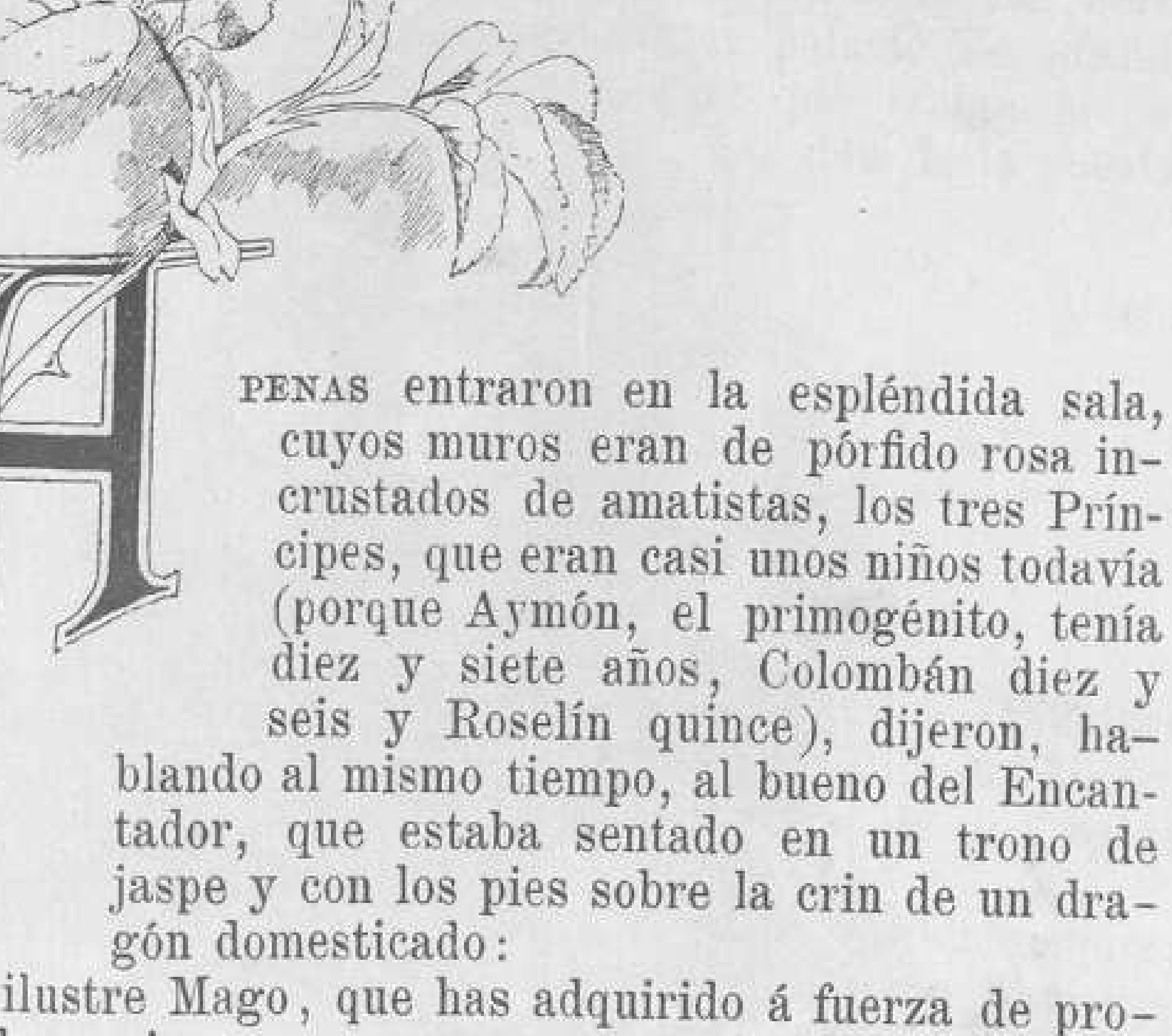
EPIGRAMA

(IMITACIÓN DEL ITALIANO)

Casó con viuda rica Altisidoro,
y un amigo le dijo: —¡Gran bobada,
te casas con un siglo! —¡Pues es nada!
¡el siglo de mi novia es siglo de oro!

GUILLERMO MATTA.

EL MEJOR RECUERDO



Apenas entraron en la espléndida sala, cuyos muros eran de pórfido rosa incrustados de amatistas, los tres Príncipes, que eran casi unos niños todavía (porque Aymón, el primogénito, tenía diez y siete años, Colombán diez y seis y Roselín quince), dijeron, hablando al mismo tiempo, al bueno del Encantador, que estaba sentado en un trono de jaspe y con los pies sobre la crin de un dragón domesticado:

—¡Oh, ilustre Mago, que has adquirido á fuerza de prodigios y de acciones generosas una reputación sin ejemplo en el mundo! Sabe que nosotros somos hijos de un Rey y queremos ser poetas.

El Encantador se echó á reir bondadosamente.

—¿Nada más que eso? dijo. ¿Queréis ser poetas? ¡Poetas! Es decir, que de simples herederos de un Monarca queréis haceros semejantes á los dioses. Ser poeta, niños, es no ignorar nada, es no tener nada que desear, puesto que se posee todo, y encontrar, sin embargo, en la posesión las inacabables delicias del deseo. Aquel á quien es otorgado el don de la poesía vive en el eterno encanto de los ritmos que le acarician; pisa tapices de púrpura y rosas, y eleva la frente hasta las estrellas. Los pájaros y las rosas le quieren y las mujeres se mueren de amor por él. ¡Deseáis ser poetas! Lo creo. No tenéis mal gusto; pero por vuestro atrevimiento debería hacer que os pusieran á la puerta

de mi palacio esos negros vestidos de seda roja que son mis servidores. Pero me acuerdo de haber visto hace mucho tiempo á la Princesa, que luego fué vuestra madre, coger amapolas en un campo de espigas de oro, y recuerdo que tenía una gracia inimitable para buscar flores. Además, me



habéis sido recomendados por un ruiseñor amigo mío que tiene la costumbre de cantar por las tardes sobre el árbol en flor que está frente á la ventana donde vais á soñar. Quiero hacer algo en vuestro obsequio. Consiento en que uno de vosotros sea poeta, y me parece que debéis darme gracias de rodillas.

Los Príncipes se arrodillaron con aire de profunda gra-

titud, pero en el fondo estaban menos satisfechos de lo que parecían.

—¡Uno de nosotros! dijeron. ¿Cuál, ilustre Mago?

El Encantador respondió:

—Aquel de vosotros que sea menos indigno de la gloria á que aspira. Escuchadme bien. Durante un año recorreréis el mundo, pero no reunidos. Miraréis los seres y las cosas, y después volveréis á mi palacio de pórfido rosa, incrustado de amatistas, y á aquel que traiga el recuerdo más bello de su viaje le otorgaré el don de la poesía.

* * *



UANDO transcurrió el año, los Príncipes volvieron á la morada del ilustre Mago, cuya barba era del color de las rosas blancas.

Los tres se inclinaron profundamente, porque habían sido muy bien educados en la corte del Rey su padre y sabían cómo hay que conducirse con los Encantadores.

—Y bien, Príncipes, preguntó el Mago, ¿qué os ha ocurrido en vuestros viajes? ¿Qué cosa os ha parecido, entre todas, más merecedora de admiración? Habla tú antes que tus hermanos, Aymón, ya que eres el primogénito.

—Lo más sublime que he visto, dijo Aymón, ha sido una batalla en una vasta llanura, iluminada por el sol poniente. Las armaduras sonaban y resplandecían al chocar; los estandartes revoloteaban sobre el tumulto como grandes aves siniestras con las alas desgarradas. Los gritos de victoria ahogaban los clamores de los vencidos. Las espadas resplandecían luminosas en el aire como un millón de tallos

floridos con destellos de acero, y mientras que los vencidos huían hacia el horizonte ensangrentados y llenos de pavor, aparecía sobre un caballo blanco en la cima de la colina, sobre que flotaban las nubes de oro y púrpura, el General vencedor, cuyo penacho agitaba el aire.

—Ciertamente es un hermoso espectáculo, cuando hace buen tiempo, ver combatir á los héroes de las brillantes armaduras. No te oculto, Aymón, que tienes alguna proba-



bilidad de obtener el don de la poesía, dijo el Encantador; y tú, ¿qué has visto? preguntó volviéndose á Colombán.

—Yo he visto muchas cosas que no me han parecido dignas de la atención que otros hombres las conceden. Los parques reales, donde pasean arrastrando sus ropajes de seda tantas hermosas princesas; las cortesanas, que mientras se las habla de amor se divierten escuchando el ruido que hacen los rubíes al caer en una copa hecha de una sola perla; el poder de los reyes, la opulencia de los avaros, el lujo, los triunfos, las glorias, ¿qué vale todo esto? Desesperaba verdaderamente de encontrar alguna cosa cuyo recuerdo mereciera vivir dentro de mí, cuando entré en

una ciudad en que la peste hacía grandes estragos. Daba compasión ver tantos moribundos y tantos cadáveres en las calles, en el suelo, por todas partes. El contagio estaba disuelto en el aire, y ya me disponía á salir de aquella lúgubre población, cuando ví aparecer en ella unas mujeres que iban de enfermo en enfermo ofreciendo remedios y consuelos. No tenían miedo de adquirir la horrible enfermedad. Arrostraban las molestias, los peligros, hasta la muerte, con tal que sufrieran menos aquellos desgraciados y estuviesen menos abandonados. Entonces me sentí lleno de una ferviente adoración hacia aquellas mujeres misericordiosas, y comprendí que no vería nada más bello sobre la tierra.

El buen Encantador dijo:

—Es un noble espectáculo el que nos ofrece la caridad. No te oculto, Colombán, que, como tu hermano mayor, tienes alguna probabilidad de conseguir el don de la poesía.

Pero Roselín, el más joven de los tres hijos del Rey, fresco y delicado como una flor, no había hablado aún.

* * *

Yo no he visto, dijo al ser preguntado, batallas en las llanuras alumbradas por el sol poniente, ni tampoco á las personas caritativas que cuidan á los moribundos en las ciudades, porque el día de nuestra partida, á los primeros pasos, he visto una cosa después de la cual no he querido ver nada más, y por lo cual bien comprendo que no seré yo el que consiga el premio.

—¿Qué has visto tú? preguntó el Mago.

—Voy á decirlo, contestó Roselín. Al entrar en una de las calles de un pueblecito he visto á una mujer joven que lloraba. Sus ojos de color de cielo parecían dos miosotis humedecidos por la lluvia. Era divina. Yo la dije, mirando sus ojos llenos de lágrimas:—«¿Cuál es la causa de vuestra

pena?»—«La causa de mi pena, respondió ella, es que mi prometido, el único hombre á quien he amado, me acaba de abandonar para seguir en sus aventuras á una saltimbanqui que ha pasado por aquí.» Y sollozaba, ocultando el rostro con sus manos delicadas y pálidas. Entonces yo lloré también, y después, en mis viajes, no he visto nada, porque aún tenía los ojos velados por las lágrimas que la pena de aquella niña me había hecho verter.

El Encantador exclamó alzando su barba blanca:

—Tú serás el poeta, hijo mío, porque nada hay tan noble ni tan sagrado como el dolor de una mujer enamorada. Tú eres el que ha traído el mejor recuerdo. Pero no necesito otorgarte el don de la poesía, porque el que llora como tú con las mujeres desgraciadas es ya poeta.

CÁTULO MENDES.



EPIGRAMA

—¿Te hiciste escritor, tunante,
y hasta hoy tal nueva me callas?
—Pronto daré, Dios mediante,
á luz *un hijo*...
—¡Hombre! ¿te hallas
en estado interesante?



MI FIEL AMIGA

En mi sencillo cuarto
tengo una calavera,
y en mis horas fantásticas, departo
con esta inseparable compañera.

Es una fiel amiga
cuya suerte deploro...
Enigma del no ser, algo me obliga
á ver en ella un íntimo tesoro.

Hace ya tiempo largo
que soy su triste dueño...
Ella en tinieblas vela mi letargo,
y ella tan sólo sabe por quién sueño.

Como la muerte helada,
y tranquila como ella,
del espíritu eleva la mirada
al *más allá* donde el saber se estrella.

A veces la doy vida,
y me supongo hablarla
cuando el cerebro, hoy lámpara extinguida,
debió profusamente iluminarla.

Yo penetro su abismo,
y no es indiferente...
con la voz sin palabras del mutismo
algo le cuenta á mi enfermiza mente.

Si pienso mal en noches
de negras fantasías,
iluso miro enérgicos reproches
en sus cuencas heladas y vacías.

Pero forma á su rostro
en vano darla anhelo...
Cansado al fin, mi voluntad yo postro
ante esa horrible máscara de hielo!

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

LA MUERTE DE BACO

¡Ya no existes, buen dios! Cayó en el cieno
tu corona de pámpanos y flores,
y gimen de la Arcadia los pastores
al recordar las gracias de Sileno.

No alegran como ayer el bosque ameno
de sátiros y ninfas los amores,
ni se agrupan en juegos seductores
alta la copa y descubierto el seno.

Hoy, del arte borrando los caminos,
trueca la industria en filtros las bebidas,
y ofrece, en vez de coros peregrinos,

hordas por el alcohol embrutecidas,
donde recluta el crimen asesinos,
la fiebre locos y el amor suicidas.

MANUEL DEL PALACIO.

NUESTROS COLABORADORES



D. Roberto J. Payró

LITERATO ARGENTINO

EL CIEGO

No había contemplado jamás ni las deslumbradoras claridades del sol, ni los resplandores tibios del astro melancólico de las noches. Nació condenado á perpetuas tinieblas.

En su semblante reflejábase la paz del que, viviendo en medio de las miserias de este planeta, ignora las ruindades de los hombres.

Varonil hermosura, inteligencia clara y carácter firme eran sus adornos, á los que había que añadir un don especial y raro, hecho á él quién sabe por qué maga benéfica: la más intachable rectitud.

Desde que sintió á Elena por vez primera al lado suyo, experimentó algo extraño, incomprensible para él.

Era bella, y no podía verla sino con los ojos del alma, pero se la figuraba hermosísima al oir su voz, que despertaba en su espíritu melancólicos y dulces ecos.

La amó loca, inmensamente, y desde que comprendió la pasión que se alimentaba con su propia vida, no buscó más que la ocasión de ofrecerla en holocausto á la hermosa mujer.

Un día, un bello día de primavera, en que renacía la Naturaleza, madre fecunda, aun no cansada de producir, ambos se encontraron solos, absolutamente solos, el ciego enamorado y la niña gentil de ojos azules, llenos de luz.

Él, tembloroso, lleno de temor, apenas si se atrevió á formular la rítmica frase, siempre repetida y siempre nueva, y sus labios quemáronse con el sacro fuego del «yo te amo.»

Y Elena, conmovida al escuchar el apasionado arrullo, abriendo sus hermosísimos ojos al porvenir, adivinando en su sencillez de niña el problema de la vida, cuyo primer planteo acababa de serle presentado, permaneció en silencio.

Había entrevisto más de una vez, allá entre sueños, magníficos vestidos, joyas inestimables con que adornar su hermosura, y más de una vez también habíase soñado reina en los salones y paseos. Mil jóvenes se disputaban su amor, y ella, erguida, como diosa vengadora de las mujeres no

amadas, pasaba indiferente entre ellos, con el corazón frío y la sonrisa en los labios.

El, Ricardo, el hombre que no había contemplado jamás ni las deslumbradoras claridades del sol, ni los resplandores tibios del astro melancólico de las noches, esperaba temblando la respuesta... Por fin sus labios formularon, atrevidos, una segunda frase, y las vibrantes notas del «¿me amas?» fueron á confundirse con los últimos acordes de la cadencia primera.

Elena sonrió; presentóse á su vista el brillante cuadro de su vida de mujer hermosa y joven, y con su voz más dulce y acariciadora, con su voz semejante al arrullo de la paloma enamorada, contestó lentamente, lentamente:

—No, no te amo; quiero dar mi corazón al hombre que pueda admirar mi hermosura, y quedarse extasiado en mi contemplación. Porque soy bella, más bella de lo que tú puedes soñar ¡pobre ciego!...

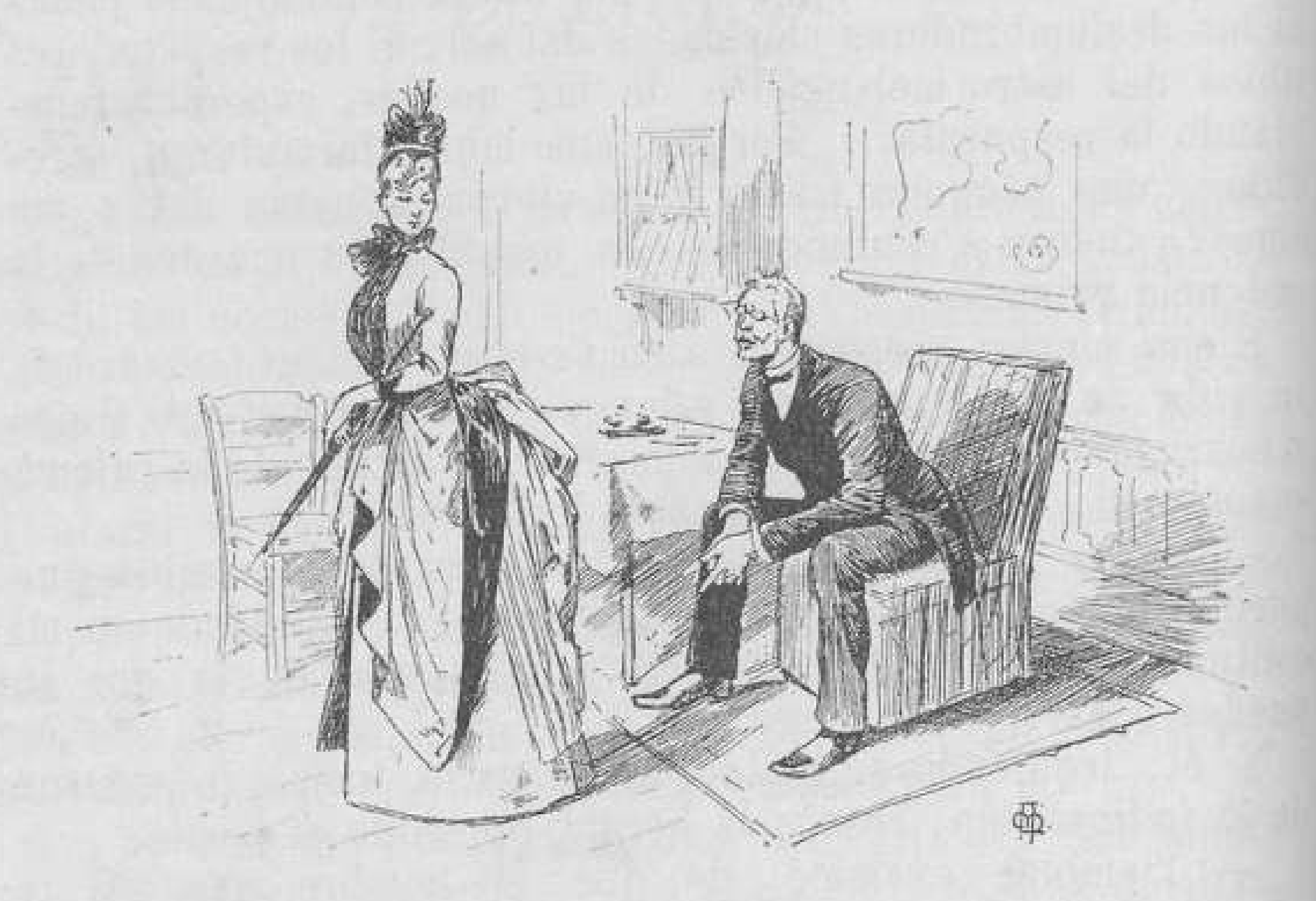
Y él, irguiéndose, pálido, tembloroso, como la estatua de la indignación, reseca la boca y oprimido el pecho:

—¡Tiembla, exclamó, de que el hombre que así te admire llegue á verte como te ha visto el ciego!... Porque hay dos bellezas á cual más grande: la del alma y la del cuerpo; ¡y desgraciada la mujer que no posea más que la segunda! ¿No puedo ver tu hermosura? En cambio veo tu fealdad que me espanta y me horroriza. ¡Eres más ciega que yo, y más tarde, como ahora á mí, te será negada la luz que ilumina y calienta!... Mañana algún otro ciego te llevará al altar, ceñida tu cabeza con la corona de azahares, y cubierto el divino rostro con el velo blanquísimo de las desposadas inocentes... Pero él no te verá como yo te veo hasta después, cuando llegue el desvanecimiento de sus sueños y cuando aparezca la realidad desnuda y helada... Y el día en que tu hogar se extinga, y no quede más que un puñado de cenizas donde antes hubo un volcán, rodarán por tus mejillas lágrimas amargas, que creerás de hiel y vinagre cuando humedezcan tus labios de rosa, y exclamarás, con la mirada vaga y el pecho palpitante:

«—¡Oh! ¡Aquel ciego veía, veía, veía! ¡Yo estaba sumida en las profundas tinieblas! ¡Yo estaba herida por la ceguera del alma, mil veces más terrible que la del cuerpo!...»

Roberto J. Payró.

UN SÍMIL



—Tan necia murmuración
debiera moverte á risa.
—La murmuración, Elisa,
se parece al *polissón:*
siempre de una y otro en lo hondo
con toda su falsedad,
hay un *fondo de verdad,*
¡y á veces hasta *un gran fondo!*

CEREBRUS POTENS

Hay hombres que me abruman. Con sus dichos
y estúpidos caprichos
se hacen por la razón ingobernables...
¡Oh, atletas formidables!
Al fin me vencen y mis armas quiebro,
porque estos miserables
tienen la *fuerza bruta...* en el cerebro.

CARLOS G. AMÉZAGA.

Lima.

CÉSAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres abriles,
que con gorra y fusil sueña en ser hombre,
y que ha sido en sus guerras infantiles
un glorioso heredero de mi nombre;

ayer, por tregua al belicoso juego,
dejando en un rincón la espada quieta,
tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
mi mesa de escribir y mi gaveta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
repetir lo que saben mil testigos:
esa corona de oropel y raso
la debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas
desató el niño de la verde guía
el lazo tricolor do están impresas
frases que no descifra todavía.

Con la atención de un ser que se emociona
miró las hojas con extraño gesto,
y poniendo en mis manos la corona,
me preguntó con intención: —«¿Qué es esto?»

—«Esto es, repuse, el lauro que promete
la gloria al genio que su luz inunda...»
—«¿Y tú por qué lo tienes?»
—«Por juguete,»
le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
descubre el niño de la noble gala;
se la ciñe faltándome al respeto,
y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
con su inocente acción enlazó ufano,
pues con el lauro semejaba el niño
un diminuto emperador romano:

Hasta creí que de su faz severa
irradiaban celestes resplandores,
y que anhelaba en su imperial litera
ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado,
(no extrañéis en un padre estos asombros),
y corrí por un trapo colorado
que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,
me transformé en su esclavo humilde y rudo,
y—«¡Ave, César! le dije, dame un beso,
¡yo, que muero de penas, te saludo!»

--«¿César?» me preguntó lleno de susto,
y yo, sintiendo que su amor me abrasa,
—«¡César! le respondí, ¡César augusto
de mi honor, de mi nombre y de mi casa!»

Quitéle el manto, le volví la espada,
recogí mi corona de poeta,
y la guardé, deshecha y empolvada,
en el fondo sin luz de mi gaveta.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico.

EL POETA

AL EMINENTE POETA DON RAFAEL OBLIGADO

Por entre el vulgo que se agita y clama
en luchas y delirios de una hora,
sólo pasa, en su frente soñadora
llevando excelsa misteriosa llama!

El fuego oculto que su mente inflama
la savia toda de su ser devora;
y por la inquieta Humanidad que llora
su destrozado corazón derrama;

en sacrificio augusto, frente al Numen
que es de las Cosas implacable azote
y cuyos ígneos rayos le consumen,—

sin que jamás su abnegación se agote,—
lleva en sí mismo, en trágico resumen,
LA VÍCTIMA, EL ALTAR Y EL SACERDOTE.

NUMA P. LLONA.

Lima.

UN MOTIN DE LIMEÑAS

(TRADICIÓN)



QUEL día, que era el 10 de Febrero de 1601, Lima estaba en ebullición. El siglo XVII, que apenas contaba cuarenta días de nacido, empezaba con berridos y retortijones de barriga. Tanta era la alarma y agitación de la capital del virreinato, que no parecía sino que se iba á armar la gorda y á proclamar la independencia, rompiendo el yugo de Castilla.

En las gradas de la, por entonces, catedral en fábrica, y en el espacio en que, más tarde, se edificaron los portales, veíase un gentío compacto y que se arremolinaba, de rato en rato, como las olas de mar embravecidas.

En el patio de palacio hallábanse la compañía de lanzas, escolta de su excelencia el virrey marqués de Salinas, con los caballos enjaezados; un tercio de infantería con mosquetes, y cuatro morteros servidos por soldados de artillería, con mecha azufrada ó candelilla en mano. Decididamente el gobierno no las tenía todas consigo.

Algunos frailes y cabildantes abríanse paso por entre los grupos, dirigiendo palabras tranquilizadoras á la muchedumbre, en la que las mujeres eran las que mayor clamoreo levantaban. Y ¡cosa rara! azuzando á las hembras de medio pelo, veíanse varias damas de basquiña, con soplillo (abanico) de filigrana, chapín con virillas de perlas, y falda de gorgorán verde marino, con ahuecador ó faldellín de campana.

—¡Juicio, juicio, y no vayan á precipitarse en la boca del lobo! gritaba fray Antonino Pesquera, comendador de la Merced, que, en Lima, desde los tiempos de Pizarro, siempre anduvieron los mercenarios en esos trotes.

—Tengan un poquito de flema, decía en otro grupo don Damián Salazar, regidor de alcabalas, que no todo ha de ser cata la gallina cruda, cátala cocida y menuda.

—No hay que afarolarse, peroraba más allá otro cabildante, que todo se arreglará á pedir de boca, según acabo de oírselo decir al virrey.

—La Real Audiencia, continuaba el comendador, se está ahora mismo ocupando del asunto, y tengo para mí que, cuando la resolución demora, salvos somos.

—*Benedicamus Domine et benedictus sit Regem*, añadió



en latín macarrónico el lego que acompañaba al padre Pesquera.

Las palabras del lego, por lo mismo que nadie las entendía, pesaron en la muchedumbre más que los discursos del comendador y cabildantes. Los ánimos principiaron, pues, á aquietarse.

Ya es tiempo de que pongamos al lector al corriente de lo que motivaba el popular tumulto.

Era el caso que la víspera había echado anclas en el Callao una escuadra, con procedencia de la Coruña, y traído el *cajón de España*, como si dijéramos hoy las balijas de la mala real.

No porque la imprenta estuviera aún, relativamente con su desarrollo actual, en pañales, dejaban de llegarnos gacetas. A la sazón publicábase en Madrid un semanario titulado *El Aviso*, y que durante los reinados del tercero y cuarto Felipe fué un periódico con pespuntes de oficial; pero, en el fondo, una completa crónica callejera de la coronada villa del oso y el madroño. Imprimíase en un pliego de papel amarillento, y con tipo de chavacana fundición.



Los *Avisos* recibidos en Lima aquel día traían, entre diversas reales cédulas, una pragmática promulgada por bando en todas las principales ciudades de España, en junio de 1600, pragmática que había bastado para alborotar aquí el gallinero.—Antes morir que obedecerla, dijeron á una las buenas mozas de mi tierra, recordando que ya se las habían tenido tiesas con Santo Toribio y su Concilio, cuando ambos intentaron legislar contra la saya y manto.

Decía así la alarmadora pragmática:

«Manda el rey, nuestro señor, que ninguna mujer, de cualquier estado y calidad que fuere, pueda traer ni traiga guarda-infante, por ser traje costoso y superfluo, feo y des-

proporcionado, lascivo y ocasionado á pecar, así á las que lo llevan como á los hombres por causa de ellas, excepto las mujeres que públicamente son malas de su persona y ganan por ello. Y también se prohibe que ninguna mujer pueda traer jubones que llaman escotados, salvo las que de público ganen con su cuerpo; y la que lo contrario hiciere incurrirá en perdimiento del guarda-infante y jubón, y veinte mil maravedís de multa.»

Precisamente no había entonces limeña que no usara fal-



dellín con aro, lo que era una especie de guarda-infante más exagerado que el de las españolas; y en materia de escotes, por mucho que los frailes sermonearan contra ellos, mis paisanitas erre que erre. Todavía prosigue la pragmática:

«Y asimismo se prohibe que ninguna mujer, que anduviere en zapatos, pueda usar ni traer verdugados, virillas claveteadas de piedras finas como esmeraldas y diamantes, ni otra invención ni cosa que haga ruido en las basquiñas, y que solamente pueda traer los dichos verdugados con chapines que no bajen de cinco dedos.—Item, á las justicias negligentes en celar el cumplimiento de esta pragmá-

tica se les impone, entre otras, la pena de privación de oficio.»

Afortunadamente, la Real Audiencia, después de discutirlo mucho, acordó dejar la pragmática en la categoría de *hostia sin consagrar;* es decir, que no se promulgó por bando en Lima, y que Felipe II encontró aceptables las observaciones que, respetuosamente, formularon los oidores, celosos de la tranquilidad de los hogares, y de la mejor



quietud de la *república*, y contentamiento de los vasallos y *vasallas*.

El día, que había empezado amenazando tempestad, terminó placenteramente y con general repique de campanas.

Por la noche hubo saraos aristocráticos; se quemaron voladores, y se encendieron barriles de alquitrán, que eran las luminarias ó iluminaciones de aquel atrasado siglo en que habría sido un despapucho soñar con el gas ó la luz eléctrica.

RICARDO PALMA.

LA ESPERANZA

¡No muere la esperanza!.... me dijiste:
del árbol de la vida,
caen las ramas y el dorado fruto
cuando se llora una ilusión perdida.

Hay inviernos también para las almas,
frías capas de nieve,
cuyo blanco sudario del sol mismo
el calor y la luz empaña aleve.

Ruge á veces el trueno... cruza el rayo
con ímpetu violento,
y las que fueron tan preciadas flores
¡son cenizas no más que lleva el viento!

¿Por qué desfallecer?... del crudo invierno
llega al fin la partida;
disípase la nube, irradia el astro,
y torna al alma exuberante vida.

Que en el vaivén del sentimiento eterno
también hay primavera!
¡el arbol despojado reverdece
y esparce nueva sombra en la pradera!

¡No muere la esperanza!... de entre ruinas
surge siempre galana;
¡es la luz que al hundirse en el ocaso
en carro de oro volverá mañana!

Es la flor que despojan aquilones
de su pompa orgullosa,
deja el germen en pos, y nuevo día
la sorprende en su tallo más hermosa.

Así dice tu labio... inmortal guarda
tu divina creencia;
¡hay quien ama la noche de su duda
y prefiere el dolor de su existencia!

Otro sol volverá y otras auroras,
y al árbol despojado
otras ramas, quizá... mas no renace
la flor que el desencanto ha deshojado...

¡Descender á la tierra desde el cielo,
abrir un nuevo abismo,
tal sería invocar á la esperanza
tras la noche de este hondo escepticismo!...

CAROLINA FREYRE DE JAMES.

Lima.

LOS AMANCAES

I

Fuimos siete adolescentes,
siete *Vírgenes del Sol*,
que manchamos la inocencia
con las culpas del amor.

Siete príncipes hermosos,
de invencible y grata voz,
cautivaron con su hechizo,
nuestro frágil corazón.

Padecimos muerte horrenda;
y el benéfico Hacedor
en humildes, tiernas flores
compasivo nos trocó.

II

Fuimos siete adolescentes,
siete *Vírgenes del Sol*,
y amarillos solitarios
amancaes somos hoy.

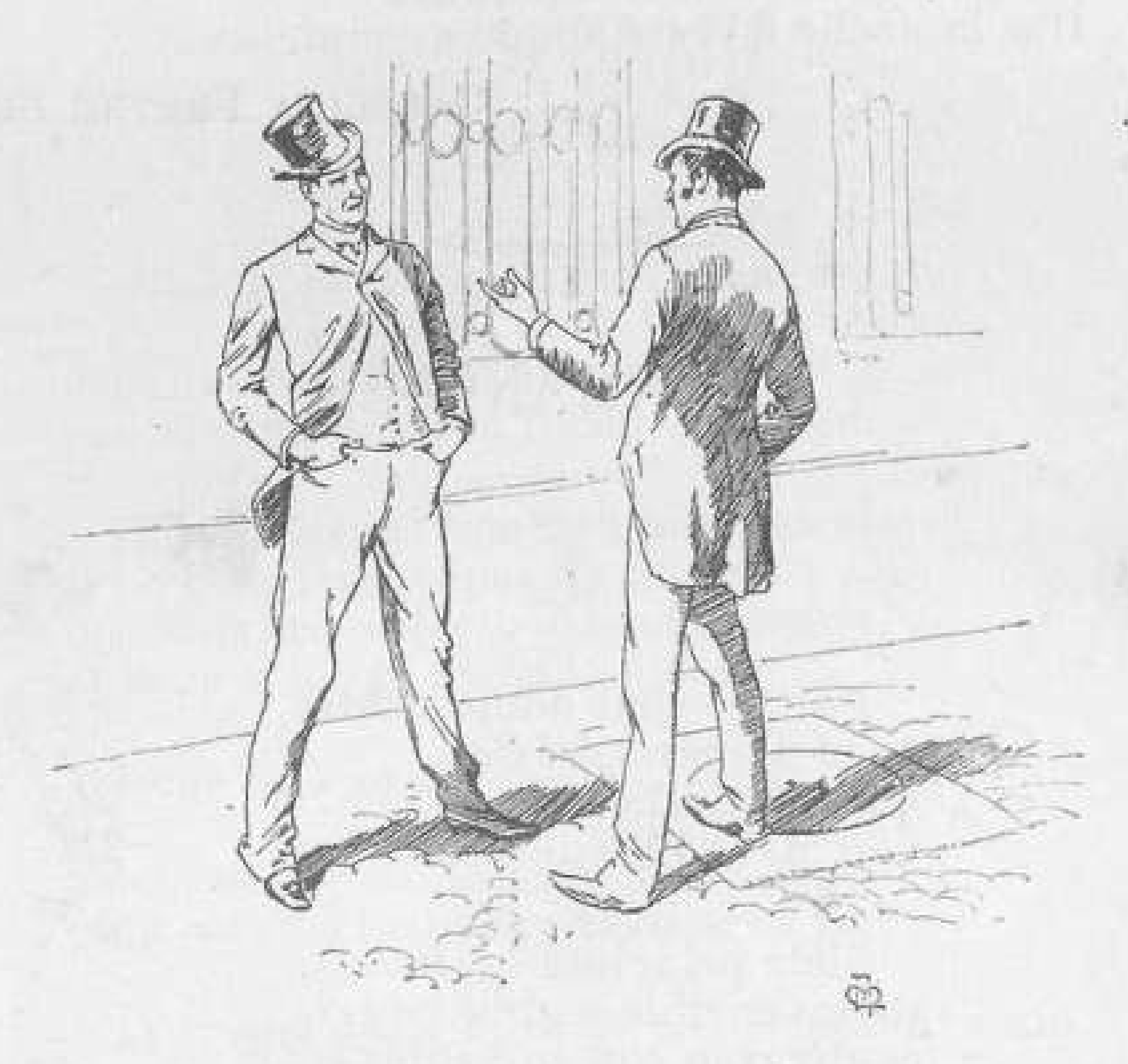
A los príncipes lloramos
con eterno y casto ardor;
que, al perder la dulce vida,
no perdimos la pasión.

En el día y en la noche,
con las penas del amor,
esperamos, esperamos,
y ¡*Ellos*, ¡ay! no vienen, no!

M. GONZÁLEZ PRADA.

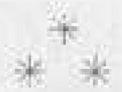
Lima.

DESPUÉS DE HABER BEBIDO



—Sabes que te quiero, Alejo,
y en prueba de mi querer
voy á darte un buen consejo:
¡mucho ojo con tu mujer!
—¡Cáspita! ¿y con qué derecho
sospechas de ella, por Dios?
—¡Qué sé yo!... pero sospecho
que nos engaña á los dos.

A. M.



*
* *

Cuando la luz de la ilusión ardiente
hiere el fondo del alma soñadora,
su cristal transparente
tiene el color de rosa de la aurora.

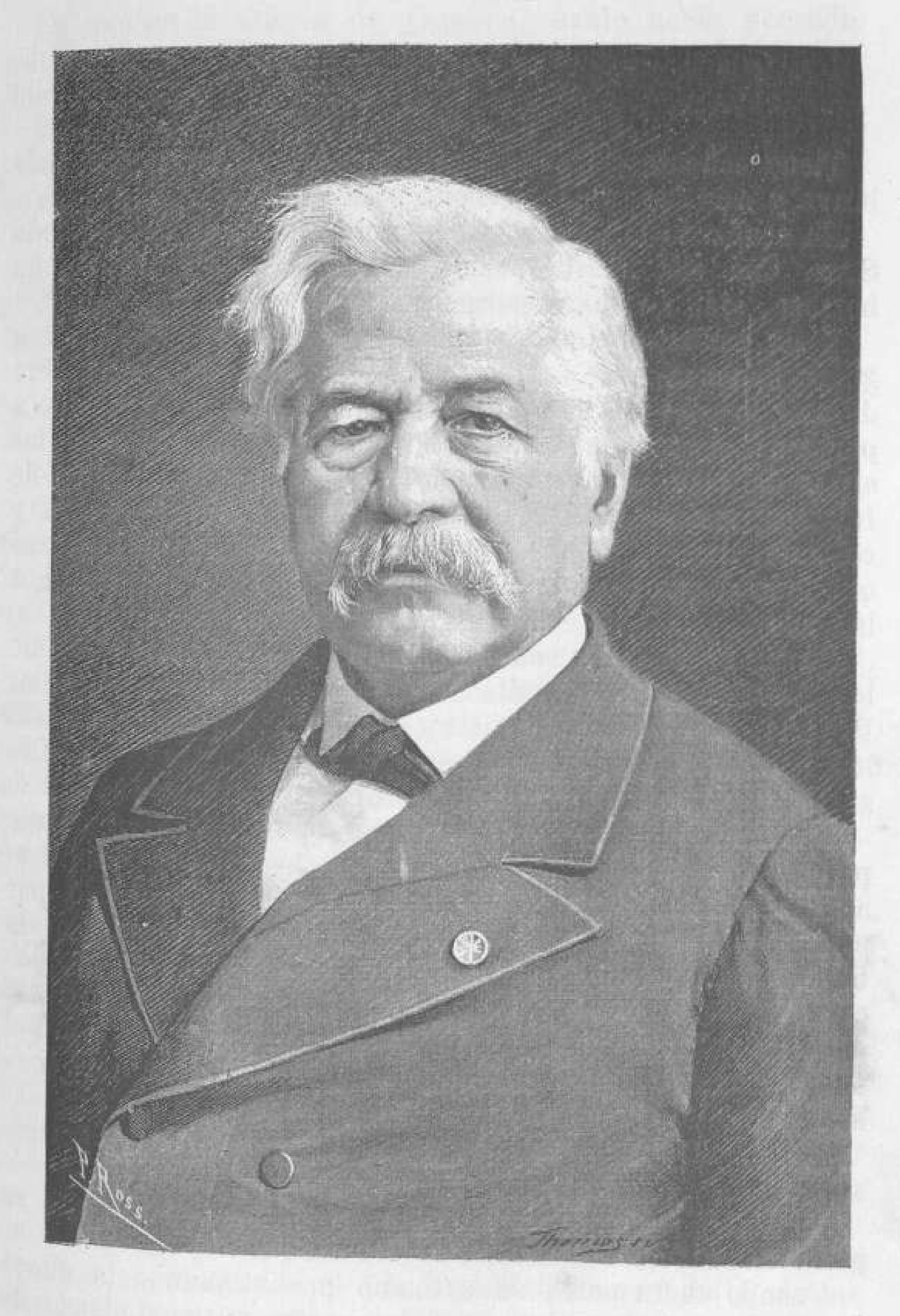
Cuando en alas de tímida esperanza,
el alma, envuelta en sus destellos, sube
á un cielo que no alcanza,
tiene el tinte plomizo de la nube.

Y cuando el alma llora solitaria,
y la ilusión en flor, cierra su broche
sin la mística luz de la plegaria,
tiene el velo sombrío de la noche.

Adela Castell.

Paysandú (R. O.)

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



Fernando de Lesseps

LESSEPS

I

Tiene ochenta y tres años, y en él reside la energía más brava y más fuerte que se conoce en el mundo.

Ha realizado una gran empresa, la abertura del Canal de Suez. Con ella habría podido hacerse la gloria, no de un hombre, sino de una generación.

Y sin embargo, Lesseps no se ha contentado con que esa gloria inmensa fuese la única de su vida. Terminada su obra de unir los dos mares que la Naturaleza había destinado á perpetua separación, confundidas en los lagos Amargos las aguas del mar Rojo y las del Mediterráneo, el espíritu de Lesseps, mal hallado con la quietud y ganoso de nuevas y colosales luchas, buscó otras regiones que unir, otros mares que juntar, otros obstáculos de la Naturaleza que reducir á la nada.

De las ardientes y semibárbaras tierras del Egipto volvió los ojos á la virgen y culta América. Allí estaba la valla: Panamá. Allí la empresa titánica, la abertura del canal; allí los dos mares que confundir en una sola corriente de civilización y riqueza, el mar de las Antillas y el Pacífico.

Y aquel hombre, cuya inteligencia debió haber quedado postrada después de pensar y dirigir la empresa de Suez; aquel hombre, cuyos bríos debieron haberse gastado por entero en vencer las resistencias de la Naturaleza y de la humanidad incrédula ó malvada; aquel hombre, en fin, que cargado de honores y de prestigios, ya tenía tan perfecto derecho al reposo y á la ociosidad, se lanzó osadamente al nuevo empeño, con el afán denodado de un mozo que acomete lleno de esperanza su primera empresa.

Tiene ochenta y tres años, y nadie se atrevería á llamarle anciano.

¡Anciano él, con su inteligencia fresca y poderosa, su genio atrevido, su actividad organizadora!

Cuando ahora poco, se extendió por el mundo la nueva de su muerte, prodújose en todas partes un movimiento de asombro é incredulidad.

Es que por el mundo se ha propagado insensiblemente la

superstición de que Lesseps no ha de morir; y ello por una razón de egoísmo humano: porque no puede morir.

Es que en la muerte de Lesseps, nadie había pensado. ¡Morir él, en quien está personificada la fuerza de la vitalidad!

Por eso al insertar los periódicos de todos los países su telegrama expedido en París: «Desmientan la noticia de mi muerte. Mi salud no sufre novedad,» la tranquilidad se difundió por todas partes de la manera más natural.

—¡Es claro! decían todos. Lesseps no ha muerto.

Su existencia parece estar asegurada por la necesidad que hay de ella.

II

Nació en Versalles el 19 de noviembre de 1805.

Corre por sus venas sangre española: su padre, Mateo Maximiliano Lesseps, distinguido diplomático francés, contrajo matrimonio con una dama de Málaga, hermana de la que fué abuela de la emperatriz Eugenia.

En el colegio de Enrique IV, París, cursó Fernando de Lesseps sus primeros estudios. Llamábanle su vocación y la voluntad de su padre á seguir la carrera de la diplomacia, en la cual este último brillaba y prosperaba, y á los veinte años el joven Lesseps la comenzaba después de una aprovechada educación, yendo de agregado al Consulado general de Francia en Lisboa.

Después de ganar varios ascensos, en 1833, á los veintiocho años de su edad, fué nombrado cónsul de Francia en el Cairo, siendo trasladado de este punto á Alejandría en 1834.

En la ocasión en que la Siria fué ocupada por las tropas de Ibrahim-Pachá, Lesseps se hallaba en Egipto, después de haber tenido que ausentarse, y desempeñaba el cargo de cónsul general y agente diplomático. Su tacto, siempre fino y hábil, supo aprovechar aquellas circunstancias para obtener en aquel suelo del Asia extensas y seguras garantías en pro de los religiosos cristianos allí establecidos. También se debió á su mediación el que se restableciesen las turbadas relaciones entre el virrey de Egipto y el sultán.

Salido de Egipto, fué cónsul de Rotterdam en 1838, de Málaga en 1839 y de Barcelona en 1842. En esta última

ciudad, la simpatía y el prestigio que acompañaban á Lesseps fueron guarda muy valiosa para los extranjeros y para muchos nacionales que con motivo del bombardeo sufrido entonces por la capital catalana, tuvieron que esconderse huyendo de persecuciones. En 1843 la propia ciudad, cuyas circunstancias políticas no habían mejorado gran cosa, hubiera sufrido otro bombardeo, si Lesseps, con su carácter é inmunidad de cónsul francés, no hubiese mediado generosamente.

En 1848 Lamartine le envió á Madrid de ministro plenipotenciario, y en 1849 Drouyn de Lhuys le comisionó para llevar al general Oudinot el voto de la Asamblea francesa reprobando el ataque de Roma, que aquél había por sí y ante sí efectuado.

En Italia Lesseps conoció á Mazzini, y en su libro *Ma mission à Rome* hace constar el excelente juicio que aquel gran repúblico le mereció, á pesar de tenerle por adversario en la lucha diplomática que allí, como enviado de Francia, sostenía.

Sus leales opiniones sobre la nobleza y capacidad de Mazzini, y la valiente franqueza con que manifestó á su gobierno lo que pensaba acerca de la impopularidad de la dominación pontificia, valiéronle ser depuesto de todo cargo activo en su carrera.

Lesseps se retiró á la vida privada.

Entonces fué cuando realmente nació á la vida pública.

III

Lesseps no olvidaba las impresiones de su permanencia en Egipto, ni los cálculos que su osada inteligencia había hecho.

El gran problema estaba con toda seguridad en su mente desde los tiempos de su juventud, allá cuando en el desempeño del cargo consular pudo comprender la esclavitud á que condenaba al comercio de Europa aquella impenetrable cordillera de montañas que ponía límite al Mediterráneo y obligaba á las naves de todos sus puertos al rodeo, dispendioso en tiempo y en dinero, de una larga travesía para comunicarse con el Asia.

Trasladóse á Egipto en 1854, y allí emprendió el trabajo, bien fácil para su acento lleno de fe y de fuerza persuasiva,

de conquistar el ánimo del virrey Mohamed-Said-Pachá. Este, penetrado de la grandeza y utilidad de la empresa, no tardó en apoyarla con ardoroso entusiasmo. Alióse con Lesseps, soñó como éste con la gloria de asombrar al mundo y de obligarle por medio de un incalculable beneficio; y bajo su protección pudo dar comienzo aquel genio emprendedor á los estudios de la obra gigantesca.

En 1856 conoció el mundo esos estudios, los cuales le revelaron el valeroso pensamiento que abrigaba un antiguo diplomático, de taladrar el Istmo de Suez y abrir un paso á los buques de todas las naciones.

Aquí empezaron los sinsabores y los obstáculos para el autor del gran proyecto.

Inglaterra, que más tarde ha cubierto de honra el nombre de Lesseps, no vió en un principio con agrado aquella idea que había de quitar á las naves inglesas las preeminencias que la larga distancia les daba sobre el comercio marítimo de las demás naciones.

Aconsejado é influído por la Gran Bretaña, el gobierno turco se resistió por largo tiempo á conceder la autorización, sin la cual no era posible acometer la obra.

Por otra parte, el tamaño de la empresa que se intentaba era tal, que despertó más que el asombro, la desconfianza y aun la adversidad de todos los elementos inteligentes del globo. Nadie creía en la posibilidad del intento; en todas partes se le juzgaba como una insigne locura. Los ingenieros demostraban sus dificultades invencibles; los diplomáticos proclamaban su inconveniencia política. Para los hombres de Estado era el proyecto una quimera perturbadora; para los marinos un sueño poco menos que risible. La atmósfera era decididamente contraria y bajo la presión de tanta incredulidad y de tanto espíritu adverso, huían los capitales negando á la obra su auxilio poderoso é imprescindible.

Todas estas dificultades venció Lesseps, con sus condiciones excepcionales de energía y tenacidad. Emprendió viajes, dió conferencias públicas, imprimió datos, cálculos, promesas y demostraciones; realizó un trabajo de propaganda asombroso, para el cual habría parecido necesario el esfuerzo de cien hombres; sostuvo una formidable batalla con sus enemigos del mundo entero. Y él, que luchaba solo, ganó el triunfo.

Reunió un capital de 200 millones y redujo á su favor todas las voluntades é intereses contrarios. En 1859 empezaron los trabajos y en 1869 el grande hombre ofrecía á las naciones entusiasmadas el canal terminado, y conseguida la unión de los dos mares.

A la inauguración de la nueva vía que él daba abierta al progreso de nuestros pueblos, acudieron los soberanos de muchos países, sabios y periodistas que extendieron por el universo la fama de Lesseps.

IV

Lesseps, viudo de su primera esposa, Mme. Delamalle, no esperaba más que ver sancionado el éxito de su pensamiento para ir á buscar en la paz de un hogar el descanso de tantos años de fatiga.

Se enlazó en segundas nupcias con Mlle. Autard de Bragard, en cuyo amor quiso cifrar toda su gloria.

Pero la gloria de Lesseps ya no pertenecía á éste. El mundo era dueño de ella.

Los países y las corporaciones doctas se esforzaban á porfía en honrar al bravo emprendedor de la empresa más portentosa. Francia, su patria, le condecoraba con la gran cruz de la Legión de Honor; los gobiernos extranjeros le enviaban las insignias de sus órdenes más distinguidas; la Sociedad Geográfica de París le adjudicó un gran premio de 100,000 francos; la ciudad de Londres le nombraba ciudadano londonense; la Academia de Ciencias de París le concedía el título de académico libre; el comité para la exploración y civilización del Africa Central le elegía su presidente perpetuo.

El ocio y la gloria fatigaron bien pronto á aquel espíritu nacido para la actividad y para la lucha.

En 1873 proyectó un ferrocarril entre Rusia y la India por el Asia Central. Esto era abrir otra vía entre comarcas que también vivían aisladas entre sí. Lesseps había unido dos mares; quiso luego unir dos continentes. La línea proyectada había de partir de Orenbourg, sobre la línea de separación entre Europa y Asia, yendo á morir en Peiskawer, lugar del Afghanistán. De este proyecto vinieron á distraerle las complicaciones que en Suez se suscitaron acerca de los derechos de tonelaje y tránsito de las naves.

Lesseps hubo de acudir á resolverlas, empeñándose en debates y arbitrajes, y la vía del Afghanistán quedó tan sólo trazada en los planos que había publicado anteriormente.

V

Una vez resueltas todas las cuestiones y normalizado cuanto se refiere al régimen del canal de Suez, reposó Lesseps, pero reposó concibiendo y preparando la segunda de sus atrevidas empresas.

Del descanso de aquella actividad prodigiosa nació el proyecto de abertura del Canal de Panamá.

Otros planes se habían anunciado con anterioridad al de Lesseps.

Para facilitar por medio de la navegación la travesía por el istmo que hoy se hace por el ferrocarril que lo cruza desde Panamá hasta Colón; suprimir el gasto y el entorpecimiento del transbordo que por dos veces han de sufrir las mercancías, y dejar expedito un conducto directo marítimo entre los puertos de Europa y de las Antillas, y los de Chile, Perú, San Francisco, China y Japón en el Pacífico, se proyectó primeramente un inmenso túnel por el interior de las Cordilleras. Ofrecía este plan dificultades invencibles de orden topográfico y además tropezaba con la oposición de los Estados Unidos que no querían admitir ningún proyecto que estuviese fundado en la base de la perforación.

En 1865 el ingeniero Lucien de Puydt concibió la abertura del canal por entre el golfo de San Miguel y el puerto Escondido en el golfo de Uraba.

El general Orbegoso proyectó más tarde otro que pasaba por Tehuantepec.

Y finalmente, existió otro plan que encaminaba la vía acuática por la línea del lago de Nicaragua.

Ninguno de estos proyectos llegó á prosperar. La magnitud de la idea superaba quizás á la del Canal de Suez, y había de inspirar mayores excepticismos que éste, mayores resistencias y hostilidades.

Sólo un hombre podía vencer ese espíritu de oposición y crear la fe que hiciera palpitar el corazón de la hermosa América, llenándolo de lisonjeras esperanzas. Sólo un hombre, Lesseps, el que ya mostraba en su historia el triunfo en una empresa de análogo empeño.

Europa, siempre amiga de América, siempre su cariñosa hermana, sigue con atención solícita los progresos de la grande obra. América cifra en ella su mayor adelanto, su más rápido curso hacia la influencia económica que el porvenir le señala.

Otra vez dependen de Lesseps los grandes destinos de un continente.

Lesseps los realizará.

Con él están hoy el espíritu y el aliento de los pueblos americanos.

A él y al éxito victorioso de su obra gigantesca van dirigidos los votos de todo el mundo civilizado.

José Feliu y Codina.

Barcelona, Julio 1888.

LA ESTROFA

Veloz, tendidas las brillantes alas
de vivo carmesí, de verde y oro;
desplegando el magnífico tesoro
de tus nativas pintorescas galas;

por el azul de las etéreas salas,
sola y distante del fraterno coro,
cruzas, ave de América; y sonoro,
por la altura, al pasar, tu canto exhalas.

Fulgente, alada, llena de armonía,
así la Estrofa cruza por el cielo
de mi azul y serena fantasía.

¡Feliz yo, cuando, dócil á mi anhelo
y al fiel reclamo de la Musa mía,
á mí desciende en presuroso vuelo!

Numa P. Llona.

Lima.

EPIGRAMA

—¿Dices tú que el matrimonio
ennoblece á la mujer?
—Sí, pues todas las casadas
usan en la firma el *de*.

UNA LUCRECIA

Á MI EXCELENTE Y QUERIDO AMIGO ANTONIO SADÓ



I

CELOS

—¡Señora!...
—¡Raúl, por Dios!
¿por qué tiembla así tu acento?
—No puede mostrar contento
quien de traiciones va en pos.
—¿Traiciones dijiste?
—Sí.
—Mas .. ¿quién te pudo ofender?
—Un ángel... ¡no! una mujer
á quien amor y honra dí.
—¡Insensato! tu intención
comprendo ya...
—¡Sé, perjura,
que en otra pasión impura
se abrasa tu corazón!
—¿Y quién filtró en mí el veneno
de esa pasión vergonzosa?
—¿Quién? ¡pregúntalo á esa rosa
que se abre en tu blanco seno,
para aumentar los agravios

inferidos á mi honor,
y que aun conserva el calor
de los besos de tus labios!
—¿Por qué en sospecha tan ruín
tu pensamiento se abisma?
—¡Pero esa rosa!...
—¡Yo misma
la he arrancado del jardín!
Y mal pudiste, traidor,
en menoscabo de mi honra,
leer historias de deshonra
en las hojas de una flor.
—Yo sé que en pos de tu huella
se lanza un galán, sin calma,
y que está en lo hondo de su alma,
grabada tu imagen bella.
—¿Y es culpa, ¡necio reproche!
de la estrella que fulgura
en el cielo, limpia y pura,
si al verla, cuando la noche
tiende su negro capuz,
copia su imagen la fuente
y en su linfa transparente
se abre como flor de luz?
—Cual tu imagen, descender
á esa alma tu amor bien pudo.
—¡Mi honor me sirve de escudo
y soy fuerte!
—¡Eres... mujer!
—Loco estás y tus furores
merecen sólo desdenes.
—¡Tamaña injuria!...
—¡Si tienes
hasta celos de las flores!
—¿Acaso con ansia loca
y ardiendo el rostro en rubor,
no besastes esa flor
como se besa una boca?
—Es propio de seres bastos
reprochar tales cariños.
Las flores, como los niños,
sólo inspiran besos castos.
Pues piensas que, fementida,
á otro dí de amor la palma,
y dejas la duda en tu alma,
como un puñal en la herida,
dí quién causa tus agravios,
sin temor, y no te asombre,
¡aunque te abrase su nombre
como una llama los labios!
—A conocer al traidor
que así empaña la honra mía,
¿piensas tú que existiría?

anónimo delator,
no tan cobarde y tan ruin
como el crimen denunciado,
de mis ojos ha rasgado
la espesa venda, por fin.
—Infames maquinaciones
que el hombre honrado desprecia.
—¡Sé que me engañas, Lucrecia!
—De tenebrosas regiones
vino la luz, y me asombra,
á alumbrar tu pobre mente.
—¿Qué importa? el rayo fulgente
brota también de la sombra.
—Quien supo guardar tu honor
mal pudo culpable ser;
¡desdichado! piensas ver,
hoy que crees de ese amor
rasgados, por fin, los velos,
y olvidas en tus enojos
que no hay en humanos ojos
venda mayor que los celos.
—Mas, ¿quién con negra perfidia,
si tú no diste ocasión,
pudo hacer tal delación?
—¿Quién? pregúntalo á la envidia.
—No se acusa á la que es buena.
—¿Cuántas por ella no gimen?
¡para la envidia es un crimen
la felicidad ajena!
—¿No delinquiste é implacable
contra tu honor se ha atrevido?
—Te engañas... ¡he delinquido!
¡ser bella es ya ser culpable!
Deja á la envidia, Raúl,
que siga en su vano anhelo...
¡no por escupir al cielo
se mancha su limpio azul!
—Yo mismo anoche te ví
por un galán asediada
en el baile, y agitada
hablar con él...
—Le hablé, sí;
mas no de amor, cual supones,
sino con fiera altivez
y roja de ira la tez,
ante sus persecuciones.
Y habléle tan duro y recio,
que al fin huyó avergonzado,
llevando en su alma clavado,
como un dardo, mi desprecio.
—Si te ofendió de tal suerte,
mal hiciste en olvidar
que estaba en aquel lugar

quien debía defenderte.
—Del escándalo la aureola
busca sólo la coqueta;
¡la que es honrada y discreta
se defiende mejor sola!...
¿Y aún dudas, Raúl, de mí?
¡de mí, que de fiel blasono,
y ultrajada, te perdono
la ofensa que recibí!
¡Desdichado!... loco estás,
pues tal agravio me infieres;
¡de mi amor, duda si quieres;
pero de mi honra, jamás!



—¿En tanto tu honor aprecias?
—Por él iré al sacrificio...
¡si tiene Sextos el vicio,
la virtud tiene Lucrecias!
—¿Luego no existe el rival
con que mi razón aun lidia?
—¡No, insensato! de la envidia
engendro fué, por tu mal.
¡Créeme!... ¿pudo mentir
quien su ser fundió en tu ser?
—¡Cómo no te he de creer,
si el no creer es morir!
¡Dios castigue las maldades
del que con infame anhelo
nubló de mi hogar el cielo!
—¡No hay cielo sin tempestades!

II

UNA CARTA

«Lucrecia: Pues sin pudor
me vendiste y me engañaste
y de mi fe te burlaste
y escarneciste mi amor;
vano es ya que busques modo
de anudar deshechos lazos
y de que torne á tus brazos...
¡Oh esposa infiel! *¡lo sé todo!*
Cartas tuyas que yo ví
dan fe de mi desventura;
mas no gozarás, perjura,
de esa pasión que arde en tí,
pues hoy, al primer albor,
y tras lucha breve y leal,
he matado á mi rival
en defensa de mi honor.»



III

LUCRECIA

—¿Que ha muerto, dice el impío,
burlado en su amor constante,
en lucha leal á mi amante?
pero... *¿á cuál de ellos,* Dios mío?

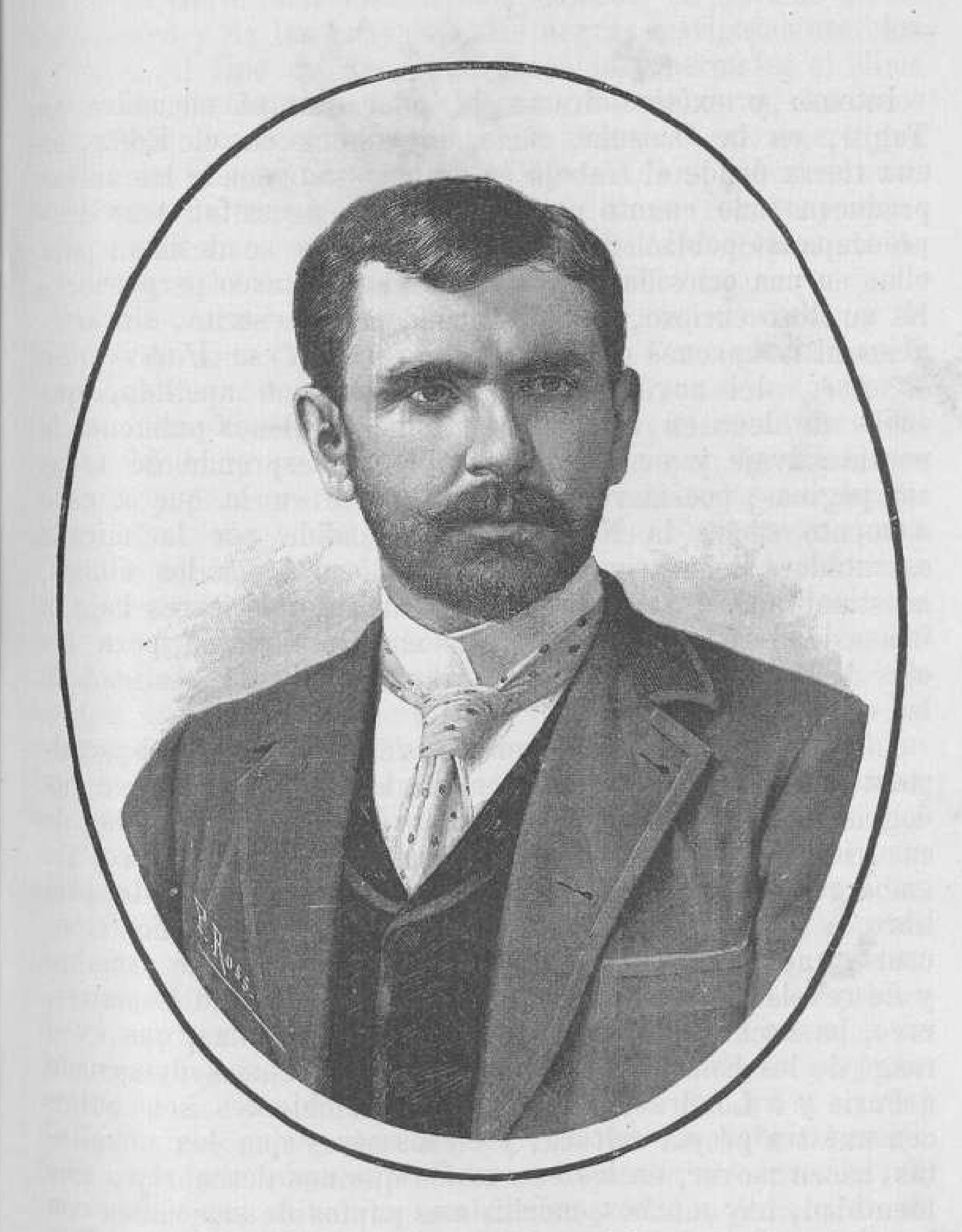
CASIMIRO PRIETO.

ENTRE CABALLEROS



—Que repartas la manzana
como caballero, espero,
con Luís...
—¿Como caballero?
¿qué quieres decir, Mariana?
—Que aunque te parezca cruel,
debes, sin mostrar dolor,
darle la parte mayor.
—¡Pues que la reparta... él!

NUESTROS COLABORADORES



D. Juan Antonio Argerich

DISTINGUIDO CRÍTICO ARGENTINO

RARAHÚ

Intenso y exótico drama de amor que se encuadra en Tahití, en la Oceanía, como quien dice en el Edén, en una tierra donde el trabajo es desconocido, donde las selvas producen todo cuanto para alimentarse necesitan esas despreocupadas poblaciones y donde los años se deslizan para ellas en una ociosidad absoluta y en un fantaseo perpetuo.—Es un libro curioso, raro, estupendamente escrito, sin artificios ni trabazones de estéticas enclenques ese *Matrimonio de Loti*, del novelista francés del mismo apellido, que acabo de leer en un día, respirando á plenos pulmones la poesía salvaje y embriagadora que se desprende de todas sus páginas; poesía varonil y penetrante en la que á cada momento se ve la Naturaleza sorprendida por la mirada escrutadora del marino, familiarizado con todos los climas, acostumbrado á sondear la inmensidad de los mares bajo la inmensidad del firmamento eternamente mutable para los ojos del hombre y eternamente mutable en la realidad de las cosas.

Lector asiduo de las grandes novelas europeas, especialmente de las francesas; vinculado hasta cierto punto á sus dogmas revolucionarios; admirador de su desenvoltura, de sus ricos filamentos, de sus formas robustas, confieso, sin embargo, que pocas me han producido el efecto de este libro, á no ser el *Manette Salomón* de los hermanos Goncourt, que me ocasionó un sentimiento parecido de asombro y de revelación. Débese ello en gran parte, como Lemaître, creo, ha hecho notar, á ese amor del exotismo, que es el rasgo de los hombres del siglo XIX.—Conocemos demasiado á París y á Londres; aquellos medios ambientes son cultos con nuestra propia cultura, y en los seres que los novelistas hacen mover, en los escenarios que nos descubren, sino identidad, hay muchos, muchísimos puntos de semejanza con los nuestros.—No así en la isla polinésica, hoy invadida por la cultura contemporánea, cuna de una hermosa raza que desaparecerá, por lo mismo que no es raza de labor y de necesidades; pero la cual conserva todavía restos de su «salvaje poesía, que se va junto con las costumbres y tra-

diciones del pasado.» La vida primitiva, las desnudeces castas, los hierbales opulentos, los bosques donde no se oye vibrar el canto melodioso de los pájaros, el perfume de los naranjeros y de las guayabas, las negras mariposas aterciopeladas, el tipo de una raza lánguida y hermosa, el clima sofocador y voluptuoso, los himnos, las palabras, los usos constituyen, presentados junto al elemento extranjero que acaba con la selvática poesía de la isla, una vigorosa antítesis que da mayores atractivos á la tierra remota y apartada donde amó, gozó, tuvo celos y sufrió los dolores de la ausencia, del abandono la seductora Rarahú.

Tengo incrustados en la pupila el cuerpo esbelto y la cara y el alma hermosa de la mujer.—Creo que la novela contemporánea ha creado, por lo general, con mayor perfección hombres que mujeres.—El análisis íntimo del alma femenina es difícil, y el hombre, por la diferencia de sexo y de cerebro, no sondea fácilmente todos sus repliegues. La vida social, las convenciones, el bueno y el mal tono, la educación tradicional, los falsos pudores deforman y cubren con un velo la manera de pensar y de sentir de las mujeres. La observación es difícil, porque se ve lo externo, lo que la sociedad permite mostrar.—Loti ha creado un tipo soberbio é ingenuo que nunca morirá.—La música hará pronto popular en toda la tierra el tipo deslumbrante de la salvaje Rarahú.—Nada de convencionalismos; el cuerpo y el alma silvestres, por decirlo así, las explosiones naturales no comprimidas, la vida primitiva con toda su acre y embriagadora esencia poética, con ciertas dosis de civilización europea no del todo asimiladas, dan un aspecto tan real, tan vívido á la joven tahitiana, que sabrá leer su Biblia en el idioma natal, y hacen que el que ha leído una vez la novela no se pueda olvidar de sus ojos de un negro rojizo, llenos de exótica languidez, de su pequeña estatura, de sus formas puras y pulidas de quince años, de sus largas cejas, «tan negras que se las habría tomado fácilmente por plumas pintadas;» de su frente surcada por un tatuaje que dibujaba una diadema azul pálido, y de su alma embrionaria, hirviente, llena de preocupaciones, llena de caprichos, de indolencias, fogosa como el sol cálido que deja caer sus rayos sobre la isla natal.

Rarahú se casa con Loti, *midshipman* en la marina de Su Majestad británica.—Antes de casarse sus ocupaciones

eran bien sencillas: el fantaseo y el baño, el baño sobre todo; con los senos al aire, con el desparpajo de la vida sin convenciones. Queda sobreentendido que no se trata de un casamiento de los nuestros, de esos que encadenan por toda la vida. Es un idilio instable que durará tanto como el marino tenga que permanecer en la corte de la reina Pomaré. Empinan la copa del placer, sedientos los dos, y se embriagan y quedan con más sed que antes. Es natural. —El medio es propicio para el amor. «Hay en el encanto tahitiano mucho de la tristeza extraña que pesa sobre todas estas islas de la Oceanía; el aislamiento en la soledad del Pacífico, el viento del mar, el rumor de las rompientes, la sombra densa, la voz ronca y triste de los maorís que circulan cantando en medio de los cocoteros.» —Había entre ambos un abismo: la diferencia radical de sus razas, de sus concepciones, de sus menores sentimientos, hasta las nociones más elementales de la vida diferían entre ambos. Mas se amaban y fué necesario un primer viaje de un mes para que el idilio se rompiera.—Vuelven los días apacibles, las gratas horas de caricias y abandono; pero no es ya la posesión absorbente de los cuerpos y de las almas.—Rarahú aprende el inglés, se abisma en la lectura del Evangelio, sus radiantes promesas le producen éxtasis, su corazón se llena cada vez más de contradicciones.—Un día, en el campo, Rarahú pregunta á Loti:—«¿En qué piensas?»— Y éste le contesta:—«En muchas cosas que no puedes comprender. Pienso ¡oh mi amiguita! que en esos mares lejanos están diseminados archipiélagos perdidos; que esos archipiélagos están habitados por una raza misteriosa pronta á desaparecer; que eres hija de esa raza primitiva; que en la mayor altura de una de esas islas, lejos de las criaturas humanas, en una completa soledad, yo, hijo del viejo mundo, nacido en la otra faz de la tierra, estoy junto á tí y te amo!»

Ha sido el de ellos, especialmente por parte de Loti, joven de veintidós años, impetuoso y ardiente, uno de esos amores que queman, uno de esos amores que dejan rastros inolvidables en el alma, pues ha podido expandirse sin trabas ni cortapisas en la opulencia de un medio ingenuo y deslumbrador. Ni uno solo de los recatos que imponen las sociedades refinadas: es el amor libre triunfante con toda su seducción y con todas sus inagotables delicias.—El espíritu

del marino europeo, acostumbrado á los viejos placeres, á la ciencia del amor mesurado y sereno, siéntese anonadado y subyugado por ese descubrimiento de su cerebro y de sus sentidos. Hay pequeñas nubecillas, arañazos que son caricias, rápidas é inesperadas borrascas, tanto más gratas cuanto que acaban siempre en besos prolongados; pero el cariño mutuo sale siempre vencedor y Loti y Rarahú, olvidándose del acíbar de la inmediata y fatal separación, dejan volar las horas, unidos, estrechados, libres de esclavitud y de temores presentes, á la sombra de las palmeras, bajo el techo de su mansión ó en las inmediaciones de los bosques seculares, nunca hollados por los pasos conquistadores del hombre!

Llega el momento de partir. Vanse los marinos para California. Al regreso debían detenerse un mes ó dos en la *isla deliciosa*. El corazón se oprime, las lágrimas se desbordan, se alza el ancla, poco después la isla se pierde en el horizonte.—«¡No creía amarla tanto!... tengo dos patrias ahora, bien distante una de otra, es cierto; pero volveré á la que acabo de dejar y probablemente concluiré en ella mi vida.»—Así se expresa el marino.—El *Rendeer*, el buque inglés, sigue su viaje, se detiene en las islas Sandwich, fondea en San Francisco de California, y llega allí una carta de Tahití, corta y expresiva, conducida por un buque americano con cargamento de nácar. Es de Rarahú. Vuelan seis meses de expediciones y de aventuras. Pasan días. Una tarde el *Rendeer* echa anclas en Tahití y los amantes se encuentran. Están tristes en medio de la dicha de volverse á ver. Comprenden que pronto sus destinos se separarán para siempre. Pocos días después el buque parte. Recala en Chile, vuelve á Europa por el Plata, el Brasil y las Azores. Cambian algunas cartas. El hombre de mar va de aquí para allá, al acaso del destino, con el recuerdo vivo de la tahitiana. ¡Ya nunca se volverán á ver!... Un día, otro marino recién llegado de la isla, le lleva noticias de Rarahú. Había rodado al fango, pero es siempre una muchacha singular. Siempre con coronas de flores frescas en la cabeza, flores queridas de Loti! Todos los marineros la conocían, la amaban, á pesar de su falta de carnes; ella los quería á todos, á todos los que eran algo hermosos. Se moría del pecho, tosía, bebía aguardiente. Un día (en noviembre de 1875, tendría entonces diez y

ocho años) partió con su gato mórbido para la isla de Bora-Bora, donde iba á morir y donde exhaló el último suspiro... Loti sintió que un frío mortal le subía al corazón, sus ojos se nublaron, porque su alma no estaba del todo cubierta por el hielo del olvido, y más de una vez, en las horas del sueño, navegando veloz el buque por la inmensidad de los mares, turbó su reposo la visión sombría de Rarahú muerta, en medio de magnificencias horribles de la naturaleza tahitiana, envuelta en sus largos cabellos negros, fantasma que se veía con la risa de los Tompapahús!...

Tal es, descarnada, la esencia de este libro, obra de un maestro, por más que diste de ser popular todavía.—La impresión que produce no se explica solamente por el exotismo.—Es un libro de verdad y un libro de alta poesía desbordante, idilio que termina trágicamente, sin aparato escénico, impregnado de cierto sentimiento de fatalismo, una obra de arte digna de ver agotadas sus ediciones y traducciones. ¡Qué toques de maestro, qué fuerza y qué dulzura! Vemos, sentimos á esa Rarahú que vive como Eva en el seno de la vida universal y que muere como una Traviata salvaje en la soledad de la isla frondosa donde su estirpe se extingue, bajo el peso de la cultura potente y corrompida; la presentimos en la vida eterna del arte con sus ojos llenos de languidez exótica, con su alma en embrión, no del todo abierta á la luz de las ideas y con su frente ceñida por la diadema azul pálido.

JUAN ANTONIO ARGERICH.

Buenos Aires, 1888.

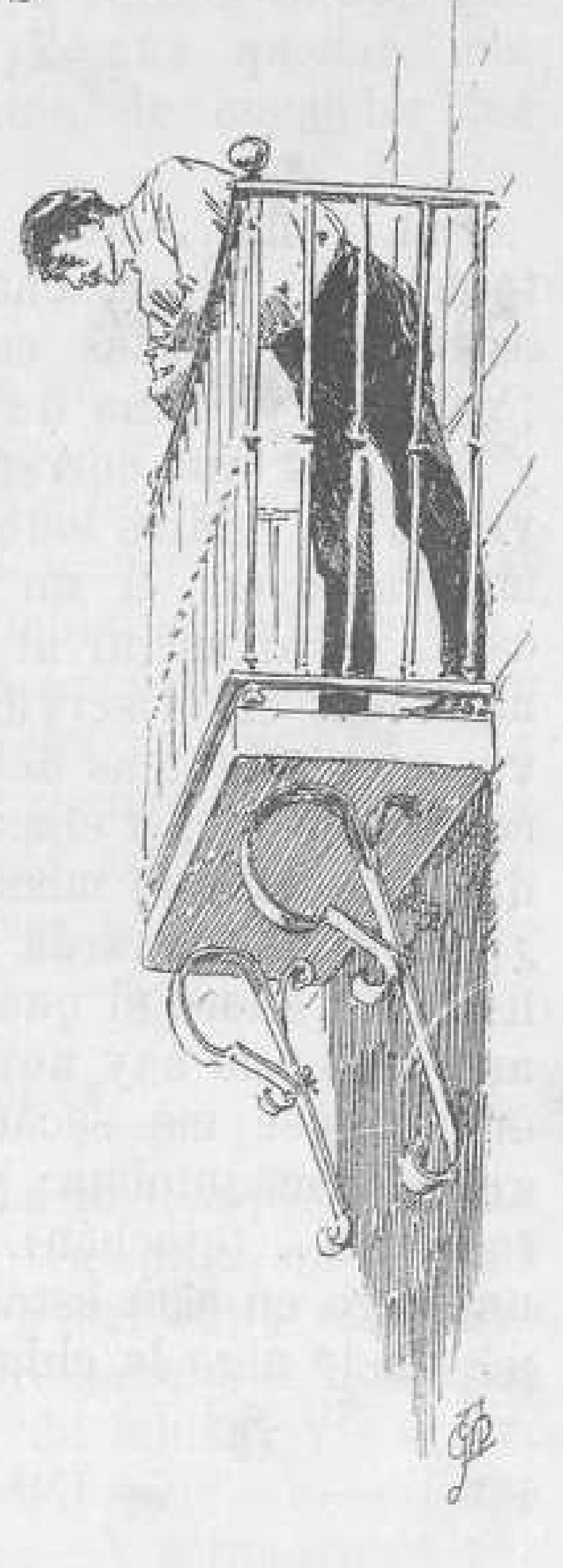
EPIGRAMA

Viendo una perra gentil
cierto chileno menguado
de Francia recién llegado
dijo: —¿*Commen s'appelle t-il?*
La perra, con ojo hostil,
lo ve; salta, se le aferra,
y tanto el diente le entierra,
que el que su nombre ignoraba
en español pronunciaba:
—¡*Fuera, perra! ¡fuera, perra!*

JUAN DE ARONA.

Lima

LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS



En honda meditación,
y sentado en el balcón,
encontrábase Clemente,
estudiando, allá en su mente,
problemas de aerostación.

De pronto vió á Serafina,
cierta graciosa ex-vecina
de alma tierna y lindo talle,
doblar la cercana esquina
y penetrar en su calle.

Y al contemplar, hechizado,
á aquel ángel... descarriado
luciendo, entre desnudeces,
las divinas redondeces
de su seno nacarado;

bendijo su buena estrella
y observó la dirección
que seguía la doncella,
hasta encontrarse la bella
debajo de su balcón.



—¿Qué hace usté ahí meditando?
dijo ella, al ver sus arrobos;
y él, sonriendo y suspirando,
contestó: —Estoy estudiando
la dirección... *de los globos*.

CASIMIRO PRIETO.

EN MARCHA

LA LOCOMOTORA

Flu... flu... flu... Uuuuiii... ui... Chan... totochán... totochán... chan, chan, rachán... chan... ¡Qué gusto da estirar las ruedas cuando las lleva una bien engrasadas! ¡Ya tenía yo gana de escapar de la solanera de la estación y de echar una correría por los campos!... ¡Qué despacio vamos!... ¡Mire usted que engancharme á mí, á una locomotora joven, á un tren mixto!... Como si no fuera yo capaz de arrastrar al rápido... ¿Por qué no hemos de alternar todas en el servicio?... Uuuuiii... ui, ui... Pero ya se ve, esas máquinas del expreso son unas tales, sin pizca de compañerismo, y ellas solas se llevan la gloria de la velocidad, valiendo lo mismo que nosotras... Pero este fogonero, ¿para cuándo guarda el carbón?... Vamos, parece que me ha oído; ahora sí que voy á volar... Bien, bandera verde arrollada, no hay novedad en el camino... Me ahogo, los émbolos se me secan... Chiiiff... chiiff... chiiff... Muchas gracias, maquinista; ya he soltado algo de vapor. Chan... totochán... totochán... chan... Entramos en agujas; beberé un trago en esta estación, porque tengo una sed que rabio; me duele algo la chimenea...

LOS COCHES DE PRIMERA

Chocochocochoco... chocochocochoco... chocochocochoco... ¡La verdad es que si nos pudieran suprimir el ruidillo de la trepidación seríamos mucho más cómodos!... Por lo demás, ya se puede viajar en nosotros: asientos mullidos, almohadones blandísimos, holgura, limpios cristales, colgaderos en las ventanillas para apoyar el brazo... nada nos falta... ¡Qué algarabía trae el aire, de los coches de tercera! En los nuestros nadie despliega los labios. Uno lee, otro dormita, el de más allá se distrae contemplando el paisaje... ¡Vaya una gente ceremoniosa!... Eso sí, muy finos, se piden permiso hasta para sonarse.

Ya podía esa señora haber acomodado en el sitio conveniente el perrillo que sostiene en la falda. ¡Bien le atraca

de bizcochos!... chocochó... chocochó... Debemos llegar á alguna estación porque la velocidad disminuye... ¡Hola!... La pareja que acaba de entrar huele á recién casada que trasciende... ¡Y cómo se miran!... ¡Y aún quedan una porción de túneles!... ¡Si se olvidarán de encender los faroles de los coches!

EN SEGUNDA

¡Siempre es la clase media la que ha de pagar el pato!... ¡Mucha primera y tercera, y sólo un wagón de nosotros en el tren!... ¡Así vamos de atestados, y hay que tomarnos á empellones!... Si no fuera por las desgracias, descarrilábamos adrede... ¡Ciertas cosas no debieran tolerarse!... Ahí va una dama casi sentada sobre un viajero. ¡Sí, no protestan; pero no parece bien!... ¡Vaya un humo!... Ya se conoce que somos españoles; en el extranjero no se fuma en los coches, según me ha traqueteado un wagón francés amigo mío. Nadie se baja en las fondas; poco dinero llevamos encima...

EL RESERVADO DE SEÑORAS

Digan lo que quieran mis compañeros de tren, resulto un poco soso. Cierto que soy el coche más tranquilo, que exhalo delicados perfumes, y que trasciendo á belleza y elegancia á una legua; pero á mí me place sobremanera la hombría, y dentro de mi caja sólo se oye crujir de faldas, y—«¡Ay, hija!...»—«¡Canastos con el broche del saco!...»—«Tome usted un poquito de azahar en el agua.»—Y otras frases por el estilo. Y lo que es en punto á algarabía, no le voy en zaga á nadie. Parezco una pajarera.

LA PERRERA

Pues, señor, como esto siga así, vamos á dormir los dos wagones de tercera, con todos nuestros viajeros, en cualquier puesto de la guardia civil. Tacos y ternos, voces y risotadas, chicheos y chirigotas, de todo sale por nuestras ventanillas.—¡Ay, Soleá... Soleá!... ¡Anda, salero, una petenera!... Rim... tiquirrím... tiquiirrím... trim trim... ¡Vaya con la guitarrita que en todo el viaje no descansa!...—¡Que no me arrempuje usted!...—¡Pus váyase á la máquina!...

—Pus no me da la gana...—¡Que se callen!...—¡A que se pegan!...—¡Que, no t'arrimes tanto, Paco, cace calor... Pero si no m'arrimo, mujer, si es que m'aprietan...—Chan, chan... chan, chan... Una estación...—¡No hay asiento!... ¡No hay asiento!...—¡La gentuza lo será usté, señora!... —¡Vaya usté con Dios y que la pongan un coche pa usté sola!...—¡Vaya un traguete!... ¡Cómo nos están alfombrando el suelo de pipas de sandía!... ¡Debemos parecer el wagón real con las cortinillas de pañuelos que nos han puesto!... —Cesta, ¿quiere usted correrse un poquito? Me han colgado tan al borde de la ventanilla que me voy á caer á la vía. —Con mucho gusto, botijo.—Mil gracias... Uuuuííí... ¡Pide freno la máquina!... ¡No nos vendría mal uno á nosotros los de tercera!...

EN EL FURGÓN DE COLA

—A las correas de usted, maleta.

—Beso á usted las tapas, mundo.

—¡Vaya una casualidad! ¿Conque el marqués va en el tren?

—Sí, señor.

—¿Y también la condesa?

—También.

—¿Y lleva usted mucha ropa?

—Una tienda de modas enterita. ¿Y usted?

—Yo poco, porque todo el hueco lo llena el traje de frac.

—Su amo es elegante en todas partes... ¿Y adónde va usted?

—A Arcachón. ¿Y ustedes?

—A Biarritz... y luego á París.

—¡Cuánta *goma!*... ¡Como me llamo cofre que echaba á ese par de silbantes á la vía!... ¡Mucho París de Francia, y se vienen en el mixto!... ¡Que sus calléis!...

EL FAROL POSTERIOR DEL TREN

—Se ha hecho de noche y me han encendido. Mi ojo de rojiza lumbre sólo distingue árboles y árboles, hasta perderse de vista. La corte se ha quedado atrás, lejos, muy lejos. Adiós, pues, Madrid, ¡hasta la vuelta!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Madrid, 1888.

EN EL ÁLBUM DE L. H. DE C.

Mi amiga, ¿lo recuerdas?
yo era niño, y dichoso todavía,
cuando miré la flor de tu hermosura,
fragante abrirse con el alba pura
que anunció de tu vida el claro día.

Niños ambos, ¿recuerdas?
las huellas de los dos marcó el destino.
Fué la tuya de mirtos y azahares,
y de amargos pesares
sembrado estaba mi infeliz camino.

Otra vez en el mundo
nos volvemos á ver; tú eres la misma;
el tiempo pliega ante tu pie sus alas,
¿y yo? mi juventud perdió sus galas,
y á mi bella ilusión se rompió el prisma.

Peregrino en la tierra,
no llevo una esperanza dentro el alma:
y si tras de mi pie mi nombre existe,
no es en un corazón:—¡él queda triste
en alta roca ó solitaria palma!

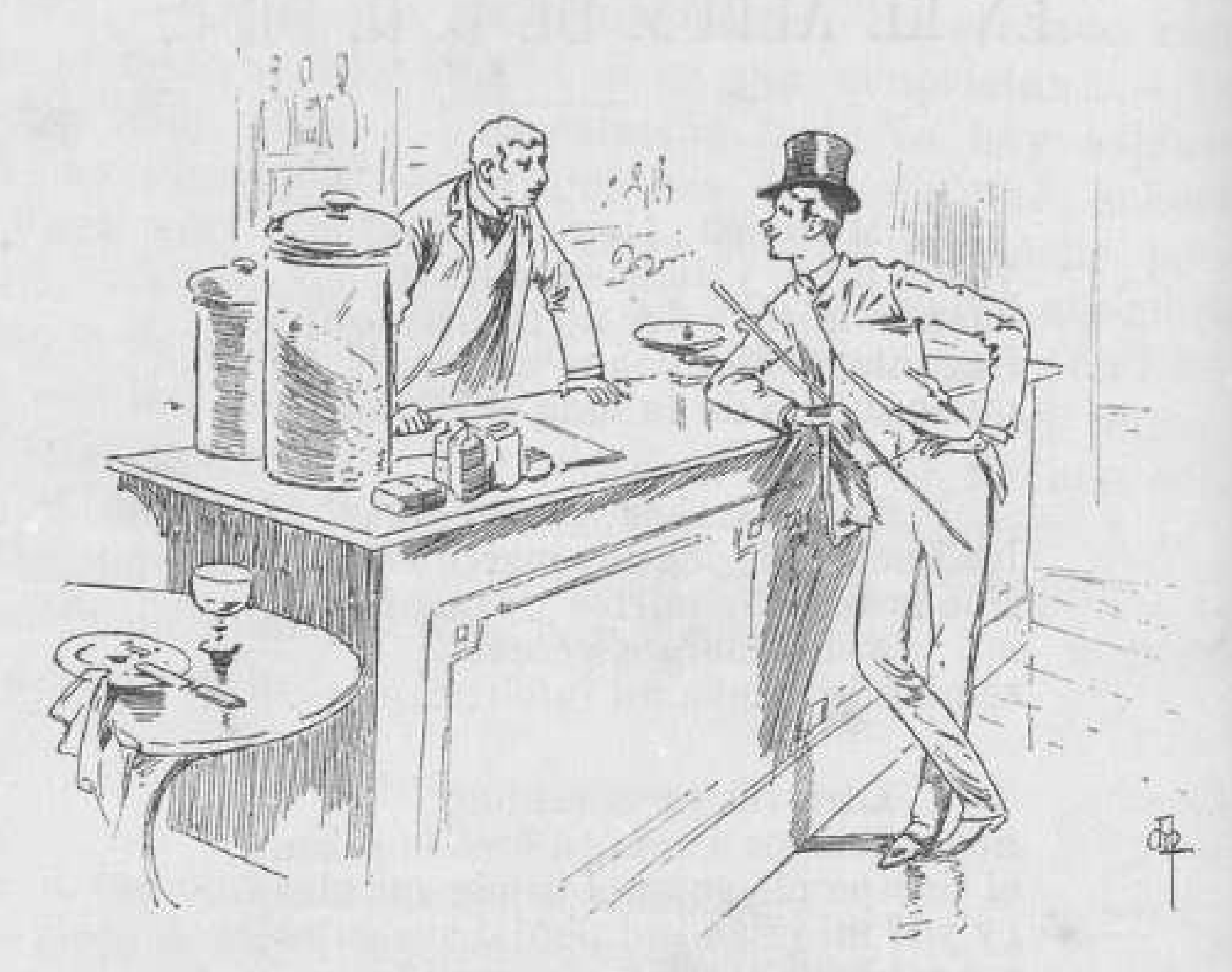
Mañana, de mi estrella
yo seguiré otra vez el rayo incierto;
y ¡quién sabe, Luciana, si en el mundo
nos volvemos á ver! ¡Si el mar profundo
habrá de ser mi tumba, ó el desierto!

Mas no será en la roca
esta vez, ni en la palma donde deje
las letras de su nombre el *peregrino:*
esta vez es más bello su destino,
y orgullo sentirá cuando se aleje.

Queda en tu álbum, mi amiga,
bajo la lumbre de tus ojos, bella;
como pobre inscripción en rica losa,
bajo los rayos de la luna hermosa
ó de la luz benigna de una estrella.

José Mármol.

UN NOVIO



—Como me caso con Juana,
por quien mi pecho se afana,
con motivo de mi boda
voy á echar, fiel á la moda,
la casa por la ventana.
Quiero, pues, dulces pertrechos,
hasta dejar satisfechos
mis más pequeños caprichos,
para el día de los dichos...
—¿De los dichos... ó los hechos?

¡CUÁNTO TE QUIERO!

Último rayo de la luz del día
en que gozara de tu amor primero
la soñada ilusión el alma mía
¡cuánto te quiero!...

Reflejo de la luna que brillaba,
cuando tu rostro puro y hechicero
tan cerca de mis labios se encontraba
¡cuánto te quiero!...

Crepúsculo, Isabel, de la mañana
en que me distes el adiós postrero
y comprendiera tu pasión liviana
¡cuánto te quiero!

P. Sañudo Autrán.

LAS OREJAS DE LAS MUJERES



Las doce!... ¡qué escándalo! ¿no te parece, mujer, que las horas son más cortas que antiguamente? Los días tienen la brevedad de un relámpago: brillan como una explosión de rayos de sol y nos dejan sumidos en seguida en las negrísimas tinieblas de la noche... las manecillas del reloj recorren vertiginosamente su camino, y el *tic tac* del péndulo, que simula las palpitaciones del tiempo, suena con más celeridad que antes... ¿no me respondes, Antonieta?... ¡Antonieta! ¿te has dormido?

—¡No!

—¡Hola! tempestad tenemos... ese *no* ha sonado en mis oídos como el eco de un trueno lejano... ¿estás enojada?

—¡Déjame dormir!

—¿No lo dije? ya caen las primeras gotas. ¡Pero, mujer! ¿qué mosca te ha picado? porque tú tienes algo... vamos á ver, ¿qué pecado gordo he cometido para que me trates de ese modo? por más que hago un escrupuloso registro en mi conciencia, ese almacén de nuestras faltas, no encuentro ninguna de carácter tan grave que justifique tu conducta... ¿qué sentimiento herido solloza en tu garganta? ¿seré, sin sospecharlo siquiera, autor de alguna infamia... inédita? si es así, convendría que tus labios hiciesen una edición de ella y la publicasen pronto, para saber á qué atenerme, porque supongo que será una infamia de *tomo*... y lomo, cuando tanta indignación en tí levanta... ¿No contestas?

—¡No te acerques á mí!

—¡Pero, mujer!

—¡Infame!

—¡Otro trueno!... ¡valiente noche!

—¡Si yo hubiese creído á mamá! ¡cuán desdichada soy!

—¡Ya escampa!

—¡Mañana pido el divorcio!

—¡El trueno gordo!... Me parece que no estoy seguro á tu lado; temo una descarga eléctrica y voy... á aislarme.

—¡Verdugo!

—¡Pero, señora! ¿qué crimen de lesa humanidad he cometido para que se me acribille á insultos?

—¡Si yo siguiese los consejos de mamá!

—Te guardarás muy bien de seguir esos consejos... de guerra; que me deje en paz tu mamá, porque nadie le da vela en este entierro... de nuestro amor; de ese infelicísimo amor que ha muerto alevosamente á tus manos...

—La culpa es tuya.

—¿Mía?

—Sí, tuya, pues basta que tu mujer tenga un capricho, para que te niegues á satisfacerlo y te pongas hecho un tigre, aunque sea mala comparación... para los tigres.

—¡Ta, ta, ta, ta! ¡ya caigo de mi burro! ¿se trata de los pendientes, eh? unos pendientes de brillantes que no te dejan pegar los ojos en toda la noche.... ni á mí... ¡Pero, Señor! ¿por qué seréis las mujeres tan aficionadas á esos guijarros de colores? ¿para qué los necesitáis? ¿para embelleceros? ¿no sois bastante bellas? ¿pueden competir, acaso, con el brillo de vuestros ojos, ni rivalizar siquiera con el rojo matiz de vuestros labios, ni con la blancura deslumbradora de vuestros dientes? Francamente, no me explico el cariño que profesáis á las joyas, como no sea por el estrecho parentesco que os une, porque unas y otras sois... ¡unas *alhajas!*

—A pesar de la elocuencia de tu avaricia, no me convences.

—¡Qué he de convencerte! Para la vanidad no hay Demóstenes. Compréndese que antiguamente se diese gran importancia á las piedras preciosas, á las que se atribuían ciertas virtudes incontestables; pero no hoy, que tales preocupaciones han desaparecido.

—¡Pues qué! ¿acaso los hombres no sois aficionados á las alhajas?

—¿Quién lo duda? pero esa afición es más general entre las mujeres: apenas se encontrará una que no sufra de mal de piedra preciosa.

—Tú mismo luces orgulloso un grueso solitario en el dedo...

—Es verdad; pero ¡ya ves! me contento con un *solitario;* de seguro que á tí no te haría gracia tanta... *soledad.*



—¿Qué mal hay en ello?

—¡Ay, hija mía! ¡no lo sabes bien! Apenas pasa día sin que se te antoje alguna joya, y es inútil que cultive afanoso el campo del trabajo intelectual y siembre ideas con la esperanza de coger... sazonadas esterlinas, pues no hay cosecha posible con esa granizada de piedras... preciosas.

—Exageraciones tuyas.

—No es exageración. ¿Por qué no renunciáis de una vez á esas piedras duras é insensibles, pesie á los filósofos indios, para quienes los minerales eran seres vivientes, almas impuras condenadas á sufrir una serie más ó menos larga de metamorfosis, hasta quedar limpias de la mancha

del pecado y ser dignas de ingresar en la grande alma universal?

—Pues á mí no me parece tan descabellada la idea de esos señores filósofos.

—¡Qué ha de parecerte, sobre todo si se considera que todavía hay muchísimas señoras y caballeros en estado de *alhaja!*... ¡Las piedras preciosas! ¿no luce mejor en vuestro cabello negro ó dorado una flor de rojos pétalos, que esas constelaciones de brillantes, comprados á veces con monedas de deshonra?

—¿Estás loco? ¡comparar las piedras preciosas con las flores!

—¿Y por qué no, si son más bellas? ¡Ah, los brillantes que ostentosas lucen ciertas mujeres en las orejas y en la garganta y en las manos, me hacen el efecto de lágrimas petrificadas! ¿no hay más poesía en las flores? Yo no sé de nadie que se haya arruinado por ellas... á no ser algunos empresarios de teatro, desde que se usan ciertas *divas;* en cambio ¡ay! es infinito el número de caballeros del ramo de inocentes que se ven en la última miseria, por culpa de esas piedras á que tan locamente aficionadas se muestran las mujeres, salvo honrosas excepciones... y no lo digo por tí. Algunas hay cuyas orejas cuestan un dineral... tengo un amigo cuya fortuna cuelga de las orejas de su mujer. Decididamente la Naturaleza no lo meditó bien al dotar de tales apéndices al bello sexo; ya me explico porque algunos desisten de sus proyectos matrimoniales, á pesar de su loca afición á las mujeres... ¡es natural! ¡ven la oreja... á la novia!

—¿Acabarás de murmurar?

—¡Es que resuello por el bolsillo!

—Hace un siglo que no me compras nada, y te quejas de vicio.

—¿Un siglo? es verdad; fué el diez y ocho... de este mes.

—Conque... ¿me comprarás los pendientes? Antes, cuando nos casamos, no me negabas nada.

—Es que entonces me pedías las cosas con la sonrisa en los labios; al paso que ahora...

—Ahora, ¿qué?

—Me las pides... ¡con trabuco!

—Déjate de bromas.

—La que debe dejarse de bromas, eres tú. ¡Mira que eso de los pendientes es una broma pesada!

—Cómpramelos y te juro no pedirte nada más en un siglo.

—No me conviene.

—¡Por Dios!

—¡Que no me conviene, mujer! ¡pasan con una rapidez los siglos para tí!

—¡Mira que me enojo!

—Si me prometes, al menos, no exigir otra joya hasta que no termine la era cristiana...

—Te lo juro.

—¡Ah! pues si me lo juras...

—¿Tendré los pendientes?

—¡Veremos!

—¡Quiero que me digas que sí!

—¡Pero, Señor! ¿por qué se dejarán las orejas las mujeres?

—¡Mañana mismo quiero esos pendientes!

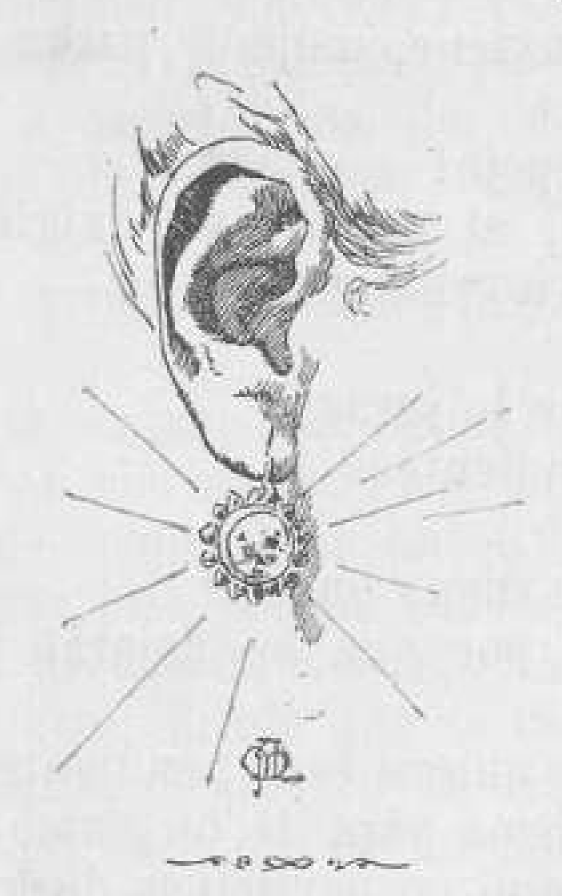
—¿No sería lo mismo para tí un ramo de flores? créeme que lamento mucho que no participes de mis gustos al respecto; hay ramo combinado con tal arte y simetría, que parece un madrigal de flores, con sus consonantes de rosas y claveles... y hasta con sus ripios de verdes hojas; ¡ah! tú no sabes la poesía que encierran esas brillantes estrofas de pétalos; en cambio, nada dicen al alma esos guijarros lucientes con que adornáis vuestros sedosos cabellos y colgáis de vuestras orejas; además, su origen no puede ser más plebeyo: el diamante ha sido engendrado en las negras entrañas del carbón y no puede olvidar su innoble origen, porque muchas veces mancha la frente donde brilla como pequeño astro; ¿qué son el rubí, y el zafiro, y la esmeralda, y el topacio, y la turquesa, sino pura alúmina y óxido de hierro? ¿y qué es la perla que tanto os deslumbra, sino la secreción de un mísero molusco, el producto mórbido de la ostra? Ya ves si todo eso merece la pena de que las mujeres os deis tan malos ratos.

—Será todo lo que tú quieras, pero yo necesito esos pendientes... y me los comprarás... ¿verdad que me los comprarás? ¡si tú eres bueno!... ¡y te quiero tanto!

—¡Hola! ¿besos tenemos? ¡y á traición! ¡vaya una explosión... de cariño! Voló la fortaleza de mi voluntad y es

inútil ya resistir. Preciso es convenir en que las piedras preciosas no han perdido del todo algunas de las propiedades de que nos hablan ciertos autores antiguos: en las orejas de las mujeres, conjuran, cuando menos, las tempestades conyugales.

CASIMIRO PRIETO.



*
* *

Numen, que flotas, vago, impalpable,
brindando á tantos la inspiración,
de tus destellos, si eres un astro,
dame si puedes un resplandor.

Si eres un ángel, dame tus alas,
quiero en la nube mirar el sol;
si eres la vida, rasga el sudario
que helado envuelve mi corazón.

Si eres la nota que vaga errante
del instrumento que la emitió,
vibra en mi lira rauda y sonora,
que de mis cantos se oiga la voz.

Pues que yo siento mover tus alas
con sus cambiantes de blanca luz,
y deslumbrarme cual mariposa,
que rompe la onda del aire azul.

No te disipes como el perfume
de la agostada silvestre flor,
divina esencia que grata aspiro,
blanco fantasma de mi ilusión.

DORILA CASTELL DE OROZCO.

Montevideo, 1888.

NUESTROS COLABORADORES



D. Guillermo Matta

DISTINGUIDO DIPLOMÁTICO Y POPULAR POETA CHILENO

ASCENSIÓN

—Sube á la cima, ¿qué ves?
—Veo valles, veo montes,
veo nuevos horizontes
y otros valles á mis pies.

—Vé á otra cima, sube más;
y cuanto más elevada,
otro valle, otra morada,
otro horizonte hallarás.

Así es la verdad. Y así
por la escala de la ciencia
sube nuestra inteligencia
con la razón que está en tí.

Así, el tenebroso error,
á ser luz en tu alma llega;
y así la pupila ciega,
cuando asciende, ve mejor.

De altura en altura va,
tras un límite prescrito;
y siempre ve lo infinito
que se extiende más allá.

Y si de tu anhelo en pos
viera un término tu anhelo,
tras lo infinito del cielo
vieras lo inmenso de Dios.

Llega el hombre á comprender
esto que á explicar no alcanza;
y esa es la santa esperanza
que da alas á nuestro ser.

Sobre ella, en la eternidad,
reposa nuestra cabeza;
que en Dios acaba y empieza
la ciencia de la verdad.

Puede apenas la razón
verla aquí con la mentira;
sólo en Dios clara se mira:
la muerte es una ascensión.

GUILLERMO MATTA.